



EL MISTERIO DE JESUS

APUNTES DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES. 1985.

VILLAGARCIA DE CAMPOS. VALLADOLID.

DIRECTOR: *Marcelino Legido,*

Sacerdote diocesano en El Cubo de Don Sancho. Salamanca.

– ad usum privatum –

CHARLA INTRODUCTORIA: "CAMINO DE ORACION"

INTRODUCCION

Esta introducción al camino de la oración, es un coger la pista para el camino de la oración. Seguro que todos sabréis mucho y no intento mas que transmitir la experiencia apostólica y le experiencia de los grandes testigos de oración. En la hoja que tenéis, aparece el camino de la oración, que es un camino. Ponemos "camino" y no ponemos "el canino". Camino de oración, y aparece como en cuatro tiempos: mirar, contar, escuchar, darse.

Podéis decir, bueno, muy bien, pero después de esa explicación del Evangelio, yo ahora, ¿qué hago en estas tres horas de silencio? Sí, mucho tiempo tenernos en los pueblos, pero y ¿cómo lleno yo ese silencio? ¿Qué hago yo para no caer en el vacío como un abismo? Bueno, pues tengo que adentrarme en los caminos de la oración. Este pequeño intento que está ensayado también con gente sencilla de los pueblos, permite ayudarnos un poco al camino de la oración.

Hemos de decir, para empezar esta reflexión (a lo mejor esto parece una barbaridad, esto que voy a decir ahora, pero me parece que es muy verdadero) que toda la oración cristiana es una oración infusa. Esto es muy bonito; no somos nosotros los que oramos, es el Espíritu el que ora en nosotros. Esto es muy fácil, si es el Espíritu el que ora en nosotros, si la oración fundamentalmente es una oración infusa, la oración es un don que hemos recibido en el Bautismo, pues se trata entonces de dejar que ese manantial que tenemos un poquillo cegado con algunas piedras, le dejemos que fluya. Por eso la oración cristiana es muy sencilla. Dice el Señor: *"Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has descubierto a la gente sencilla"*. La oración de Jesús es muy sencilla, muy fácil. Esta idea que tenemos de que la oración es muy difícil o que la experiencia contemplativa es inalcanzable para la gente como nosotros que somos de barro, no es correcta, porque la misma Teresa de Jesús, al terminar las Séptimas Moradas dice: "¿Y dejaran de entrar todos aquí?" lo cual quiere decir que llegar a las Séptimas Moradas es el despliegue de la oración bautismal, del Abbá del Bautismo. Esto ya nos pone en una perspectiva realmente gozosa y alentadora. Estamos en el camino de la oración. Es el Espíritu el que ora en nosotros.

1.- ENTRAR DENTRO

Bien, pero esto no nos quita. Bueno ¿y qué hago yo ahora? Yo ahora, termino la explicación del Evangelio y me voy a la habitación, o me voy al campo, y tengo delante de mis tres horas. Bueno, voy a citar un momentín (y la explicación que hago veréis es bastante casera, pero las cosas caseras también valen ¿no?) dice Ignacio: "Antes de entrar en la oración, repose el espíritu, asentándose o paseándose como mejor le parecerá". Uno tiene que serenar su corazón, entrar al silencio, entrar a la soledad y eso no se hace por decreto ley. Pero hay que tomar una decisión, hay que entrar, entrar, entrar... La forma de entrar pues, puede ser sencilla. Dice Ignacio, se puede pasear. Yo recuerdo, no se me olvidará, una vez que viví un verano con un monje cisterciense francés, que era muy conocedor de la mística cisterciense, y le veía algunas veces antes de acostarse pasear por el jardín y le preguntaba: padre ¿qué está haciendo? y dice:

disponerme para lo oración en el sueño. Ya tenga que orar en el sueño. Orar siempre, sin interrupción; tango que tener mi corazón a punto para la alabanza en el sueño, voy a serenar mi corazón. Quiere decir, por ejemplo, que yo me tengo que pasear, a lo mejor otro es nervioso, otro se sienta, otro... bueno, pero tiene que tomar la decisión de entrar al silencio, entrar a la soledad. Pone en la hoja: entrar dentro, soledad, silencio. "Tú, cuando ores, dice el Señor, entra en tu habitación, y cierra la puerta"

2.- MIRAR A JESUCRISTO

Bien, pero esta entrada adentro no es una entrada al corazón (bueno, es una entrada al corazón, ¿verdad? como decía Agustín: no te salgas fuera, entra dentro) pero la entrada de la oración no es al fondo de nuestro corazón sino al manantial, que nace más abajo del fondo. Dice Juan de la Cruz que el corazón tiene muchos centros, pero que hay el más profundo centro, que es el aliento del Espíritu. Nosotros tenemos que bajar, bajar, bajar... hasta abrimos al aliento del Espíritu que ora en nosotros.

Bien, pues, ya dispuestos para ello, ya hemos entrado, nos hemos paseado, nos hemos sentado, nos hemos puesto en el suelo. Ahora hacemos una composición de lugar, claro. Lo que pasa es que hay composiciones de lugar y otras composiciones de lugar. La mejor composición de lugar para la oración cristiana es orar ante la mesa de la Eucaristía bajo el rostro del Cristo Pascual. Es el lugar privilegiado para la oración cristiana: orar bajo la mirada del Cristo Pascual, donde aparece el rostro del Padre, en la mesa de la fracción del Pan, aunque uno ore en su habitación escondido, como decía Cipriano en la oración dominical. Cualquier forma de oración cristiana es pública, es comunitaria; uno está en corazón de la Iglesia y del mundo aunque uno este escondido en lo más hondo de un monasterio o perdido en una parroquia rural de las montañas de León.

Bien, pues yo ya he hecho mi composición de lugar. Yo pongo allí mi rostro, mi rostro de Cristo, el que me dice, un rostro de Cristo Pascual, Crucificado y Resucitado, y de alguna forma si puedo saber que mi oración esta unida a la mesa de la Eucaristía donde el Cristo Pascual preside, pues estoy de verdad entonces en las entradas mismas de la oración cristiana. Entonces, ésta es mi composición de lugar: Bajo el rostro del Cristo Pascual.

Bien, ahora ¿qué hago? ya me he puesto a punto, he cerrado la puerta, he hecho silencio, he serenado mi corazón, he bajado al fondo, al manantial ¿Cómo bajo al manantial? ¡Ah! pues digo: ¡ven Espíritu divino, enciende en mis ojos tu Luz, derrama tu agua en mi corazón, pon tus palabras en mis labios! Veni Creator, infirma nostri corporis, virtute firmans perpeti. Este cuerpo mío, roto, cansado, frágil ¡ fortalécelo con tu fuerza! Aquí no se trata de orar con la cabeza, ni siquiera con el corazón; se ora con el ser entero, el corazón es la concentración del ser y el cuerpo tiene mucha importancia para la oración. A veces no podemos orar más que con el cuerpo.

Bien, entonces yo ya me senté, me puse delante del Cristo Pascual, invoqué humildemente al Espíritu Santo. Si María lo pudo ver por un ojo porque las manos son interesantes de contemplar. Bueno, y luego ¿Qué hago? ¡Ah! dice Teresa de Jesús "mirar". Mirar, no se me va a ocurrir a mi mismo Si me cierro sobre mi mismo, si me doy una vuelta completa sobre mi mismo lo paso muy mal, me angustio, el corazón me pesa una barbaridad, ni se como colocar las piezas del ajedrez. ¡Mirar a Jesucristo! ¡Mirarle! Dice Teresa de Jesús: "yo lo que os digo es que penséis en él" (eso es ejercicio difícilísimo, pensar en Jesús) pero miradle". Un golpe de vista ese rostro es muy fácil. Mirad, dice en el Camino de Perfección, 42: "que cuando se mira a Jesús (es

un texto precioso) encuentra uno sus ojos que me miran, se siente mirado, se siente amado. Más todavía, dice Teresa de Jesús, sienta uno como si lo que pasa por mi corazón, tristeza o gozo, se reflejara en sus ojos, en los ojos de El, que sienten conmigo mi tristeza o mi gozo. Ha habido una penetración profundísima. Yo miro a Jesús y me encuentro reflejado en sus ojos, que me miran, pero ojos que reflejan todo el latido vivo de mi alma, de mi existencia. Por tanto, dice Teresa: "El, que no quita nunca de vosotros los ojos ¿es mucho que a quien tanto os da volváis una vez los ojos a El?" Dice el Salmo: "oigo en mi corazón, ¡buscad mi rostro! (Salmo 26) tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro".

Ved que el texto admirable del apóstol nos ha iluminado en el rostro de Cristo. Ilius in noble in facie Christi sum. Ese rostro de Cristo es el resplandor de la gloria del Padre y a esa luz nos hace ver. Claro, el ideal de este primer momento de la oración, que es mirar, es sentirse mirado y querido. Si uno no ha llegado a esta experiencia de sentirse mirado y querido, pues, permanece mirando. Bueno, que se le va la memoria, la imaginación... pero si todo eso son cosas periféricas, estamos orando con el corazón ungido por el Espíritu Santo.

3.- CONTAR

Bien, ahora, ya me doy cuenta de que estaba allí, de que me quiere, de que me acepta, de que está a mi lado. Y ahora, ¿qué? Bueno, pues si no fuera un monje de talla y tuviera una espiritualidad monástica, pues, a lo mejor inventaría hacer lo que hacen los monjes. Los monjes, como se dedican a la alabanza continua pues procuran alcanzar en el corazón lo que ellos llaman la inter-perturbabilidad, pero como yo soy cura, ¿cómo voy a tener la inter-perturbabilidad de los monjes, si vi llorar a aquella viejecita esta tarde y el otro se esta muriendo y aquel chico se emborrachó el domingo y este otro no tiene escuela? ¿Cómo voy a adquirir yo la inter-perturbabilidad? ¿Cómo voy a pretender yo ponerme delante de Nuestro Señor Jesucristo Pascual adquiriendo no se qué serenidad de Animo que sobrepasa mis fuerzas? que es que no lo puedo intentar porque mi corazón estalla de nombres, de recuerdos, de angustias. Yo no puedo, no soy un apóstol. Por tanto, tengo que dar cauce en mi corazón a los gritos y las esperanzas de los hombres, a mi angustia, a mi tristeza, a mi perplejidad.

Tengo que contar algo a Jesús, no soy un monje que esté, como pinta el hermano Rafael esa cosa tan bonita ¿verdad? subido en una montarla. Incola ego sum in terra. Soy extranjero en la tierra. ¡También de todas formas es un peregrino en la tierra! -como decía Francisco-. También seré peregrino. Pero, hombre, tan peregrino, tan peregrino un apóstol sin que se le contagie el alma de las angustias y esperanzas de los hermanos, no puede ser. Entonces, seguro que al permanecer mirando ese rostro, seguro que Jesús me dice: (El texto de Emaús) y les dijo; "¿De qué conversáis entre vosotros mientras vais de camino?" Esa es la pregunta con que Jesús se hace presente en la oración del apóstol. El apóstol se siente amado por Jesús, tan amado, que Jesús se ha interesado vivamente por todo lo que nosotros tenemos entre manos. Entonces no se nos ocurra pensar que hay que ir a la oración con una tijera, cortar la vida apostólica y dejarla a un lado como si fuera mala, profana, mundana, y meterme de golpe en la imperturbabilidad, a la contemplación del Señor en la pura alabanza. Bien, a lo mejor llega un día en que se hace eso. La unión transformante. Los apóstoles permite convertir en alabanza y en acción de gracias todo. Pero la pregunta de Emaús: ¿de qué estáis hablando? ¿Qué tenéis entre manos? ¿De que va la cosa? esto es realmente el latido, el tejido mismo de la oración. Por eso dice el Salmo: "Confiad en El, desahogad ante El vuestro corazón, que El es nuestro refugio".

De todas formas, sería muy bueno que a la hora, por ejemplo, de que nosotros desahogáramos ante El nuestro corazón, lo cual no es pasar delante de los ojos la película de nuestra vida; o sea, vueltos nosotros sobre nosotros mismos, eso no es oración -digo yo- no es oración cristiana ese vueltos nosotros sobre nosotros mismos, esa especie de introspección, enérgica introspección. Yo paso por mis ojos la película de mi vida, así no, porque esta enérgica introspección reseca mi alma, la conduce a la adversión, a la contradicción, porque es una vuelta completa sobre mi mismo, que el hombre lo puede hacer porque es persona, pero que queda roto completamente.

Entonces, cuando yo intento confiar al Señor el latido de mi vida (estamos haciendo una pequeña introducción a la oración), tengo que tener cuidado de recordar sus palabras. De todas formas no habléis mucho, no penséis que el Padre no lo sabe, no penséis además que el Padre os va a escuchar porque habléis mucho, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. Por tanto, este segundo momento de oración, que es el contar a Jesús el camino apostólico de la vida, creo que nuestra oración no es una oración monástica, nosotros no hemos de pedir prestado a los monjes la forma de oración. Nuestra forma de oración es una oración apostólica. En todo caso los monjes tiene que prestar, tiene que pedirnos prestado a nosotros nuestra oración porque ellos oran, como Teresa de Jesús, de modo admirable, la oración apostólica de la Iglesia, la oración de la intercesión y de la alabanza.

Por tanto, este segundo momento de la oración: contar al Señor las cosas, yo cuento al Señor las palabras de los hombres, las angustias y esperanzas de mis hermanos. Pero se las voy pasando a El, se las paso a sus manos, se las paso a sus entrañas serenamente, serenamente. Se las confío a Alguien que ya las conoce, a Alguien que les ama mucho más profundamente que yo, a Alguien que les compañía mucho más intensamente que yo. Yo no soy el protagonista de la obra apostólica, soy una simple transparencia de Jesús. Con unas pocas palabras y, dice el texto, "en silencio a veces" porque el apóstol muchas veces no tiene palabras, está roto, cansado. Entonces al venir cansado, después de cuatro misas los domingos, toda la tarde de reuniones, el encuentro con los jóvenes, si yo en lugar de irme a la cama, me quedo media hora de oración o una hora de oración, esta claro que yo no tengo palabras, estoy roto, estoy cansado; entonces tiene que hablar mi cuerpo, mi cuerpo caído y roto, las manos abiertas: habla mi cuerpo. Las marcas de la cruz, habla mi cuerpo, son elocuentes y tengo, por tanto, que hacerme a esa idea ¿no? Igual, por ejemplo, tengo que ir a la oración y no siento nada, no oigo nada, no pienso nada, estoy como una piedra, como no se qué... es el momento, claro, de acogerse, de refugiarse. "Protégeme, Dios mío, me refugio en Ti". Jesús como refugio, como techo, como mano, como cayado, como esperanza, como paz "Guarda ni alma en la paz, junto a Ti, Señor".

Si se trata de una oración apostólica, en este momento que decimos; pues más que hacer una larga historia de lo que estamos haciendo, referida a nosotros mismos, a ver cómo me porté yo con fulano, cómo reaccioné, cómo reaccioné conmigo, a ver que saqué de aquella reunión... unos parámetros enormemente empresariales. Si la oración es el lugar de la gratuidad, yo tengo que saber ponerme allí delante de la cruz desnuda: bueno, pues allí estoy y le cuento al Señor los nombres que están inscritos en mi alma y me acojo a El, que antes me ha acogido a mi mismo. Creo que si nosotros, nosotros apóstoles, descubriéramos esta profunda oración apostólica que viene del camino, que es camino mismo, que es para el canino, que está hecha de las angustias y esperanzas de

los hombres y no añoramos no se qué espacios bienaventurados, de bienaventuranza afectiva o de lucidez intelectual, o algo así, ¡qué bueno sería!

Porque estamos añorando, como hemos sido formados muy intelectualmente, estamos añorando, pues, dar vueltas al pensamiento aquel tan bonito oído en teología y de espiritualidad, repasar la vida; se nos escapa de las manos y cuanto más entremos en la vida apostólica, más se nos escapa. Por eso, en este momento decimos: "Protégeme, Dios mío, me refugio en Ti, me confío a Ti, me cojo a Ti" "Venid a Mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré". Me parece a mi que esta oración apostólica de pasar a Jesús los gozos y las esperanzas de los hermanos y pasarse uno a si mismo, muchas veces sin poder decir una palabra, roto es la verdadera oración de los pobres: de la gente que viene de la era, cansada, y tiene cinco hijos en casa; del leñador que estuvo cortando leña doce horas al día; de la madre de familia que no ha sabido qué hacer durante el día porque estaba desbordada por el problema de sus hijos y caen rendidos al encuentro de Jesús desde la pobreza de la existencia creada, que no tiene el gozo de verse recuperada y en las propias manos sino que os fundamentalmente estática. La oración de los pobres es estática, es una oferta, no es una apropiación, no tengo tiempo para hablar, no se qué hablar, estoy perdido, estoy aburrido, angustiado, ¿qué me queda sino dejarme acoger, dejarme mirar, dejarme llevar de la mano? Y yo estoy allí como una oferta, como un ofertorio que ni siquiera esta en mis manos, porque parece que la historia me vive, sin vivir yo mi propia historia.

4.- ESCUCHAR

Bien, yo esto me parece que es sencillo. Uno mira a Jesús y después le cuesta algo. Así, sin muchas palabras y a veces sin mucha quietud. La oración es un lugar sereno. Pero esto no es lo más importante de la oración, ni la mirada, ni lo que nosotros contamos. La oración como han dicho los grandes orantes es un ejercicio de amor, es una entrega del Señor a nosotros y de nosotros a El, y entrar a esa entrega es realmente lo que importa. Bien, entonces, yo ya miré a Jesús, le conté cosas, algunas cosas. Ahora no tengo nada que contarle, bueno, permanezco en silencio. Y ahora ¿qué hago? ¡Ah! pues escuchar. Tengo que dedicarme largamente, largamente a escuchar.

Como estamos haciendo la oración en la mesa de la fracción del Pan, bajo el rostro del cristo Pascual, esa es nuestra composición de lugar; entonces, lo que yo escucho es la Palabra de la Escritura. En lugar de ir a un libro de devoción, el apóstol ora la Escritura. Y ¿por qué ora la Escritura? Porque la Escritura es la historia de la misericordia entrañable que el Padre ha tenido con nosotros dándonos a su Hijo Amado. Y como la Escritura es el Hijo, la Escritura es Cristo, entonces cuando yo escucho la Escritura, escucho todo lo que se refiere a El en la Escritura. (Lc. 24,27). Es un milagro esto, ¿verdad? Yo bebo en la Escritura, en los textos, en su desnudez. ¿Por qué? Porque en la Escritura Jesús es el portavoz y la voz, es el que me habla del Padre y es la Palabra misma del Padre. Pero ¿cómo? Al expresarse, al decirse, se da. Cuando una persona se dice, se expresa, se da, no tenemos que tener la forma griega de pensar que el lenguaje es no se qué transmisión de los pensamientos; hay que entrar en la forma bíblica y decirse es darse. Pues, como al expresarse El mismo se da a si mismo, la Palabra del Evangelio que yo acojo es el don de si mismo, que me hace Jesús y por tanto, esa palabra es aliento, es fuerza, es Espíritu Santo, es fuego.

Ayer oímos decir al Señor mismo "las palabras que yo os he hablado son Espíritu (Pneuma) y vida". Entonces, Jesús, el evangelizador que es el evangelizado y el

Evangelio mismo, es Palabra que se entrega como don de amor, fuerza y amor, espíritu de amor. Ahí hay que leer los textos del apóstol: "La palabra que es fuerza en el Espíritu Santo" (Col 3). Entonces, claro, escuchar la Palabra no es pensar. Escuchar la Palabra es, para decirlo con la expresión del apóstol "abrazar la Palabra con el gozo del Espíritu Santo" es "comulgar la Palabra" ¡Qué profundo esto! ¿Verdad?

Nosotros estamos como muy intelectualizados, hemos heredado del Seminario una carga reflexiva enorme y no hemos desencadenado en el corazón las fuerzas del amor. Entonces, la escucha de la Palabra es una acogida del amor, es Jesús mismo que no nos ilustra sobre los pensamientos y los valores evangélicos, sino que se da a si mismo.

Entonces, ¿qué es el silencio? Si la palabra es su don que se nos entrega. ¿Qué es el silencio? Pues el silencio, más todavía la disponibilidad, es la docilidad. Silencio no es sencillamente dejar hablar. Son las manos vacías y abiertas que escuchan, que entrañan la Palabra en nosotros y que comulgan la Palabra. Esto sería la auténtica sabiduría del Misterio de Cristo, como decía Evaglio Pontico, el teólogo y el discípulo amado que en las entrañas de Jesús ha descifrado la insondable riqueza de Cristo. Es acoger en el corazón el misterio escondido desde los siglos en Dios. Dice Juan de la Cruz: "Una palabra sola dice el Padre y ésta en silencio, y así tiene que ser acogida por el alma".

Claro, esto quiere decir, que uno tiene que romper, cortar su tocadiscos, su TV., su transistor, hacer silencio, crear en la casa un ambiente de silencio. La casa de un cura no puede ser una casa de la sociedad de consumo, desde luego. Ahí hay que palpar el silencio, porque el silencio es la acogida, la adoración, la escucha, Que entre un chaval del pueblo y se extrañe, pero ¡qué silencio! Lo cual no quiere decir que no se saboree uno alguna vez la música ¿verdad? como alabanza o como agradecimiento. Parece que Lucas, que ha pintado este gesto que estoy contando en una forma muy precisa en el Evangelio de la infancia, cuando dice que Maria -dice el texto- "Maria, por su parte, guardaba todas estas palabras dándolas vueltas en el corazón". El texto está como muy expresado, quiere decir: María, por su parte, mientras los pastores hablaban de Jesús, sólo hablaban de Jesús, cantaban, proclamaban las maravillas de Jesús -dice el texto griego- María en cambio... "pero ella..." ¿qué hacia? guardaba las palabras.

El texto griego "guardar las palabras" que además esté unido con el prefijo "con", con-guardar, es como empalmar. Como la palabra es acontecimiento, empalmar la Palabra que se ha hecho, que ha sucedido, la Palabra que se ha hecho carne, es conectar, como recorrer esa historia de amor que ha sucedido acogiéndola. El dar vueltas, el verbo griego "dar vueltas" tiene que ver con reunir, conjuntar, descifrar -dicen los exégetas- como si al contemplar amorosamente ese hecho de amor, Palabra hecha historia y relacionarla y contemplarla de arriba a abajo, como que si el acontecimiento mismo de amor se descifrara.

Realmente estamos todavía como en los comienzos. Como estamos en Pentecostés, y hoy los apóstoles no pueden ser apóstoles si no son contemplativos, y tenemos que bajar a esa hondura de la contemplación.

5.- DARSE

Pero no hemos llegado aún al momento central de la oración que conecta este "escuchar" con el "darse". Bueno, se explica muy bien, después de lo que acabo de decir ¿no? que el orar con la Palabra en las manos, orar ante la Palabra, orar la Palabra que

hemos proclamado en la Eucaristía y que exponemos en la mesa de la fracción del Pan, tenemos que exponer la Palabra ante el pueblo, como se expone el Cuerpo del Señor; exponerla; aquella Palabra, es la Palabra hecha historia hoy. Esa Palabra acogida, es un gesto de comunión de amor. Escuchar, por tanto, es ser acogidos en la Palabra hecha carne, cuando nosotros consentimos en que esta Palabra nos acoge.

El gesto final de la oración es: "darse". Decía Teresa de Jesús: "orar es hablar con Aquel que sabemos nos ama". Pero como hemos dicho, que el hablar es "darse" nuestra respuesta al Señor, después de que el Señor nos ha hablado y se nos ha dado, es fundamentalmente un don, una entrega. Esto sucede desde el corazón. La oración sucede desde el corazón que esté ungido por el Espíritu, derramado en nuestros corazones. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Es, por tanto, el Espíritu el que nos arrastra a entregarnos al Señor. Es el Padre mismo el que nos pasa a manos del Hijo y nosotros cuando decimos "aquí estoy" estamos haciéndonos eco de esa mano del Padre, que nos pasa al Hijo, de ese amor del Espíritu que nos entraña en las entrañas de Cristo, que es el Señor del Espíritu: Esto lo hacemos desde el corazón. En hebreo "el corazón" a diferencia de nosotros, que somos griegos -como decía Zubiri- pues el corazón conoce y ama. No es el pensamiento el que conoce, conoce el corazón. Por eso dice el apóstol que el Padre ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis, pero fundamentalmente el corazón en la condición hebrea "conocer" es experimentar, es amar, es darse. El corazón ama, el corazón es la persona misma concentrada escondida y por eso mismo es el lugar más radical del encuentro con el Señor.

Es desde el corazón, desde el Espíritu derramado en nuestros corazones, cuando nosotros respondemos. Por eso, se entiende muy bien que cuando el Espíritu esta derramado en nuestros corazones, nos hace hijos en el Hijo. "Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, para que recibierais la adopción". Y el hecho de que sois hijos se muestra en que ha derramado el Espíritu en vuestros corazones, y cuando el Espíritu nos adentra en la comunión del Hijo, es decir, en la comunión del Espíritu Santo, entonces es cuando podemos orar verdaderamente la oración de los hijos: el Padrenuestro.

La oración fundamentalmente es el Padrenuestro. Esa respuesta al amor que se nos entrega en el Padrenuestro. Intentaré explicar mañana por la tarde. Pero si quería decir un poco que esas palabras del apóstol: "El Espíritu ora en nosotros con gemidos inenarrables" se refiere, según dicen los escrituristas, a las palabras centrales de la oración de Jesús, que los primeros hermanos transmiten en arameo: ¡Abbá! ¡Maranatha! ¡Aleluia! ¡Amén! Eso es muy fuerte. ¡Padre, venga tu Reino! Reúne en torno a Ti, Padre misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo y haz del universo de los cielos y de la tierra una mesa común donde se sienten todos los hombres y los pobres ocupen el primer lugar. Hazlo pronto, con la venida de tu Hijo. ¡Qué alegría que lo hagas! ¡Amén!

Es entrar, claro, en una oración fundamentalmente estática. Ya recordáis que dedicarnos todo un año a orar esta oración de Jesús. Quería decir, que esta oración de Jesús, Ignacio en sus Ejercicios (no sé si habréis leído los Ejercicios de Ignacio. Es un libro hecho de silencios: una palabra, silencio, una palabra, silencio..., es un ejercicio de silencios) pues hay un pequeño fragmento que dice Ignacio: "Sobre los modos de oración" y entonces uno dice: ¡Qué dice Ignacio sobre los modos de oración?

Dice, que hay tres modos de oración. El primero consiste más o menos, pues en hacer un examen de vida, un examen de conciencia. Es un poco lo que decíamos antes del contar, contar al Señor lo que vamos haciendo. Y ¿cual es la segunda forma de hacer oración? Y responde lo mismo que Teresa: el Padrenuestro, palabra por palabra, silencio. Dice él: puede ser que pase una hora y no hayáis terminado el Padrenuestro. La siguiente hora empezad donde lo dejasteis: Padrenuestro, glorifica tu nombre. Y uno se queda allí, pues a lo mejor no sabe que es, pero lo dice. Es el Espíritu el que ora en nosotros. Poco a poco se va iluminando la mirada y el corazón. ¡Venga tu Reino! ¡Haz que el mundo me quiera! Un poquillo de pan para mañana me basta. ¡Padrenuestro! Esa es la oración de Jesús. Ya explicaré mañana cómo realmente el camino de oración es el Padrenuestro. El maestro de oración es sólo el Espíritu Santo, y el lugar de la oración es sólo la mesa de la Eucaristía, aunque uno esté escondido en un lugar más pequeño, en su casa parroquial. Es bonito esto.

Y luego ¿el tercer grado de oración? ¿La tercera experiencia? ¿Qué pasa con la tercera experiencia? Dice Ignacio, que eso mismo del Padrenuestro se hace suspirando. Como que un hombre moderno dice: ¿cómo que suspirando? yo que me quiero quitar de encima... y no se qué afectividad ligera. Suspirando quiere decir que en lugar de hacerlo meditando, Padrenuestro y pensar, pues, es verdad, claro que lo es, pues estoy viendo a su Hijo, pues ya dejo de pensar y aclamo, me entrego, adoro. Es la experiencia fuerte. ¡Venga tu Reino! ¡Hágase tu voluntad! ya no pensando sino dándome; suspiro, aclamo. Como los santos, como las famosas jaculatorias de los viejos, ¿qué creéis que son las jaculatorias de las viejecitas de los pueblos? aclamaciones, aclamaciones... ¡ay, Dios mío! ¡Hágase tu voluntad! Todas estas aclamaciones son tercer grado de oración ignaciana en muchos casos.

Claro que entonces se explica que este encuentro vivo de la Palabra que se nos entrega y nosotros que nos damos a la Palabra, a lo que conduce la oración de Jesús, que es una oración fundamentalmente apostólica, es al ser tomados de la mano por Cristo Jesús. Es una oración transformante. Una persona que ore la oración de Jesús un año seguido, al año siguiente cambia radicalmente, radicalmente, porque va siendo tomado de la mano por Cristo Jesús, arrancado a sí mismo, pasando a sus manos para el seguimiento martirial (Filp 3) "Que sea hallado en Él, comulgando en sus pensamientos para tomar parte en la fuerza de su resurrección". Me parece a mí, que el eco de la oración de Jesús está también en esas palabras de María: Magnificar. Ecce. Fiat. Aquí estoy. Entonces hay que poner el Magnificat delante de Ecce, Fiat, porque la alabanza va por delante de la ofrenda y del consentimiento.

6.- PERMANECER: ESTAR SEGUROS

Bien, entonces es volver como a las experiencias originarias de los cristianos, ¿verdad? y que han sido vividas por los santos para poder decir como decía Teresa en ese texto que está puesto en la hoja: "Juntos andemos, Señor, por donde vayas tengo de ir, por donde pases, tengo de pasar". Yo solamente quería decir una última palabra sobre un texto muy sencillo de Lucas. Sabéis que la oración de Jesús aparece explicada en el Evangelio en dos catequesis. El Evangelio contiene dos catequesis sobre la oración: una en el Evangelio de S. Mateo, el Cáp. 6, y otra en el Evangelio de S. Lucas, Cáp. 11. Son catequesis sobre la oración y hay un pequeño apunte de la catequesis de Lucas sobre la oración que es muy bello y quería terminar esta introducción a la oración con esta palabra sobre la permanencia en la oración y el abandono.

Bien, la parábola del amigo importuno. Es de noche, en la casita del pueblo, que no tiene más que una habitación (lo pinta bien Jeremías) durmiendo todos en la estera, el cerrojo puesto, y se le ocurre al amigo venir, no a pedir tres panes, sino tres trozos de pan, tres tortas de pan para el amigo que acaba de llegar. Entonces, claro, menos mal que... tengo que levantarme, revuelvo todo, los chiquillos, la puerta, pero ¿cómo va a ser esto? Pero en la parábola, el punto central no es al amigo que viene a pedir, sino el amigo molestado en el sueño; la figura central de la parábola está en el amigo que es molestado en el sueño. Viene a decir Jesús, es imposible que no se levante. Dice la parábola, es imposible que no se levante. Entonces, claro, pero bueno, será un amigo imaginaos que fuera un padre ¡imaginaos que fuera el padre! La oración, la parábola del amigo importuno no es una parábola sobre la perseverancia, aunque también.

Perseverar estos días de Ejercicios, perseverar. Uno hace sus dos horas de oración y se queda y persevera, y por la tarde y por la noche y mañana se levanta uno, y uno se va al pueblecito donde ha venido y todos los días una hora de oración o dos, o lo que haga falta, y persevera, y persevera... Pero la parábola del amigo importuno no es una parábola sobre la perseverancia sino sobre la certeza de que la oración es escuchada. Si es imposible que el amigo no se levante, ¿cómo el Padre, cómo pensáis que el Padre no os va a acoger a vosotros que sois sus pequeños? ¡Podéis abandonaros! Estoy al final de la parábola. "Tenéis que abandonaros" ¡Abandonaos! que no sois mendigos, sois hijos. Es un poco el final de la parábola ¿sabes? "Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá, buscad y hallareis". Que un padre cuando vienen los niños por la tarde a casa a merendar, no les va a dar una piedra, cuánto más el Padre dará el Espíritu Santo a los que se lo piden.

No se si con esta pequeña explicación habremos logrado cómo hacer en pequeño camino para poder estos días permanecer en la oración. Yo suplicaría mucho que guardéis el silencio.

TEMA -1°

UN GRITO EN LA NOCHE: ¿ES EL SEÑOR! (Jn. 21, 1-14)

1.- UNA EXPERIENCIA PASCUAL

Os deseo que estos Ejercicios se conviertan en una experiencia pascual; que lleguemos a encontrarnos con el Señor Resucitado como los apóstoles en la mañana de la Resurrección. La experiencia pascual es una experiencia de un encuentro con el Señor, en el cual se da un envío, una misión, y en esa misión misma se da un alimento para la misión. Encuentro, misión, alimento, son los tres momentos de esta experiencia que a lo largo de estos días vamos a suplicar al Señor que nos conceda. Por eso, la mejor manera de adentrarnos en ella para completar el misterio de Jesús, es escuchar la experiencia misma de la mañana de la Resurrección. Vamos a intentar seguir el texto verso a verso, en una contemplación sapiencial para que podamos también nosotros esta tarde compartir esta misma experiencia de los discípulos.

En este texto está descrito todo el proceso del seguimiento apostólico de Jesús, de tal forma que nos iremos viendo retratados en el camino del descubrimiento y de la misión.

2.- LAS PRIMERAS JORNADAS DEL CAMINO

Se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberiades. El reencuentro sucedió en aquel mismo lago, en la misma tierra de su trabajo y de su historia. Caminando por la ribera del mar de Galilea El les habla visto echando las redes, pues eran pescadores. Salió a su encuentro. Hizo con ellos una amistad entrañable "venid y veréis" y poco a poco les fue adentrando en el secreto de su vida y de su proyecto; El mismo se lo explicaba a orillas del lago. ¿Veis cómo los peces van haciendo cada uno su camino? ¿Y veis cómo la red los reúne a todos en uno? Pues éste es el encargo que el Padre me ha hecho: "reunir a todos los hijos que están dispersos por el mundo".

El Reino de los Cielos es semejante a una red que se tira en el mar y recoge toda clase de peces. Pero un solo pescador no puede tirar en el mar una red tan grande y tan abarcante, necesita la ayuda de unos compañeros de trabajo. De esta forma el Señor les iba llamando: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres".

Jesús invita a sus amigos a reunir la Iglesia para el Reino, y ellos acogen la llamada y se entregan a ella: "Al instante, dejando las redes, le siguieron". Al instante les llamó, y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron tras El. Dejaron su familia y sus bienes, su trabajo y su futuro, para quedarse sólo con El.

Pero la ruptura de la primera hora no había arrancado de los apóstoles los últimos gestos de apropiación, que estaban arraigados en sus entrañas. Ellos secretamente aspiraban a "ser para sí". El seguimiento en la primera hora era el empeño, es verdad, de hacer el Reino detrás de las huellas de Jesús, pero con el contrapeso del proyecto personal de construir su vida y de situarse, y de poder, aunque fuera de otra manera. Estas actitudes secretas en el corazón de los apóstoles aparecen en la primera etapa del seguimiento, pues aunque ellas estaban dispuestas a beber el cáliz del Señor, en ocasiones le plantean estas preguntas: bueno, ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y

te seguimos, ¿qué recibiremos, pues?

3.- EL PESO DE LA NOCHE OSCURA

A esta primera etapa del seguimiento, sucede una segunda que la llamamos "el peso de la noche oscura". Intentamos con ello describir la experiencia apostólica en el escándalo de la cruz. Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el mellizo, Natanael el de Cana de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos (21,21). De nuevo, a las orillas del mar de Galilea los amigos más íntimos de Jesús. Siete compañeros de la fraternidad apostólica, de entre ellos los más destacados del grupo de los doce. Es que la tarde del Viernes Santo había sido para ellos un tropiezo insalvable. Herido el pastor, se dispersó el pequeño rebaño. El profeta, el Maestro, el amigo, el Hijo amado del Padre, murió como un criminal en el absoluto abandono. ¿Qué otro camino les quedaba más que la huida? "Abandonándole, huyeron todos", dice el texto (Mc 14, 50).

La fraternidad apostólica decimos mucho que es el grupo en cuanto grupo. La fraternidad apostólica estaba defraudada; ellos esperaban otra cosa: "nosotros esperábamos que él había de ser el futuro libertador de Israel". Creían que el Reino del Ungido era una hazaña religiosa, de liberación socio-política, pero el Ungido fracasó y la cruz les defraudó por entero. Le vieron caer entre los guerrilleros crucificados con El, a El, que en realidad nunca había sido guerrillero y por otra parte le vieron abandonado del Padre, para el cual solamente había querido vivir. Le habían vencido los poderes de este mundo. Jesús, su proyecto, su esperanza, su fortaleza, había fracasado, y por tanto ellos estaban ahora defraudados, estaban desalentados, aterrorizados.

El problema de los apóstoles en este momento no es el cansancio ni la desilusión, sino la pérdida misma de su identidad. Arrancado Jesús de su lado, perdido ya de su vista, porque sus ojos no fueron capaces de seguir contemplando en la noche oscura, ya no sabían ellos siquiera qué era ser apóstoles. Entonces lo que queda al volver a pisar tierra, curarse del entusiasmo y volver a pensar... pues en lo que piensan todos los hombres: hacer una familia, tener un trabajo. Había que situarse volviendo otra vez al lago, a las redes, donde precisamente los hemos encontrado esta tarde.

Es verdad que era difícil olvidar los caminos y más difícil todavía alejarse de la luz del rostro de Jesús, pero la vida urgía y era necesario abandonar el proyecto de perder la vida por Jesús para reemprender el proyecto de ganar la propia vida. La pesadilla de Jesús es inolvidable, pero le vida se imponía y ellos creían que había que volver a la tierra, al pueblo, al hogar y no quedaba más remedio que situarse en el mundo. En la arena estaban los que habían sido apóstoles dispuestos a deshacer para siempre el camino emprendido, abandonar la aventura de ser pescadores de hombres para dedicarse a pescar peces en el lago y así poder sobrevivir. Tal vez es lo que podríamos leer en el verso 2, esta meditación sapiencial, en ese verso que dice: "Simón Pedro les dice: me voy a pescar; ellos le contestan: vamos también nosotros contigo.... Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no cogieron nada".

Sabemos qué en el evangelio de Juan, noche, tiene una significación teológica. Dejaron de contemplar el rostro de Jesús, salieron de su camino y se hizo noche oscura, la noche de la vuelta sobre si mismo. Recordemos el texto de la última cena (13,30) "Salió Judas. Era de noche" La noche es la ausencia de Jesús.

Cuando la fraternidad se vuelve sobre si misma y se cierra a su luz cegadora, se hace

de noche, se acerca la noche. Mientras esté Yo en el mundo, Yo soy la luz del mundo. Es entonces cuando los apóstoles tropiezan en la nada, no pescaron nada, no tenían pescado, no podían sentarse a la mesa a compartir entre ellos, ni tampoco ofrecer pan y pescado a nadie que a ellos viniera.

No era la primera ocasión en que tropezaban con el límite de la impotencia; ya lo habían experimentado en el camino, también en una noche, cuando creían que el Maestro no iba con ellos. "Hemos estado pescando toda la noche y no hemos pescado nada". Decían: ¡Podemos! y, luego, no podían, no se acogían al apoyo de quien era su fuerza. El se lo había dicho: "Sin Mí no podéis hacer nada". Si al menos se hubieran quedado al pie de la cruz, fijos los ojos en aquel rostro oscurecido, era la aparición de la luz cegadora de la gloria del Padre. Pero se habían vuelto sobre si mismos, sus ojos se habían vuelto a su corazón, sus manos se habían contraído a sus propios proyectos, y por eso se había hecho noche oscura, la media noche donde el apóstol experimenta el fracaso como impotencia y como infecundidad.

4.- LOS LEVANTES DE LA AURORA

Pero es precisamente en esta noche cuando suceden los levantes de la aurora. "Cuando empezó a amanecer estaba Jesús en pie a la orilla" (21,4a). Los apóstoles no van al encuentro de Jesús, es Jesús quien sale al encuentro de los apóstoles y El mismo se manifiesta y se revela, se revela a si mismo (21,1). El camino que había hecho con ellos había sido en realidad un progresivo desvelamiento, una cada vez más transparente manifestación, y sus ojos se iban haciendo a la luz poco a poco, hasta que quedaron inundados de luz y pudieron reconocerle. Según refiere el texto (es un texto contemplado durante 40 ó 50 años -las fechas de la comunidad de Juan- hasta que han cristalizado por escrito) alguien, antes de amanecer, se había presentado en la orilla, parecía un compañero de trabajo que seguramente iba también a pescar, pero que estaba dispuesto a echarles una mano. Los apóstoles no sabían que era Jesús. Después que resucitó de entre los muertos salió al encuentro de los suyos con el rostro sencillo de un compañero de camino, tal como aparece en los relatos pascuales. Ellos le creían ausente, pero El estaba más cercano y más presente que nunca. "El mismo Jesús se acercó he hizo camino con ellos" (Lc 24,15).

En medio de su vida y desde su misma vida sale a su encuentro. Como un compañero y un amigo se les acerca en la acogida y en la disponibilidad y les hace un gesto, tiene con sus apóstoles un gesto de súplica y solicitud: muchachos, ¿tenéis algo con que acompañar el pan? Esta expresión griega tiene la significativa propia del lago, donde el pan se acompaña con un pez. "Echad la red al lado derecho de la barca".

¿Cómo es que estando allí no le reconocieron? Es sencillo: porque los apóstoles estaban pendientes de su vida, estaban vueltos a su proyecto, veían a Jesús, pero no le reconocían, le miraban, pero no le veían. Como dice el texto de Emaús: "sus ojos estaban retenidos, de manera que no podían reconocerle". No acababan de conocer su voz, pero ciertamente era la voz entrañable de un amigo, un compañero de camino, desconocido, pero bien conocido. El término entrañable "muchachos" -paidia-muchachos, chavales, muchachas, que tiene como paralelo el texto. "hijitos" de otro texto de Juan: es una palabra entrañable dicha al corazón, es una palabra de llamada, como cuando le dice: ¡María! y María, al ser llamada por su nombre, le reconoce. La palabra de llamada tiene un acento entrañable y encierra un sentido; dicen los exégetas que el término muchacho encierra un sentido de intimidad paternal.

A ellos se les conmovieron las entrañas y descubrieron, entrevieron una presencia presentida, un rostro que empezaba a iluminarse en medio de la noche; una presencia cercana que les provocaba a lo que a ellos les parecía imposible y a la cual ellos se sentían inclinados a consentir. ¿No habían escuchado aquella misma palabra en otra noche oscura? ¡Adentraos en el mar y echar vuestras redes para pescar! No habían pescado nada, pero el Maestro insistió (Lc 5) y Pedro dijo: "en tu palabra, echaré las redes". También ahora la voz insinuante de Jesús entrevistó en su presencia adivinada y presentida "echad las redes a la derecha de la barca". Ellos cogieron la invitación en obediencia sencilla y dócil. Las echaron, pues. Así se abrían a la disponibilidad de la llamada.

En medio de la noche, a pesar de que aún no hablan descubierto la plenitud de la claridad de su rostro, ellos consintieron dócilmente y echaron las redes, no por su iniciativa, que no las habrían echado, sino por el amigo desconocido que con la palabra entrañable les sugería. No confiando ciertamente en sus fuerzas, sino en la mano extendida de aquél que los llamaba y les indicaba el camino desde la orilla. Se habían dejado conducir, se habían dejado alentar. Las echaron, pues, y ya no podían arrastrar la red por la abundancia de peces; se había hecho posible lo imposible, más de lo que ellos eran capaces de sospechar. Mientras se hacían a la tarea, el rostro de Jesús se iba iluminando y revelando, mientras se hacían a la tarea. Era el amanecer y los levantes de la aurora. "Vimos romper el día sobre tu hermoso rostro, y al sol abrirse paso por tu frente".

El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: ¡Es el Señor! El pequeño discípulo, a quien Jesús amaba, acompañó a Jesús de cerca en la travesía pascual: en la última cena se recostó en su pecho (Jn 13), estuvo a pie firme junto a la cruz cuando Jesús le encomendó a su Madre (Jn 19) y fue testigo del sepulcro vacío por primera vez (Jn. 20). No es el discípulo que ama a Jesús, sino aquél a quien Jesús ama, aquél que se deja amar y sostener por Jesús. Por eso el amor iluminó sus ojos, porque es el amor el que conoce y puede verlo y anunciarlo: "Lo que hemos visto con nuestros ojos y hemos palpado con nuestras manos de la palabra de la vida" porque la palabra se ha hecho carne y la hemos podido ver. Hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, lleno de ternura y fidelidad. El discípulo amado dio un grito en la noche: ¡Es el Señor! Había que releer así toda la cristología del evangelio de Juan: Jesús, el Hijo amado del Padre, el Hijo enviado, el Hijo encarnado, el Hijo crucificado, es ahora el Hijo exaltado. La cruz acaba de iluminarse, ha sido la entronización. El Hijo amado tenía que ser levantado a lo alto para ser glorificado e inundar de paz la historia entera de los hombres. La Pascua ha sido la travesía del amor; la cruz, la hondura de la humillación, ha sido el encumbramiento de la glorificación, por eso, levantado ahora sobre la tierra, todo lo atraerá así mismo. Este movimiento del texto de Jn 21 hacia Jesús, es una atracción poderosa de Jesús; no es una respuesta de los apóstoles a Jesús, es una atracción del Resucitado, Señor de la gloria, a los apóstoles que están todavía en la oscuridad de la noche.

Es ahora cuando sucede la palabra del Señor: "Cuando Yo fuere levantado Sobre la tierra, todo lo atraeré a Mi mismo". Así, los ojos iluminados de los pequeños discípulos, descifraban los signos de lo que estaba sucediendo. En la travesía pascual ha empezado la plenitud. Jesús el Señor, entronizado, está ya reuniendo su Iglesia para la llegada del Reino del Padre. Esto es lo que quiere expresar el texto del verso 7 "la echaron, pues, y

ya no podían arrastrarla por la multitud de peces" (la red es la imagen de la Iglesia que reúne a la humanidad en torno al Señor). Entonces, el discípulo a quien Jesús amaba, dijo a Pedro ¡Es el Señor!

5.- EN LA CLARIDAD DEL DIA PRIMERO

Va sucediendo lo que llamamos con nuestra expresión de Juan de la Cruz en la experiencia pascual "los levantes de la aurora" el amanecer. Pero este amanecer da paso a la luz entera del Resucitado. Este momento de la experiencia que la llamamos "en la claridad del día primero".

Cuando Simón Pedro oyó ¡Es el Señor! se puso el vestido -pues estaba desnudo- y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces. Nada más saltar a la orilla, ven preparadas unas brasas un pez sobre ellas y pan (21,7-9). El Señor se manifiesta por entero, no cuando resucita, sino cuando es entronizado, cuando se pone a la derecha del Padre, a la cabeza de los hermanos, primogénito de toda la creación, primogénito entre los muertos. Por eso, el paso del amanecer a la plenitud del día, sucede cuando el Señor prepara la mesa; El mismo prepara la mesa, sobre la arena, a los discípulos. El poniendo la mesa en la que El mismo se entrega a si mismo con todo el amor de la pascua y así reúne a la familia entera de los hermanos y convierte la tierra en mesa compartida donde los pobres serán los primeros en servir.

Cristo -canta la Liturgia- alegría del mundo, resplandor de la gloria del Padre, ¡bendita la mañana que anuncia tu esplendor al universo! El Señor les preparaba una mesa sencilla sobre la arena; prepara unas brasas encendidas (tiene la frescura ¿verdad? de las escenas de Tiberíades) para asar unos peces que se los va a dar con un trozo pequeño de pan. Un gesto que les entra por los ojos, porque es el gesto de la mesa compartida que El había ido haciendo a lo largo del camino: los gestos de la multiplicación de los panes y los peces, que se continúan en la mesa de la última cena antes de padecer, que se continúan después en la mesa de la cena después de resucitar y que continuarán hasta que El vuelva y nos invite a la última mesa del Peino de Dios.

Es ahora, cuando el Señor está sentado a la mesa, a la cabecera de la mesa, a la derecha del Padre y a la cabeza de los hermanos, cuando los apóstoles redescubren su misión; cuando le ven a El sentado a la cabecera de la mesa para ir después a la cabecera de la marcha, cuando redescubren su misión. La habían recibido antes, en la primera llamada, pero ahora la redescubren en la segunda llamada. Dice Grauli en el comentario de S. Juan, que esta pesca milagrosa de Jn 21, es el equivalente dramático de la misión, del texto Mt 28,19: "Id por todo el mundo y haced discípulos de todas las naciones". Es una palabra elocuente, es un acontecimiento que se hace palabra, es la vocación apostólica redescubierta. En la claridad del rostro del Señor, los apóstoles ven iluminada su tarea diaria que antes apenas valoraban y pasaba desapercibida para ellos. El camino de la misión se desentraña cuando ven con sus ojos al Resucitado a la cabecera de la mesa para reemprender después con ellos, a la cabecera, el camino del Reino del Padre.

Pero este redescubrimiento de la vocación apostólica lleva consigo un tránsito a las manos de Jesús. Es una experiencia apostólica nueva, en la cual los apóstoles pasan ahora a manos de Jesús, para hacer camino ya en El, desde El; no en El desde ellos como habían hecho antes de la travesía pascual.

Ellos habían sido enviados al mundo para reunir a los hijos dispersos "venid conmigo y os haré llegar a ser pescadores de hombres". Pero ellos creyeron por un tiempo que ellos eran los protagonistas de la aventura, que eran ellos los que habían de recoger los peces en la red, y que eran ellos los que habían de sostener la red con sus manos. Pero la travesía pascual les ha descubierto que el que realiza la misión es el Señor, que es El quien reúne los peces en la red, que es El, el que sostiene la red misma, y que sus manos son incapaces de la aventura apostólica si no están sostenidas por la mano del Señor. Por eso, al ver al Señor, los apóstoles entran en una experiencia nueva, insondable, que es el paso a las manos del Señor, la gravitación poderosa a las entrañas del Señor. Es la hora de salir de si mismos, de perderse a si mismos para ser lo que en realidad eran: pura y sencilla presencia del Señor y llegar a ser así verdaderamente pescadores.

Este paso a las manos del Señor, este paso del apóstol a las manos del Señor está significado admirablemente en el gesto de Pedro. El apóstol se pasa al Señor y al pasarse al Señor, se pasa con el apóstol la Iglesia entera y el universo entero. Es muy importante esto para nuestros días de ejercicios. El apóstol ha de pasar a manos del Señor. Pedro se tira al agua. Pedro no toma la iniciativa, se deja seducir, se deja arrastrar. Ahora se comprenden las palabras de Juan: "Nadie puede venir a Mí si el Padre que me ha enviado -dice el texto bíblico- no le arrastra". Se trata de ser arrastrado, no sólo seducido sino arrastrado.

Cuando Simón Pedro oyó: ¡Es el Señor! se puso el vestido -pues estaba desnudo- y se lanzó al mar. Pedro, el mayor, era sin duda el más frágil, el más pequeño. Sólo Judas le superó en la traición. Pero amaba a Jesús con toda su alma. Desde su quebradiza pequeñez, respondía al amor entrañable y preferente de Jesús. Señor ¿a dónde vas? ¿Por qué no puedo seguirte yo ahora? Cuando Pedro veía a Jesús se sentía seducido y arrastrado para seguirle; ahora, al instante, del todo en todo, sin importarle nada de nada. Flaquearán sus fuerzas pero él se atreverá a correr el riesgo interior ¡Señor, mándame ir a Ti, sobre las aguas! Como un muchacho pequeño que no mide las distancias y las fuerzas, se puso el vestido y se tiró al mar.

Llegar a Jesús, pasar a El cuanto antes. Sólo El cuenta, El es el único absoluto, ni las redes, ni las tareas, ni siquiera, sorprendentemente, la solidaridad con los hermanos. Pero estos dos discípulos -el discípulo amado y Pedro- que se han pasado a las manos de Jesús, que han consentido pasar a manos de J.C., en absoluta entrega, son ahora la presencia alentadora que hace posible que vengan los otros después juntos arrastrando la red con los peces para convertir la arena en mesa compartida. Los otros discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces. La red estaba llena de peces grandes -153- el número simbólico que indica la humanidad entera, no solamente Israel.

Ahora, en la claridad del día primero, todos los gestos se iluminan en la gloria del Resucitado que había preparado la mesa. El Reino ha empezado ya. Está el Primogénito a la cabeza, están los hermanos todos reunidos, la red llena de peces, está la tierra convertida en mesa y hasta para colmo, los pobres son los que la sirven, el puñado de pescadores de Galilea. Nos encontramos ante el signo del Reino anticipado: la parusía se ha anticipado ya Schnackenburg comentando este texto: la red se convierte en el símbolo de la Iglesia universal que recoge a la humanidad entera como fruto de la travesía pascual de Jesús. "Padre, que todos sean uno, como Tú estás en Mí y Yo en Ti;

que también ellos sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado". ¿Es profundo esto, verdad? Pensar que estos textos han sido vividos, contemplados, proclamados año tras año en la comunidad del discípulo amado. Están llenos de una densidad evangélica y sapiencia insondable.

6.- PAN PARTIDO EN COMIDA Y ALIENTO

Ahora podríamos preguntarnos ¿Y el otro momento del encuentro pascual, qué es el aliento? ¿Dónde aparece? Vamos a intentar descifrar el último momento de la fracción del Pan en el texto: pan partido, anticipo y aliento. "Jesús les dice; venid y comed. Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle ¿Quién eres tú? sabiendo que era el Señor". Entonces, Jesús toma el pan y se lo da y de igual modo el pez. Aparece la palabra: Venid, venid. Otra palabra entrañable del Señor dicha a lo largo del camino: venid detrás de mí, venid conmigo, venid los que estáis cansados y agobiados venid a sentaros conmigo, venid a compartir el pan. Se ven ahora, a la cabecera de la mesa. Sus manos mismas eran la mesa, manos marcadas con las marcas de la cruz. Jesús tomó el pan y se lo va dando: es el mismo gesto del camino, el mismo gesto de la noche antes de padecer, el mismo gesto ahora, al amanecer del día de la resurrección. Cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la acción de gracias y se lo iba dando.

Pero este gesto de la fracción del pan, decíamos esta mañana, que todos estos ejercicios eran una contemplación del misterio pascual en torno a la fracción del pan.

Este misterio del pan partido es, por una parte, el anticipo de la parusía, y, por otra, el aliento para el camino hasta la parusía. En aquellas manos abiertas del Señor que parten el pan, El mismo se entrega a si mismo. El primogénito comparte a los hermanos su misma vida: "El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en Mi y Yo en él". Lo mismo que el Padre vive y yo vivo por el Padre, así el que parte conmigo el pan a la mesa y come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive por mí, desde mí, a través de mí.

Los discípulos están asistiendo ahora a la parusía. La resurrección es el anticipo de la parusía. No nos cansemos de repetirlo nunca, ahora cuando tenemos miedo a la noche oscura de la Iglesia. Ya tenemos la parusía, el "futuræ gloriæ nobis". Es una experiencia de algo poderoso. Ya está la plenitud, ya está la novedad, ya está la mesa puesta y se nos ha dado una prenda de la gloria futura. El Señor en su mesa pascual ha anticipado el Reino; entronizado a la cabecera de la mesa, a la cabecera del universo en la Iglesia, ha incorporado, todavía no plenamente, pero ya si ahora en él, la plenitud, la humanidad nueva que va a realizar la creación nueva hasta que él vuelva. Por eso dicen los comentaristas que el texto del aliento del Espíritu, que aparece en Jn 20 "Como el Padre me envió, así os envío Yo a vosotros" "Y dicho esto, alentó en ellos el Espíritu. Comenta Braun diciendo, que ese aliento del Espíritu de Jn 20, es la entrega del pan en Jn 21, porque el que come mi pan y bebe la copa ¿qué come y bebe sino el Espíritu Santo? Beber la copa y comer el pan es recibir el aliento, es el aliento del Señor.

El camino es largo, vendrá de nuevo la noche y hará falta aliento y pan para el camino. "Repártenos tu cuerpo y el gozo irá alejando la oscuridad que pesa sobre el hombre". El aliento del cenáculo alentó sobre ellos, el aliento del Espíritu sucede en el pan de la Eucaristía. Es el don del cuerpo y de la sangre del Señor, la corporización misma del don del Espíritu ¿Qué es el Espíritu sino el abrazo entrañable del Padre al Hijo para nosotros, para reunirnos en la fraternidad peregrina hasta el Reino? El pan que yo voy a dar es mi carne para la vida del mundo. Por eso, la entrega de Jn 21, sería el

paralelo al Mt 28: "He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Jesús como Emmanuel, como compañero de camino, con lo cual retomamos la contemplación del pan como el pan del porvenir, que es Jesús, el inseparable compañero de camino, el gozo pascual y el gozo interminable. Y descubrimos verdaderamente que la mesa de a fracción del pan es el punto de arranque, el camino de la Iglesia y el término de su peregrinación.

7.- CONCLUSIÓN: EL GOZO PASCUAL

Quería, en estos últimos minutos que quedan, hacer una pequeña reflexión sobre este texto de Jn 21,12, que es un texto muy bello y poco contemplado. Se puede traducir: "Y ninguno de ellos se atrevía a preguntarle ¿quién eres tú? pues sabían que era el Señor" o también se puede traducir: "a ninguno se le ocurría preguntarle ya ¿quién eres tú?". Quizá esta segunda lectura sea como más profunda todavía. Siguiendo esta segunda lectura intentaré explicar lo que es el gozo pascual, que es el resultado y el fin del encuentro de la mañana de la resurrección.

El pan partido sobre la mesa ha descifrado enteramente el misterio del Señor y el misterio de los apóstoles. Les mostré las manos y el costado y ellos se llenaron de alegría al ver al Señor. Al verle con las manos marcadas por las marcas de la cruz, como la absoluta gracia y la misericordia desentrañada, como la absoluta novedad de la historia de los hombres, como el enigma resuelto de la historia de los hombres, los apóstoles ya no tienen preguntas, ya no tienen petición, ya son invadidos por la plenitud de la alegría. "Como el Padre me amó, así os he amado yo a vosotros; permaneced en mi amor. Esto os lo he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo llegue a plenitud".

El miedo se ha convertido en alegría desbordante, porque la existencia apostólica ha sido enteramente descifrada, porque el enigma de la historia humana, el enigma de la humanidad misma, el enigma del cosmos, ha sido enteramente descifrado. El evangelio de Mc hace siempre la pregunta: dínos, ¿quién eres tú? no nos tengan en vilo, dínos quién eres tú. Todas las ansias han sido colmadas, todas las preguntas han sido descifradas; sólo queda el dejarse envolver por la gloria del Resucitado para hacer el camino en una comunidad ilimitada de destino. Hay una palabra profunda en la despedida de Jn en la última cena: "Aquél día no me preguntareis nada" aquel día no me pediréis nada. No tenían ya nada que pedir ni que preguntar, porque El se había convertido en su entera bienaventuranza y a ninguno se le ocurría preguntarle ¿quién eres tú? sabiendo que era el Señor.

Ahora tendrán que salir de nuevo a los caminos del mundo, pero ya habiendo experimentado la inseparable cercanía del Señor. "En verdad, en verdad os digo, vosotros lloraréis y gemiréis y el mundo se alegrará; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría". De nuevo volveré a veros y nadie será capaz de arrancaros vuestra alegría. Es profundo el texto.

Dice Bultmann que este texto: "Volveré a veros" y "nadie será capaz de arrancaros vuestra alegría" que se refiere a la parusía, se anticipa en el encuentro pascual y que los discípulos que verdaderamente se dejan encontrar por Jesús, alcanzan en El la plenitud de la bienaventuranza para hacer camino tras El, hasta la muerte, con el gozo pascual, que es un gozo interminable como dice el himno de la liturgia: Jesús gozo pascual, Jesús gozo interminable. Sería verdad cómo la experiencia apostólica está siendo

profundamente transfigurante.

Solo quería decir, para terminar, que esta experiencia del aliento, de las siete discípulos en la arena de Tiberiades, es la experiencia a la que nosotros estamos llamados. Y que no solamente nosotros estamos llamados, sino que está llamada toda la Iglesia, está llamada toda la humanidad.

Voy a terminar con las palabras con que Agustín en el comentario a Juan (sabéis que ha sido el gran comentarista de Juan) comenta estas palabras. Viene a decir: el encuentro de la pequeña fraternidad en la mañana de la resurrección es una prefiguración de nuestro encuentro y del encuentro de toda la Iglesia con el Señor Resucitado. Sentémonos a la mesa, que el pan y el pez es el Cristo pascual "Christus passus". A él se incorpora la Iglesia para tomar parte en su bienaventuranza que no termina nunca. Vamos también nosotros a comulgar este sacramento tan grande para asociarnos así a esta misma mesa, a esta idéntica bienaventuranza.

TEMA - 2º

JESÚS: EL HIJO AMADO DEL PADRE (Ef. 1,3-14)

INTRODUCCION

Vamos a comentar despacio, verso por verso, intentando hacer una contemplación sapiencial.

Es un texto litúrgico, es un himno, escrito en las comunidades en torno a Efeso. Este himno tiene su puesto en la Eucaristía de tal forma que el saludo del Apóstol que aparece poco antes: "La gracia y la paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo el Señor esté con todos vosotros". Ese saludo del comienzo de la carta enmarca claramente la comunidad eucarística en la que el Himno se proclama. Y en otro texto eucarístico del final, de 2Cor 13,13 "La gracia... y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros", es el saludo de la comunidad eucarística en la que el Himno se canta.

Pero es interesante saber que esta comunidad eucarística, posiblemente situada en las afueras de la ciudad de Efeso, atraviesa una situación histórica muy importante y es que esté dividida por dentro y está perseguida por fuera. Hay problemas de unidad dentro de la comunidad y hay miedo al mundo; miedo al riesgo del compromiso en el mundo.

Por eso el texto que cantamos es un texto que se sitúa en esa aclamación comunitaria en la Cena del Señor, por tanto, en una comunidad que vive en la perplejidad del seguimiento entre la unidad y la división, entre el compromiso y el miedo a la construcción del mundo.

En general intentamos hacer una lectura sapiencial del texto recogiendo la exégesis bíblica y al mismo tiempo la experiencia popular. Como estos textos están enraizados en la experiencia popular nosotros retomamos experiencias populares, del pueblo castellano, muy parecidas a todos los pueblos, para adentrarnos en este misterio que estamos contemplando, de tal forma, que las palabras que parecen difíciles se nos hagan accesibles.

1.- BENDITO SEA DIOS, PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Empezamos el Himno "Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo". Se trata de una liturgia de alabanza. El Padre nos ha bendecido dándonos al Hijo y nosotros respondemos bendiciendo a El. Es una aclamación. Es una alabanza. Es muy importante saber que la aclamación de la comunidad se hace al que preside la Mesa -que es el Padre- hecho presente en el Hijo que esta a la derecha, el Hijo entregado que reúne en la unidad del amor a la pequeña fraternidad en el mundo.

"Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo". Es importante detenernos en estas experiencias, que a lo mejor al principio (que a veces) nos suena difícil, pero que hemos de entrar en ellas, a la experiencia Trinitaria.

De la vida pastoral, de las experiencias populares, intentaré poner algunos ejemplos que descifran el texto de la carta. Imaginaros, por ejemplo, que en un pueblecito

pequeño de nuestras tierras, al atardecer, viene un padre del trabajo, y a la puerta de casa hay un chaval que le está esperando, muy pequeño, su hijo. Entonces al padre le da un abrazo muy fuerte a este chaval, se lo mete en las entrañas. Da la impresión de que los dos son una sola cosa. No tenemos otra imagen más viva para adentrarnos en estas palabras que esta experiencia familiar fuerte, del pueblo sencillo. El padre que se entrega al hijo por entero, el hijo que se acoge al padre, por entero, en este abrazo común, en el amor común, en el aliento común. Ahí sucede toda la historia.

Nosotros intentamos, a partir de esta experiencia popular, releída en las Escrituras, en el Antiguo y Nuevo Testamento, decir qué significa esta primera aclamación: "Bendito sea Dios".

Ya podemos llamar a Dios Padre de Jesús, el Señor, el Hijo entregado por nosotros y puesto sobre nosotros a la cabeza nuestra, a la derecha del Padre y por eso Nuestro. De tal forma que el texto "Padre Nuestro" que aparece en el verso 1,2, aparece después en el verso 1,3, como el Padre de Jesús, que nos ha compartido su filiación en el Hijo y así hemos llegado a ser Hijos en El.

2.- EL PROPOSITO DEL PADRE

El Himno insiste mucho -le tenemos muy poco estudiado- habría que dedicar horas enteras a contemplar el Himno, a decirlo, a incorporarse a El. El Himno insiste mucho en el propósito que tiene el Padre. Esta palabra: Propósito, el propósito de su voluntad, misterio de su voluntad. Vamos a intentar (a través de las mismas palabras griegas) asomarnos un poco a este propósito.

El propósito, en primer lugar, se le llama en el Himno Complacencia, EUDOKIA.

Huchas veces caminando por los pueblos, a veces en los viajes, he intentado ver, como podíamos, esta eudokia, este beneplácito.

He encontrado a un padre, que lleva sus hijos en las rodillas, a un padre que va detrás de su hijo caminando al trabajo, mirándolo entrañablemente, en silencio, como un arranque de ternura. "Como un padre siente ternura por sus hijos..." Heb "entrañas de misericordia". Son experiencias que hemos contemplado: ese arranque de ternura, ese latido hondo de ternura que un padre siente por sus hijos. Esto sería la complacencia.

"Te eres mi Hijo querido" dice el Padre a Jesús, en Ti me he complacido.

Pero este arranque de ternura que el Padre siente por el Hijo Amado, lo siente por nosotros, pequeñuelos suyos incorporados al Hijo amado. Este amor entrañable, este beneplácito, esta complacencia, esta misericordia entrañable, la siente el Padre por nosotros en El (Ef 2,4) "Rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó". (IP 1,3) "según la multitud de su misericordia" (de la escuela paulina).

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" dice el Himno de Pedro (1ª 1,3 -que es la Escuela Paulina-) quien por su gran misericordia. Pero si nosotros proseguimos, no solamente nos encontramos con la palabra EUDOKIA -complacencia- arranque de ternura, sino que nos encontramos con otra palabra repetida en forma distinta, que es la palabra DECISION, propósito decidido.

El texto litúrgico castellano la ha traducido "Por pura iniciativa suya" (está bastante bien esta traducción).

El amor de la misericordia entrañable del Padre, no está solicitado por nosotros ni provocado por nosotros, sino que ha sido pura iniciativa suya. Es la pura liberalidad, la libre libertad. Por eso el texto del Himno repite "según el beneplácito de su voluntad" (1,5a) "según la decisión de su voluntad" (1,11b)

La Comunidad contempla que esa misericordia entrañable del Padre es una decidida voluntad de salir a nuestro encuentro. Por eso la tercera palabra con la que se dice "ese propósito" de su voluntad, es una palabra que en la tradición dogmática no ha sido suficientemente bien descifrada, la palabra propósito "procesis": pre-destinación.

Pre-destinación significa el amor que sale al encuentro anticipándose. El amor que se adelanta, que se anticipa. "Según el propósito" (Ef. 1,10; 3,11).

"El nos amó primero" dice Juan. En esto consiste el amor. No en que nosotros hayamos amado al Padre, sino que El nos amó primero dándonos a su Hijo.

Entonces, el primero que es pre-destinado -esto es insondable- el verdaderamente predestinado es Jesús a nosotros, el Padre le predestinó a El a nosotros, y nos predestinó a nosotros a EL.

Intento expresar (Rom 8,29) "nos predestinó a El" y (1Cor. 1,2-7) "El fue predestinado a nosotros".

Por tanto, la predestinación del Padre, el propósito de su voluntad es su propósito de reunirnos como hijos en torno a su Hijo mayor para amarnos como le ama a El y para que nosotros pudiéramos amar al Padre como El, el Hijo del amor, le ha amado.

Y así hacer aparecer su ternura que quedamos en llamarla: "Gracia" (esta palabra que repetiremos mucho porque estamos persiguiendo cómo situar para el s. XXI, escatología e historia: gracia y liberación). Esa ternura se llama gracia, amor gratuito, dado en libre libertad, que sale al encuentro, pero hay una palabra muy bonita para expresar la fuerza y la luz de la gracia. Y esta fuerza y la luz de la gracia, tiene una expresión bíblica que es la palabra "Gloria" "Doxa" la gloria de su gracia.

"Para gloria de su gracia". No para alabar su gracia. No somos nosotros los que damos gloria a la gracia sino, es la gracia que se manifiesta como gloria, con fuerza, con luz, para mostrar la gloria de su gracia. Esto lo tenemos casi sin estrenar. Y así, al mostrar la gloria de su gracia, nosotros podemos responder "ad laudem gloria" "en alabanza de gloria". De Gloria a gloria. Como dice el texto de 2Cor.

Tenemos que estar familiarizados, los apóstoles, con estas experiencias hondas, trinitarias, donde se arraiga plenamente ministerio apostólico. Si no entramos ahí, a esa hondura ¿cómo vamos a entrar en la espesura de la Historia?

La pregunta es: ¿Cuál es este propósito del Padre?

Vamos a ver ahora como lo expresa el himno.

Hay que pensar ahora que a pesar de que este Himno está escrito con una terminología litúrgica, por tanto muy esmerada y muy precisa, y a veces reiterativa y poética, y empalmado con los Himnos del Nuevo Testamento e incluso con los Himnos de Cumrán, sin embargo, se esconde en este Himno experiencias populares muy profundas.

3.- REUNIR LA FAMILIA

El Padre tiene el propósito de, sencillamente, reunir la familia de sus hijos.

Voy a partir aquí de experiencias que os pueden ayudar para esta búsqueda de la exégesis del Evangelio desde la experiencia del mundo de los pobres.

En nuestros pueblos de Castilla, se conserva todavía, ya se está perdiendo, una tradición que yo no he visto más que una vez en mi vida, y es la bendición que el padre de familia da al hijo cuando se va a casar. El padre se pone delante del hijo y le bendice.

Hecho importantísimo. Signo de una elocuencia que nosotros no podemos todavía descifrar.

Al bendecir al hijo está entregándole su amor, para que en las entrañas de ese hijo se engendren los otros hijos, para que entre los brazos extendidos de sus hijos se entrañe la familia y la casa común.

Esta es la experiencia que subyace al Himno.

"Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo" porque el Padre nos ha bendecido en el Hijo, nos bendijo en Cristo.

El texto "con toda bendición espiritual" es un texto que está mal traducido. El gran comentarista de la carta a los Efesios ha dicho esa palabra significa con toda la bendición del Padre que es el Espíritu, nos ha bendecido en el Hijo, con todo el Amor del Espíritu. Y nos ha bendecido eligiéndonos de antemano, en amor, por Cristo, por manos de su Hijo, para El, para ser Hijos en el Hijo, para ser el Cuerpo del Hijo, la fraternidad del Hijo.

En este sentido, este texto que estamos comentando (Ef 1,3) "Nos bendijo en El con toda bendición espiritual para que llegáramos a ser hijos por El, en El, dentro de El."

Este texto sería el comentario de la fraternidad apostólica de Pablo, pasados unos cuantos años, de otro texto escrito por el mismo Apóstol, en La carta a los Rom 8,29 "A los que de antes conoció, a estos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, de modo que El sea el primogénito entre muchos hermanos". El propósito del Padre, no solamente es que les conoce de antemano como hijos, sino que nos destina de antemano a ser hijos en el Hijo, en filiación compartida con el Hijo, filiación que es al tiempo, que comunión, configuración, llevar los rasgos del Hijo.

En la exégesis, se puede precisar que este texto "llevar los rasgos del Hijo" se refiere al Hijo entronizado de la Pascua y a la configuración que en nosotros resulta después de haber tomado parte en su Misterio Pascual.

Este "conforme en sus padecimientos" configurándome con El en la muerte para

tomar parte con El en la victoria de su Resurrección.

Se ve muy bien cuál es el beneplácito de la voluntad del Padre y dónde se sitúa precisamente el Hijo amado cuyo rostro estamos descubriendo. En ese sentido, como estamos diciendo, que este propósito de la voluntad del Padre, de reunirnos en el Hijo que sucede antes de la creación del mundo, después ha sucedido en la Pascua, por eso el Himno pasa de la pre-existencia a la Pascua "nos agradó en el amado en el que tenemos la liberación por su sangre, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia que desbordó sobreabundantemente sobre nosotros".

El texto de Ef 1,6-7, es como el despliegue Pascual de este gesto de bendición sucedido antes de la creación del Mundo. Como perseguimos el buscar el rostro de Cristo para anunciarlo al porvenir tendríamos entonces que decir que este texto nos revela a ese Cristo como gracia absoluta, como misericordia desentrañada del Padre, vuelta a nosotros.

Como nosotros hemos sido creados por manos del Hijo, ya el hombre en su carne, en sus huesos, es gracia, ya tiene el diseño del Hijo, ya en la carne y en los huesos estamos configurados con el Hijo. El Hijo se ha diseñado en nosotros. Por tanto la filiación y la fraternidad la llevamos diseñada en la carne y en los huesos de la humanidad misma. (No existe la "naturaleza" en el sentido griego, la "fixis"). El hombre es gracia desde la primera hora. Es gracia, que después es plenamente agraciada. Gracia que recibe gracia. Como María en Lucas "Jariste jaritomene" Gracia que ha sido agraciada.

Estamos contemplando el Misterio de la pre-existencia nuestra en Cristo, desde la Pascua. En ese sentido nuestro diseño del Hijo se completa cuando el Hijo entregado en la Pascua, se entrega plenamente a nosotros y somos recreados, re-engendrados. Por eso el Himno de la 1ª de Pedro dice: "Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (¡Admirable! ¿Verdad?).

Al verle aparecer como hermano, con los brazos extendidos en la Cruz, llamándonos hermanos, es cuando hemos descubierto que El era ya Primogénito antes de la creación del mundo y que nosotros como familia de hermanos somos ya fraternidad del Primogénito, desde antes de la creación del mundo y que ese Hijo, unigénito, hecho primogénito, es el misterio escondido desde los siglos en Dios. El misterio que los hombres todos, hasta los que están en los extremos de la tierra -para decirlo con las palabras fuertes del Apóstol- sean, no solo coherederos del Hijo sino con-corporales del Hijo, Cuerpo del Cuerpo de Cristo.

"El nos ha bendecido" dándonos enteramente en el Hijo su Espíritu para que fuéramos hijos por El, incorporándonos a El para desplegar la gloria de su gracia, para que nosotros podamos responder de gloria a gloria, en alabanza de gloria de la gracia que hemos experimentado en su Pascua. Cuando regalándonos la liberación de nuestra última negatividad, que es el pecado, hizo desbordar sobreabundantemente sobre nosotros la misericordia des-entrañada del Padre.

4.- PARA PREPARAR LA CASA COMUN

Pero, el Himno está escrito en una comunidad que tiene miedo al mundo. No quiere

comprometerse con el mundo. Entonces el Himno acentuadamente presenta el propósito de la voluntad del Padre, no solamente referido a la Iglesia, sino el mundo. No solamente es el Cristo primogénito de los hermanos, sino el Cristo primogénito de toda criatura, el Cristo cósmico (si no se entendiera mal). A pesar de que esta palabra tenemos que purificar la para poder entender ahí el Cristo que encabeza no solamente la cosmogénesis, la Historia del cosmos, sino sobre todo, el debate de la Historia humana en el que está pensando la fraternidad de este Himno. No solamente para reunir la familia de los hijos, sino para por El, con El, y en El preparar la cena común.

Me remito un poco a las experiencias familiares. En pueblecillos pequeños, cuando un padre y una madre no tienen casa, la gran aspiración del padre es tener una casa y muchas veces no puede. El mayor era el que ayudaba a hacer la casa y por manos del mayor se hacía la casa, la casa para todos.

Recordad el Himno de Laudes: "Revélanos al Hijo, Potencia de tu diestra y Primogénito de toda criatura" El Hijo no solamente es el que encabeza la familia de hermanos sino que encabeza la casa común.

Al entregarnos a su Hijo Amado, al entregarle el Padre como rescate de nuestra esclavitud derramando su sangre para darnos a conocer la riqueza de su gracia, entonces es cuando hemos comprendido la economía del misterio, que no solamente es el Hijo entregado, no solamente es la familia de hermanos sino también es la casa común, el universo como hogar. Universo como mesa de compartir.

La economía del Misterio por tanto es un proyecto de creación y transfiguración del cosmos y de la historia para llevarlo a plenitud. El Misterio es "oikos" y la economía es la economía de la familia, del hogar.

El Padre empezó a construir la casa con sus manos. En El fue creado todo lo que hay en el cielo y en la tierra, lo visible y lo invisible. El Universo fue creado por El y para El y todo tiene en El su consistencia. Es como si su mano estuviera sosteniendo el cosmos. Es la mano del Padre que sostiene el hogar común. Lo sostiene y lo da consistencia, encabezándolo, por eso es primogénito de toda creación, en cuanto que es cabeza del cuerpo del Universo.

(Cuando dice el Himno de Col "del Cuerpo, de la Iglesia" hemos de cortar, como muy bien la liturgia de la Hora lo ha cortado).

Tendremos que aclamar al Señor con las palabras del Himno del prólogo de Juan, "Todo fue hecho por El y para El" Lo que fue hecho, el universo, era vida en El (Jn 1,3-4). Ese universo era la casa del Padre hecha por sus manos, su propia casa. "Vino a su casa" la casa de los suyos (Jn. 1,11).

Entonces esa casa del universo en el propósito de la voluntad del Padre está destinada a ser el hogar común, el hogar de la familia, de sus hijos, y aunque los hermanos pequeños rompan el amor, aunque la casa se arruine, aunque la casa se convierta en cárcel y campo de guerra, aunque se llene de cadenas y esté atravesada por un muro de separación, precisamente entonces, aparecerá la misericordia des-entrañada del Padre, en todo su exceso, porque la misericordia entonces se convertirá en fidelidad. Será la ocasión de mostrar la riqueza de su gracia llevando a plenitud el universo en la

entrega Pascual del Hijo.

Así comenta el Himno de Col: "El Padre quiso que habitara en El toda la plenitud y por sus manos reconciliar el universo consigo, haciendo la paz por la sangre de su cruz en el universo que abarca el cielo, la tierra los abismos". Teníamos que familiarizarnos en esta contemplación más profunda del misterio de Cristo. No tengamos miedo.

Ahora podríamos estudiar el texto de recapitular:

Si tuviéramos que hacer una casa y cubrir el tejado, me parece que la piedra fundamental es la que se pone al final ¿no? Está todo pendiente. Hay una piedra que reúne, que reajusta, que sostiene. Eso es "Kefalaion, es esa piedra angular, esa clave de bóveda. Esa palabra para un griego, la palabra "Kefalaion" clave de bóveda tiene que ver con Kefalé, cabeza.

Entonces ¿qué es recapitular? Dar al universo la clave de bóveda, que el Hijo lo encabece, que tenga al Hijo por cabeza, como traduce el himno.

Entonces, Schlier ha precisado muy bien con su agudeza y su espíritu de sabiduría en el comentario a la carta a los Ef, cómo esta palabra, recapitular implica dos palabras griegas. La palabra kefalaion que es la clave de bóveda donde todo se reajusta, todo se reúne y cuando está reunido, todo se recrea, todo se reconstruye. (Imaginaos cómo los apóstoles hacían catequesis, esa palabra kefalaion a oídos del pueblo sencillo, de los suburbios de Efeso).

El Primogénito de muchos hermanos aparece entonces como el primogénito de toda la creación, que encabeza el universo, de los cielos y de la tierra. La TIERRA NUEVA que es el hogar común de la familia de hermanos. Esto sería lo que está comentado más tarde en el Cáp. I de Ef: "Le dio como cabeza del universo, a la Iglesia". Le hizo cabeza del universo, haciéndole cabeza de la Iglesia. Le hizo cabeza del universo haciéndole cabeza de los hermanos. La Iglesia es su cuerpo. Es un texto muy saboreado por las primeras comunidades con unas implicaciones históricas increíbles. Esa fraternidad que está reunida en los suburbios de Efeso, es la plenitud del universo, encierra las promesas de todos los pueblos, es el fermento del alma del mundo, pequeño rebaño, en torno a la mesa de la Eucaristía, consciente, sin embargo, de que el futuro al servicio de la Historia le pertenece a su Señor.

Es aquí donde nosotros podríamos esbozar la primera parte de nuestra contemplación del Misterio de Cristo.

5.- AHONDANDO EN LOS TITULOS CRISTOLOGICOS

Ahora comprendéis por qué todos los títulos cristológicos del NT. se resumen en uno, en el de HIJO. Un título que por cierto en la exégesis ha sido poco ahondado -en la exégesis histórico-crítica- pero que recientemente ha irrumpido en la exégesis, porque desde siempre está en la conciencia viva de la Iglesia, como el título que resume todos los títulos del Hijo Amado.

Nosotros hacemos una contemplación del Misterio de Cristo como Hijo Amado y traducimos esa palabra por: Misericordia des-entrañada del Padre.

Hay una palabra, es fuerte, es poderosa, "Nos agració en el Amado", es profunda. Ni siquiera dice en el Hijo. Dice Hijo Amado, como dicen los textos del Bautismo y

Transfiguración. No dice Hijo del Amor, como dice el himno de Col 1, sino sencillamente dice, el Amado. (Cómo amarían en aquellas comunidades a Jesús para llamarle el Amado. A uno le suena a los textos de Sta. Teresa: "El amado del alma") A nosotros esa aclamación, hecha y dicha en comunidad, no nos saldría ¿verdad?

"NOS AGRACIO EN EL AMADO" Esto es lo que intentaríamos descifrar en la tercera parte de la Contemplación.

El Misterio escondido desde los siglos en Dios se ha manifestado ahora, a su pequeña familia de hermanos, los santos. La última hondura del rostro de Jesús no se descubre viéndole luchar por la justicia, ni tampoco viéndole servir a los pobres, ni tampoco viéndole predicar el Evangelio, sino viéndole orar al Padre: ABBA, PADRE: porque es desde ahí desde donde El se vuelve a nosotros. El, que estaba vuelto a las entrañas del Padre, se vuelve a nosotros.

Sólo en la Pascua se desvela el rostro de Jesús, como Hijo amado y entronizado. Por eso los primeros hermanos pueden decir que el Misterio de Dios, el Misterio escondido de Dios, es Cristo (Col 2,2), "El hijo del amor" (Col 1,3), "La riqueza de la gloria" (Col 1,27), "La riqueza de su gracia" (Ef. 2,71).

Paradójicamente, uno se encuentra con que hay dos palabras que se unen al título de Hijo. Una es la palabra: único, unigénito, "monogénesis" referida por Juan, que significa Amado, entrañablemente amado, Hijo unigénito. Y la otra palabra que se une al título de Hijo es Primogénito. Es este Hijo, Unigénito y Primogénito, es la cristología del Hijo Unigénito y Primogénito, la que subyace a los textos de la GS y LG. La cristología de la GS, es la cristología del Hijo Primogénito.

Este Hijo que es amado para ser entregado a los hermanos, es un Hijo que desde la comunión en el Espíritu se entrega al propósito de la voluntad del Padre, exhaustivamente. Es el Hijo entregado al Padre, en el aliento del amor del Espíritu, como Hijo obediente, por nosotros. Hijo amado, hemos de traducirlo por Hijo entregado. Amado del Padre por causa nuestra, para entregárnoslo a nosotros, amando al Padre por causa nuestra, para dejarse entregar por nosotros. Por eso la palabra que descifra verdaderamente a Jesús en la palabra: ¡ABBA, Padre! ¡ABBA, Padre! aquí estoy, por ellos, para alabanza de gloria de tu gracia. Esta es la verdadera contemplación: La obediencia del Hijo en la unidad del Espíritu Santo.

"Padre, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en él". Entendiendo así al Hijo, en este texto de absoluta obediencia, de absoluta acogida del proyecto del Padre en favor nuestro para ser entregado por nosotras como la misericordia del Padre que se desentraña. El Hijo amado esta vuelto a las entrañas del Padre. En el seno del Padre se ha vuelto a nosotros y hemos visto su gloria, la gloria del Hijo que viene del Padre lleno de ternura y de fidelidad. Palabras claves: "Xaris et fidelitas" gracia y fidelidad. Misericordia y fidelidad. Jesús es la misericordia desentrañada del Padre como fidelidad.

"Hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre llene de gracia y de verdad". Continuando el Himno del comienzo de Juan: "La ley nos la trajo Moisés, pero la gracia y la verdad -la ternura y la fidelidad- han sucedido por manos de Jesucristo. Pues a Dios, al Padre nadie le ha visto, pero al Hijo único, que esta vuelto a las entrañas del Padre, ese, nos le ha dado a conocer".

Jesús es la exégesis del Padre. Es el desvelamiento del Padre como ternura como fidelidad; como gracia, como verdad. Son experiencias muy hondas están en la base de los títulos cristológicos que la misma confesión de la fe apostólica ha reunido, teniendo en cuenta estas experiencias, originaría de filiación y fraternidad a las que nos estamos refiriendo.

La comunidad primitiva tiene una sensibilidad especial para: el rostro, la imagen, el parecido, el resplandor, el icono.

El Hijo es la Imagen del Padre, es el Rostro del Padre "el que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Jesús es entonces el rostro visible, del rostro invisible del Padre. "Imagen de Dios invisible" (Col 1,15) "Imagen de Dios" (2ª Cor).

Pero el rostro, cuando verdaderamente es luminoso, es cuando sonrío. Iluminarse el rostro, en la tradición bíblica es la ternura del rostro. La claridad de un rostro es su ternura, por tanta, el texto de Heb 1,3 "Resplandor de la gloria del Padre, marca de su ser" tiene que ver con la manifestación de la ternura del Padre en el Hijo entregado. Ahora comprendemos que nos ha iluminado en el rostro de su Hijo. El Rostro Pascual del Hijo es el Icono del Padre, porque en ese icono está el rostro luminoso, es el rostro reflejo del Padre. Es la luz del Padre reflejada en su rostro. Brille el resplandor que viene del rostro del Padre, de la gloria del Padre: "Cristo, alegría del mundo, resplandor de la gloria del Padre". (Tenemos que entrar a los caminos del discipulado en la mesa de la Palabra y del Pan, en las experiencias litúrgicas de alabanza).

"El Padre nos ha hablado desde antiguo de muchas maneras por las profetas, ahora, en el tiempo final, nos ha hablado por el Hijo".

El Apóstol lo ha dicho de una forma muy fuerte, muy vigorosa. Todas las palabras que el Padre nos ha ido diciendo en la Historia Santa eran una promesa del Hijo. El Hijo es el SI, AMEN, es el Si definitivo dicho a nosotros, por eso dice el Apóstol en 2Cor. 1,20 "Y por El decimos nosotros amén, para gloria del Padre. El Si a nosotros es el Amén dicho desde nosotros.

Este pequeño acceso a Jesús, Hijo Amado del Padre, Único, primogénito, entrañas, rostro, palabra, es algo que quisiéramos contemplar esta mañana.

Se me ocurre hacer una pequeña introducción a la oración. (No sé si sería un atrevimiento decir que esto sería el verdadero "principio y fundamento". Hay que retomar las experiencias ignacianas desde las experiencias neotestamentarias). Naturalmente, una contemplación como ésta no se presta a la reflexión, sino se presta a la admiración.

¿Dónde está el Icono de Dios?

Lo reconozco en aquel Rostro, y lo miro, y me dejo mirar por El, hasta que experimente que me ama.

Luego ya leo el texto y como ese texto es Palabra de Dios, es fuerza, es Fuego, es Espíritu Santo, tengo que comulgarlo y como María dándole vueltas en mi corazón.

(Dar vueltas en el corazón significa recorrer esa historia de amor que es hecho convertido en palabra donde se me descifra el Misterio.)

Una vez que el Himno ha pasado a mi corazón, lo grito, lo canto, lo pongo música, (Como S. Francisco ponla música a sus himnos, tenemos que recuperar la posibilidad del canto profundo del alma, la admiración, la alabanza).

No solamente lo pienso, luego se dice con suspiros del alma, con aclamaciones del alma.

No solamente lo pienso, luego se dice con suspiros del alma, con aclamaciones del alma. Seria bonito en una meditación como la de esta mañana decir: "Gloría al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo" o la aclamación de los Padres griegos, mas bonita todavía: "Gloria al Padre por el Hijo en el Espirito Santo".

Repetirlo como se repite una aclamación, como se dice una palabra de cariño a la madre, se la repite siempre, sin cansarse.

Seria bueno, por ejemplo, el "Gloria a Dios en el cielo... por tu inmensa gloria "Propter magnam gloriam tuam".

"Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias". Pero no por haber encontrado un sentido a la vida. Por tu inmensa gloria, porque nos has dado a tu Hijo y es todo el bien y el absoluto bien y el entero bien y el bien interminable, porque la peripecia de los hombres y la historia, adquieren su sentido, tiene su futuro definitivo.

"Señor Dios, Padre Todopoderoso".

"Señor Dios Hijo Unigénito, Jesucristo" entregado como siervo. No olvidéis que "Cordero de Dios" es la aclamación más repetida de la Eucaristía. Cuatro, cinco veces "Cordero...". "Tu que quitas el pecado del mundo..." "Cordero de Dios, Siervo, Primogénito entregado cono siervo. Gracias por tu infinita misericordia desentrañada".

TEMA -3°

EN LAS HUELLAS DEL HIJO AMADO (Mt. 6,9-13)

“BUSQUEDA”

La palabra búsqueda, para expresar lo que hacemos en la tarde no es una aclamación tan firme como la de la mañana, más bien es una búsqueda, es un discernimiento comunitario de los caminos apostólicos de la Iglesia de hoy. Por tanto, nos encaminamos a una búsqueda compartida, a un discernimiento comunitario.

1.- EN EL ALIENTO DEL ESPIRITU

En primer lugar, un primer título y un pequeño dibujo nos adentran en el texto. La hondura de los textos a veces hay que afrontarla sobre todo desde la simplicidad. En este primer número del dibujo ponemos -"en el aliento del Espíritu"- la pregunta que nos hacemos es:

¿Cómo la Iglesia de hoy, cómo el Apóstol de hoy, puede entrar a compartir con Jesús su obediencia al Padre, en favor de los hermanos, en la unidad del Espíritu Santo, para así poder hacer el camino entero del seguimiento?

¿Cómo puede el discípulo, por Cristo, con El y en El, en la unidad del Espíritu Santo, entregarse al proyecto amoroso del Padre en favor de la humanidad y del Universo, en una entrega absoluta, en la absoluta disponibilidad, para así poder llegar a la travesía pascual?

(Son preguntas muy fuertes. Yo sospecho que la búsqueda de esta tarde nos va a resultar difícil y tal vez un poco molesta, porque los grandes medios de la búsqueda son oración y disponibilidad, absoluta disponibilidad, y eso a todos nosotros nos desestabiliza un poco, pero debemos disponernos a esto si queremos hacer la lectura del seguimiento del Cristo).

Nuestro pequeño dibujo que he dado esta mañana, ese dibujo de la misericordia entrañable del Padre que se entrega al Hijo. El Padre ama al Hijo y le entrega todas las cosas. El Hijo se entrega al Padre: "Padre, aquí estoy" por ellos, para alabanza de tu gracia. "Padre, quiero que donde estoy yo estén ellos conmigo" "Para que vean la gloria que tú me diste. Para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en el".

¿Cómo poder comulgar nosotros con el Jn 17 y con el gesto apostólico de Jesús que nace en las entrañas del Padre, de su absoluta obediencia?

Nos encontramos en este pequeño dibujo y la pregunta nuestra es cómo entrar a este texto. ¿Nos es posible entrar?

Este gesto de oración de Jesús, de la absoluta obediencia al Padre, de donde parte todo su camino, que es una expresión consumada de esta entrega, es el gesto, al que nos encaminamos.

No nos extrañe que este gesto, para nosotros sea extraño. Era extraño para los primeros apóstoles, el grupo de los Doce que hacían camino con Jesús. Los Apóstoles

que hacían camino con Jesús se extrañaban de varias cosas. Una de ella es que Jesús vivía y caminaba siempre bajo la mirada del Padre. Se le notaba que vivía bajo la mirada del Padre. Pero mas todavía les extrañaba, que cuando ellos estaban ya cansados de caminar y se iban a dormir, Jesús se marchaba al campo, sólo, para pasar toda la noche en oración y a muchos les extrañaba también que mucho antes de amanecer, cuando ellos no sabían qué hacer con el sueño, veían que Jesús se levantaba y se iba otra vez al campo a orar.

Una experiencia que tenemos que rehacer en la Iglesia de hoy. Que tenemos que estrenar.

Esta experiencia de Jesús, permanecer bajo la mirada del Padre después en camino, desde el camino y para el camino entregarse a la oración continua, provoca en los discípulos una pregunta que está formulada en Lc 11, al comienzo de la catequesis sobre el Padrenuestro: "Sucedió... le dijo uno... enseñanos a orar".

Jesús, como vemos, quiere compartir con nosotros este gesto de entrega. El lo hace en el camino. Y los discípulos le suplican que se lo enseñe. Pero Jesús, cuando los discípulos le preguntan cómo hacer, cómo compartir ese gesto, no les enseña el camino de la oración sino que les comparte su misma oración. Comparte con sus hermanos su propia oración. Les entrega su aliento, les entrega su mismo gesto. Su oración:

"Padre, Bendito seas".

"Venga tu reino".

"Aquí estoy por ellos, para alabanza de gloria de su gracia".

La pasa a manos de ellos. Vosotros tenéis que orar así:

"Padre nuestro

venga tu reino

hágase tu voluntad".

Pero cuando de lleno ya Jesús entrega a sus hermanos este gesto, este gesto es muy fácil hacerle porque es un regalo.

Si nosotros, con nuestro esfuerzo, quisiéramos entrar a este gesto, nos seria imposible, pero si es un regalo... ¿no le vamos a poder acoger?

Pero cuando Jesús entrega a sus hermanos este gesto, de lleno, no es en los caminos, sino en la travesía Pascual. Con la travesía Pascual, cuando El ha atravesado el madero, se sienta a la mesa y les comparte su mismo Espíritu. Les acoge y les entraña en su mismo amor.

"Dicho esto, alenté sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo". Ahora el Espíritu Santo ha sido derramado en sus corazones y por eso ellos ya pueden gritar: "Abbá, Padre".

Es el mismo Espíritu que da testimonio a nuestro Espíritu de que somos hijos con El y por tanto es el Espíritu el que grita en nosotros esta Palabra, el que alienta en nosotros este mismo gesto de la oración de Jesús.

Por eso repetimos insistentemente que es la mesa de la fracción del pan el lugar originario de la contemplación, de la oración de Jesús. Pues en ella, el Crucificado, señor de la gloria, acoge y entraña a su Iglesia alentándola en el mismo gesto de su absoluta obediencia, de su obediencia de inmolación para alabanza de Gloria.

Como esta contemplación es muy profunda, voy a recurrir a unas imágenes populares y con estas pequeñas imágenes quiero expresar el Misterio de la contemplación de Jesús en nosotros.

Vuelto a la imagen del chaval que está en la puerta, esperando a su padre. Imaginaos vosotros que en lugar de uno, el padre tuviera tres chavales pequeños y los tres se le echan al cuello, se le cuelgan los tres. ¿Qué hace el padre? extiende las manos para acogerlos y luego cierra las manos sobre ellos para entrañarlos en él, y cuando los chavales, juntos, se sienten entrañados en ese mismo aliento es cuando gritan: ¡padre! ¡Papá! Expresión que se grita cuando se ha sentido el amor, cuando uno está atraído por el amor, cuando está acogido, entrañado en el amor.

Esa pequeña experiencia que cuento la voy a describir ahora en la plegaria eucarística. Intentando descifrar algo que es central en la experiencia apostólica y en la experiencia presbiteral y que tiene que configurar toda nuestra vida. (La vida de un apóstol es una eucaristía desentrañada y la plegaria eucarística es el eje que configura la existencia apostólica).

El Padre que está delante con los brazos extendidos, acogiendo. abre los brazos ante ellos y los acoge.

"Extendió sus brazos en la cruz".

En la plegaria segunda de la tradición apostólica de Hipólito aparece el Primogénito con los brazos extendidos en la cruz. Se baja de la cruz con los brazos extendidos. Se sienta a la mesa, tiene las manos marcadas por la cruz y nos acoge. ¿Qué hace para acogernos? Se nos entrega:

"Tomad, comed, mi cuerpo entregado por vosotros"

"Tomad, bebed, mi sangre derramada por vosotros".

Los brazos, abiertos ante ellos, los acoge.

Continuad la plegaria. En torno a ese pan y a esa copa se va con-vacando, congregando, in-corporando la comunidad de la Iglesia. Para que los que participamos de este pan y de esta copa en el mismo Espíritu tomemos un único cuerpo.

El pan nos va entrañando. La Iglesia peregrina, la Iglesia que se purifica, la Iglesia celestial.

Pero los brazos que se van entrañando a la fraternidad de Jesús no se cierran sobre la fraternidad de Jesús, sino que intentan abarcar al universo entero. Por eso las plegarias siempre pretenden alcanzar al universo, "para que toda la creación, libre ya de pecado y de muerte".

Los brazos del Primogénito se extienden para acoger a toda la creación.

Nos acoge, se cierran sobre nosotros, y se abre sobre nosotros para acoger a la humanidad y a la creación libre ya de pecado y de muerte. (Es admirable).

"Por Jesucristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes". Entonces se ve que este Jesús, Primogénito de los hombres, con los brazos extendidos, es la aparición del Padre mismo. De su rostro, de sus manos, que delante de nosotros extiende sus manos para acogernos. Es el Memorial.

Cristo, después de haber extendido las manos delante de nosotros, para acogernos, para entrañarnos, para incorporarnos, a su cuerpo, luego se vuelve detrás de nosotros, nos coge por detrás y nos mete en las entrañas del Padre.

"Por Cristo, con El y en El". Es la vuelta. Ahora el Primogénito está detrás de nosotros y metiéndonos a nosotros en las entrañas del Padre. Porque El es la Puerta, el acceso, la entrada.

Entonces, el presbítero, que sigue la Eucaristía, toma el pan y la copa y acogiendo a toda la Iglesia y a toda la creación, la adentra -es Cristo en él quien la adentra- al Padre en la unidad del Espíritu Santo. En las manos, que detrás de nosotros se cierran sobre nosotros y sobre la creación, y nos adentran indefectiblemente, decididamente en las entrañas del Padre para alabanza de gloria de su gracia.

"PER IPSUM" es un gesto de Jesús, detrás de nosotros, que nos adentra.

Por El, tenemos acceso los dos, todos nosotros (Ef 2) al Padre en la unidad del Espíritu Santo.

En mi pequeño dibujo contaba:

Los niños solamente llaman papá a su padre, de verdad, cuando los ha abrazado. Cuando han sentido esto amor que los ha entrañado a todos juntos, porque es a una sola voz, como se emite ese grito. Es la plegaria de la fraternidad entera, en la cual cada hermano presta su latido, su voz.

Esta experiencia, y ahora comprenderéis porque nosotros todavía somos muy pequeños, no habíamos caído en la cuenta de que nuestra existencia apostólica estaba ahí, situada en ese centro del misterio, ahora si que entenderíamos lo que es este gesto de la contemplación -la palabra no es exacta- la contemplación es una palabra griega, la mejor palabra es obediencia.

2.- ENTRAR A LA OBEDIENCIA DEL HIJO

Comulgar la obediencia del Hijo, la ofrenda al Padre en favor de los hermanos. Así la Iglesia está asociada íntimamente en la unidad del Espíritu Santo a la oración de Jesús. De esta forma la Iglesia misma comulga acogiendo el don de la obediencia del Hijo.

Se entiende que este Hijo (LG 3) levantado sobre la tierra con los brazos extendidos en la Cruz, cuyo costado mana sangre y agua, cuyo pan Se entrega como Pascua y como comida, ese Cristo de quien procedemos, por quien vivimos y a quien tendemos, comulga con nosotros en la mesa de la Eucaristía su propio gesto. Nos alienta su aliento. Nos entrega su gesto, que es una alabanza y es una ofrenda. Es una alabanza, por eso dice el texto de Sacrosantum concilium, 83 "Esa alabanza que se escucha en el seno del Padre en las moradas celestiales, desde que el Hijo tomó la tierra y la carne se escucha

ahora desde esta tierra porque a esa alabanza ha asociado el Hijo a su Iglesia".

Cantando este mismo canto está asociada la Iglesia con el Primogénito.

Este texto de alabanza al que la Iglesia se asociada, es al mismo tiempo un gesto de ofrenda:

"Padre, glorifica tu nombre".

"Aquí estoy por ellos".

Con lo cual, el gesto del Primogénito que se comparte, además de ser un gesto de alabanza es un gesto de ofrenda, incondicional para dar la vida por la humanidad y por el universo en la Historia, por eso LG, 7 habla de cómo la mesa de la fracción del pan nos adentra a comulgar con él, y LG dice: "a comulgar con El en su propia ofrenda como víctima" por nosotros.

Con lo cual comulgamos la alabanza, comulgamos la ofrenda y así entramos en el camino de la entrega, así se enciende en nosotros, nos dice Sacrosantum Concilium 100, "la urgente caridad de Cristo que nos arrastra y nos enciende para hacer el camino del seguimiento".

Se comprende entonces cómo este abrazo en la mesa de la fracción del pan es la fuente de todo el camino del seguimiento de la Iglesia a su Señor, hasta que El vuelva. Cuando El vuelva, ese gesto ya no será la fuente sino que será la cumbre.

Primero Fons, después Culmen, primero manantial, después cumbre.

¿Cómo nosotros entonces -vemos que es un regalo-? la pena es que no estábamos nosotros en casa, no teníamos los ojos para contemplar, no nos hablamos dado cuenta. Poder pasar a este gesto ¿cómo consentir en este gesto? Muy sencillo. Para consentir a este gesto hay que decir: "Por Cristo, con El y en El en la unidad del Espíritu Santo" y el "Padre Nuestro".

El Padre Nuestro está puesto en la plegaria Eucarística a continuación, donde es posible. El padre nuestro hasta entonces no es posible.

¿Queréis que ahora en un segundo momento de la contemplación, puesto que estamos en el texto eucarístico, contemplemos cómo por qué tránsitos pasamos nosotros como hermanos y discípulos del Señor, a ese gesto de alabanza y de ofrenda, a ese gesto de obediencia y de inmolación para alabanza de gloria?

Pues entonces deberíamos, en la unidad del Espíritu, pasar a la obediencia del Hijo. No tenemos muchas posibilidades para poder desentrañar ese tránsito, este éxodo, de la oración de Jesús. Pero sí, vamos a esbozar brevemente este tránsito, en qué consiste. Si hiciéramos de esta experiencia, una experiencia diaria, en muy poco tiempo estaríamos transformados y alcanzaríamos la absoluta disponibilidad para el seguimiento apostólico de Jesús.

2-1 - El Asombro

Lo primero que se hace al decir la oración de Jesús es asombrarnos. ¡El asombro! Después de este gesto, lo que viene es el asombro. ¿Es posible? ¿Abbá Padre?

La palabra Abbá, es una palabra de respuesta. No de iniciativa, sino de respuesta al amor del Padre que se nos ha aparecido en los brazos del Hijo, y nos ha entrañado en sus propias entrañas. Es una respuesta a su amor excesivo, abarcante, indeclinable y fiel, como una sonrisa.

(Los niños, cuando son muy pequeños no hablan. La expresión es una sonrisa. Cuando el niño ve y su padre lo cuida, lo da de comer... a los meses se pregunta: ¿Quién será éste?).

La palabra "Abbá". Una palabra simple, en la cual se expresa el ser entero como asombro ante el amor. Es la palabra del Hijo pequeñito que está envuelto en la ternura del Padre. Es una palabra de confianza, y de entrega infinita.

Es el Hijo el que naco posible en nosotros esta palabra, porque somos hijos, se muestra en que el Padre envió a vuestros corazones el Espíritu del Hijo que grita: ¡Abbá-Padre! (Gál 4, Rom 8).

Es una oración para gritar.

La tenemos sin estrenar, porque la decimos sin gritar.

2-2.- La alabanza

Naturalmente, este gesto de asombro va seguido de otro gesto que es un gesto muy de Jesús, al cual nos vamos acostumbrando ya, el gesto de la alabanza.

"Santo sea tu nombre" que no quiere decir, como decía el viejo catecismo "sea santificado por nosotros" cómo vamos a santificar nosotros el nombre si Santo, santidad, "doxa"... significa la fuerza y la luz del amor de la gracia del Padre, y por tanto el que santifica es El. El que revela su gloria, el que manifiesta su ternura, el que nos envuelve en su amor, es El. Por tanto "Santificado sea tu nombre" significa "Padre, glorifica tu nombre" muestra tu ternura, haz que de verdad contemplemos la claridad de tu rostro.

Es una oración pasiva, como es la oración cristiana ordinaria, la oración cristiana es infusa y pasiva, desencadena la máxima actividad de que el ser humano es capaz porque es un amor que nos envuelve y posibilita más allá de nuestras limitaciones y franqueando nuestras debilidades, nuestra entrega exhaustiva al amor.

Como nosotros vamos entrando: Padre, Abbá. Padre nuestro, palabra que como decía Cipriano: La oración dominical solamente se puede decir en comunidad.

Es un don de la filiación que se recibe en comunidad y al que se responde en comunidad.

2-3.- La petición

Después de la alabanza: "Padre glorifica tu nombre" ¿qué queda? Pues no queda más que una simple plegaria; una petición.

La única petición que queda después del asombro y de la alabanza, la única petición que queda es: ¡venga tu reino!

Padre, reúne en torno a ti a todos tus hijos dispersos por el mundo. Padre, ya lo único que deseo es que tu reúnas a la familia entera de los hijos dispersos por el mundo y que conviertas los cielos y la tierra en la mesa compartida de tu reino, donde los pobres sean los primeros en servir. Es lo único que quiero: ¡Tu Reino! Si el Padre Nuestro es el corazón del Evangelio, el corazón del Padre Nuestro es ¡Venga tu Reino! y como este Reino se va a consumir con la venida del Hijo en gloria, por eso el venga tu reino se identifica con la otra palabra inenarrable transmitida en arameo, Maranhatá, una palabra eucarística (como dice Jeremías) después del Memorial. Maranhatá significa: ya estás aquí Señor, ya está aquí el

Señor, pero ven pronto.

"Anunciamos... ven Señor Jesús" Palabras inenarrables que nacen del corazón del discípulo.

Podemos entrar en cualquier momento en esas grandes experiencias. Es un regalo que se nos ofrece.

El corazón se nos queda entonces libre, simple, para esta única plegaria.

2-4.- La ofrenda

Una vez dicha esta única plegaria se comprende bien que la oración de Jesús es una oración fundamental, apostólica, es la oración para la misión. Para la misión apostólica. Una vez realizada la plegaria después del asombro y la alabanza, lo que queda es la ofrenda, la absoluta disponibilidad: "Hágase tu voluntad" Es la oración de los grandes orantes. "Padre me pongo en tus manos, sea lo que sea te doy las gracias" "Con tal que tu voluntad se cumpla en mi -decía el P. Foucauld- y en todas tus criaturas, no deseo nada más, Padre".

Con las manos nuestras pequeñas, puestas entre las manos del Hijo, porque no tenemos otro lugar para orar más que las manos del Hijo, en la unidad del Espíritu Santo, entramos a la obediencia del Hijo. "El hágase tu voluntad" es comulgar la obediencia del Hijo. Entrar a la obediencia del Hijo. "Padre, aquí estoy" para alabanza de gloria de tu gracia.

Esta ofrenda nos hace entrar en la libertad, en la pobreza del corazón. El apóstol no está libre hasta que no haga este tránsito.

Despojándose de su vida, desencadenándose, desencadenándose de la apropiación de la vida del Señor en nosotros (aunque parezca una barbaridad). Desencadenarse de la apropiación de la gracia. Arrancándose hasta de los proyectos evangélicos y espirituales que uno tenía. Entrando en la nada de Juan de la Cruz. Nada. Nada... "ya por aquí no hay camino".

Tenemos que entrar ahí, si no nuestra vida se mueve en la mediocridad y la sociedad de consumo nos juega tan malas pasadas que no podemos hacer entonces un mínimo seguimiento de Jesús.

Por lo cual es menester -dice San Ignacio, porque esto es lo propio ignaciano- lo que ha descubierto Ignacio en la Iglesia, es la absoluta disponibilidad para el seguimiento apostólico de Jesús-. Para el Reino, bajo la bandera de la Cruz.

"Por lo cual es menester, haciéndose indiferente a todas las cosas creadas, en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga vida corta. Por consiguiente, en todo lo demás solamente deseando, eligiendo lo que más conduce para el fin al que sumos creados.

"Señor ¿que quieres que esta tarde nos lleven al hospital? Bendito seas. ¿Que quieres que en el pueblo pasamos desapercibidos...? Gracias Señor. ¿Que quieres que en la Iglesia nos arrinconen en un lugar, nos desprecien, nos llenen de oprobio? Cómo podemos agradecerte, ¿Qué quieres, que brillemos como un pequeño punto de luz en la Iglesia? Bendito seas. "Tomad Señor y recibid".

Cata es la experiencia honda del Padre nuestro. "Tomad Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento".

"A vos lo torno. Todo es vuestro. Disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia. Esto me basta".

Esta es la oración del final de los Ejercicios. Sobrecoge a uno, porque entonces los apóstoles del Evangelio, como el primer Pentecostés, pueden disponerse como Francisco Javier.

La noche antes se le dice: La Iglesia te necesita en las Indias y con lo puesto se embarca. Se tiene que embarcar con absoluta disponibilidad.

Ahora se entiende: Ahora que lo hemos dejado todo. ¿Y la S.S. y cuando seamos viejos? ¿Y los padres? ¿Y qué hacemos con ellos?

También podemos decir:

"El Pan nuestro de cada día, dánosle hoy" ¿qué significa? dicen los Escrituristas que significa dos cosas:

- Danos para mañana el pan del porvenir. - El pan del provenir es Jesús, como Señor y Pastor de la Iglesia, como compañero del camino.

- O el pan para el camino, para caminar hasta el pueblo siguiente.

Con lo cual es posible el seguimiento apostólico de Jesús en la libertad.

Con poco equipaje y a caminar bajo las estrellas, porque un apóstol tiene que vivir con la libre libertad que nos ganó el Señor. Un trozo de pan para el mañana. La pobreza es muy fácil. Es un asombro del amor. En cuanto uno se siente amado empiezan a sobrar cosas y cosas del baúl ya no lo necesita.

Más difícil es: ¿Qué hago yo con las torpezas de los hermanos cuando se metan conmigo, me maltraten, me desprecien?

Lo más importante es pedir al Padre un corazón grande para perdonar. Pero no le digáis perdónanos porque nosotros hemos perdonado. Padre perdónanos para que así nosotros perdonemos y así podremos asumir toda la negatividad y la agresividad. ¡Eso es lo difícil! no la pobreza, que es muy fácil. Sino perdonar la negatividad y la agresividad de los hermanos y del universo. Y "no nos dejes de la mano" "Líbranos del maligno". (Es una cosa muy seria). Hasta que entremos a la mesa del Reino.

Es posible que la oración de Jesús, además de la ofrenda que se hace desde la flaqueza, termine en una aclamación. A lo mejor no es la aclamación de la Didajé Mateo y Lucas no terminan el Padre Nuestro en aclamación, en cambio si la Didajé a lo mejor no con esta fórmula. "Tuyo es el Reino... por siempre Señor" La plegaria comienza y termina en la alabanza. Son las manos del ungido las que nos sostienen y El como Señor, para gloria de Dios Padre está reinando hasta que vencidos todos los poderes, incluso la muerte, El mismo entregue el Reino al Padre para que el Padre sea todo en todas las cosas.

Más allá de las fronteras y de las actitudes del corazón. Más allá de las posibilidades, de los fracasos del mundo, están las manos del Ungido, que va abriendo camino en la historia y es esa presencia la que aclamamos en la última aclamación con la confianza ilimitada y el gozo interminable.

Lo difícil es llegar al "Per ipsum, et cum..." Una vez que Jesús nos ha cogido y luego ya entramos con El a ese tránsito, a ese éxodo, y pobres y libres entramos en el camino del seguimiento en fraternidad.

3.- PARA EXISTIR DESDE EL

Desearla hacer ahora una reflexión muy sencilla sobre la vida sacerdotal, a la luz de esto, que acabo de explicar, siguiendo un poco el texto de Presb. ordinis.

Es una pequeña reflexión para existir desde El.

En el aliento del Espíritu Santo, pasar a manos de Jesús, para existir desde El la reflexión que intento hacer es una reflexión a partir del texto (será suficientemente sugestiva para entrar esta tarde en la oración y discernimiento).

La vida apostólica de los apóstoles de hoy, es una vida muy rota y muy dispersa, porque son muchas las angustias y esperanzas de los hombres y son muchos los

proyectos con los que nosotros, apóstoles del Evangelio, intentamos responder a estas angustias y esperanzas de los hombres. Proyectos que incluso son como deberes apostólicos, proyectos que nos vienen sugeridos por nuestra misma misión apostólica. Pero la vida de los apóstoles de hoy está rota entre vida apostólica y vida interior, estamos rotos: lo vertical y lo horizontal, la experiencia apostólica y la vida interior, no sabemos cómo conjuntarlo, cómo vivirlo en unidad, en la unidad del Espíritu Santo. Dice el Concilio algo que sorprende mucho: "Esta unidad de vida en el apóstol no se consigue con un buen proyecto pastoral" Puestos a hacer un pequeño proyecto pastoral y a unificar nuestra vida no conseguimos, con un buen proyecto pastoral, entrar a la unidad profunda del ser del Apóstol, que es ser en Jesucristo, pero sorprende algo más fuerte que dice el Concilio: "Y tampoco se consigue por las prácticas de piedad, por buenas que sean y por mucho que ayuden" Por eso, ved como nosotros, haciendo muchas prácticas de piedad y siendo muchas veces piadosos, no hemos entrado a la obediencia del Hijo, todavía.

(Que sí, que hacemos meditación, que rezamos el rosario, que hacemos lectura espiritual, pero por las así llamadas prácticas de piedad, aunque ayuden, no entramos a la obediencia del Hijo).

¿Qué tenemos que hacer? Pues disponernos a entrar a la obediencia del Hijo.

Entrar a la obediencia del Hijo es entrar a la obediencia de Jesús al Padre a favor de los hermanos y en favor del mundo. Porque Jesús, tenía como alimento la voluntad del Padre. Su alimento era hacer la voluntad del que le envió y consumir su obra (Jn 3,34).

Jesús, quiere ahora, continuar llevando adelante el proyecto amoroso del Padre en el mundo a través de su Iglesia y eso solamente es posible si los apóstoles, si los presbíteros, entran en la obediencia del Hijo.

Por eso insiste el Concilio que la renovación de la Iglesia depende en gran parte de los presbíteros. Insiste en que será cada vez más difícil la vida apostólica en el presbiterio, pero sin ella el Señor no puede llevar adelante su proyecto de salvación del mundo por la Iglesia, porque los presbíteros juntos con los otros discípulos, son la representación de Jesús.

Entonces, ¿cómo encontrar la unidad en Jesús? Jesús se convierte en el principio y en la fuente de la unidad de la vida apostólica. En Jesús, en el aliento de Jesús, en la unidad del Espíritu Santo, en el gesto de Jesús, en la obediencia al Padre por los hermanos. Ahí está nuestro alimento, hemos de entrar ahí. En el descubrimiento de la voluntad del Padre y en el don de sí mismo a los hermanos.

¿Cómo llamar a este gesto? ¿Cómo llamar a este gesto de Jesús que con las manos abiertas se entrega al Padre por los hermanos en la unidad del Espíritu Santo? Indudablemente es un gesto de entrega, es un gesto de amor del Primogénito entregado como siervo.

Presbt. Ordinis 14, siguiendo a los padres y en concreto siguiendo a Agustín en los comentarios de San Juan, da a este gesto de Jesús, el amor pastoral, el amor del Pastor. Hay que entrar a ese gesto de Jesús: "Padre, aquí estoy por ellos, en la unidad del Espíritu Santo".

Cito el núcleo del texto al cual desearía prestar voz fuerte: "Pero este Amor Pastoral fluye sobre todo del sacrificio eucarístico, que es ciertamente el centro y la raíz de toda la vida de los presbíteros. Ese amor Pascual, ese amor inmolado, esa obediencia de inmolación para alabanza de gloria, se nos entrega, se nos da en la fracción del pan, de tal forma, que la vida del presbítero no es más que una Eucaristía desentrañada, hacer de ese gesto, de la fracción del pan, el gesto entero del camino. "Configura tu vida, haz lo que hace, configura tu vida con el Misterio de la Cruz del Señor" termina la ordenación sacerdotal.

El texto de Presb. Ordinis, 13, precisa en qué consiste esta asociación. Porque los otros hermanos reciben el cuerpo de Cristo. El presbítero le reparte: "El cuerpo de Cristo" "Amén".

El apóstol tiene que prestar a Jesús sus manos, para que él mismo se entregue a sí mismo.

Es una asociación al Misterio Pascual en la Persona de Cristo, distinta, nueva. Es Cristo mismo el que se da a sí en todo su amor a través de las manos del Apóstol. Entonces, el Apóstol que está a la cabecera de la mesa, prestando al Señor sus manos y su ser entero para darse. "pasan a comulgar con el acto de Cristo y participan desde las entrañas, en el Amor de Aquel que se entrega a los hermanos como pan partido" Es la existencia apostólica, en el principio, medio y en el fin, en la mesa y en el camino, es el gesto de la fracción del pan, que Él hace en nosotros. Nosotros tenemos que morir como mártires para trasplantar este gesto.

Decía el Santo Padre en la homilía de Valencia: "La Eucaristía es la raíz y la razón de ser de vuestro sacerdocio".

La Eucaristía se convierte así en el misterio que debe plasmar interiormente vuestra existencia. Por una parte ofreceréis sacramentalmente el Cuerpo y la Sangre del Señor, por otra, unidos a Él, in persona Christi, ofreceréis vuestras personas y vuestras vidas para que asumidas y como transformadas por la celebración de la Eucaristía, sean en el camino exteriormente, el favor de los hombres, sean transfiguradas en él, aportando al mundo las energías renovadoras de la Resurrección.

La pregunta que se puede hacer es, bueno, si yo celebro todos los días la misa, si los domingos celebro hasta cuatro, qué ha pasado, si llevo 20 de cura ¿qué ha pasado? Pues ha pasado una cosa importante que el texto de Presb. Ordinis, 14, dice: "Nadie se puede adentrar profundamente en la fracción del pan (esto no se puede conseguir) si antes uno no se dedica a la oración silenciosa, si el sacerdote no se adentra en el misterio de Cristo, si no hay una o dos horas o cuatro horas de oración. Nosotros prestamos nuestras manos a las manos del Señor y nuestras palabras a las suyas, pero no somos alcanzados porque no nos dejamos alcanzar.

Por tanto, la profunda transfiguración eucarística, de la vida apostólica, es inseparable de una vida de oración continua.

Tenemos que levantarnos antes del amanecer

Tenemos que permanecer algunas noches en oración.

Tenemos que empezarnos a plantear si no tenemos que cortar la mitad del día y dedicarla a la oración y al estudio, y la otra mitad a la vida apostólica, porque así han

hecho siempre los grandes apóstoles.

¿Por qué Juan de Ávila prende fuego en el s. XVI a la Iglesia Española? Porque a las dos de la mañana y a las tres de la mañana, delante de la Cruz, con su Nuevo Testamento y las obras de Erasmo al lado, para saber qué dice la exégesis, permanece en oración hasta bien entrada la mañana. Y cuando va a predicar, la gente sabe que sus palabras están ungidas por el Espíritu y por eso se pone en marcha el movimiento sacerdotal de la Iglesia y por eso la Iglesia Española y los grandes testigos, Juan de Dios, Francisco de Borja, Teresa de Jesús, se acercan a él para decirle: Oye ¿qué te parece, cómo podríamos seguir a Jesús? Y el mismo Ignacio que dice a sus hijos, como se le ocurra venir a Juan de Ávila, recibidle como un gran patriarca, que tenemos mucho que aprender.

Esa chispa prendió después en el s. XVII en la Escuela Francesa, a los grandes sacerdotes del s. XVII francés: S. J. Eudes, San Vicente Paúl, y es así como se hacen las travesías de la historia.

Hay que entrar a la comunión con el Hijo. No sé si lo que voy a decir ahora, a lo mejor, resulta extraño y algunos les puede resultar decepcionante (sobre esto me gustaría hablar a la noche).

Esta comunión a la obediencia del Hijo puede ser ilusoria, si no se verifica en la comunión concreta de la Iglesia, en la comunión con el Obispo, en la comunión con los otros presbíteros, con el pueblo santo, leyendo los signos de los tiempos y haciendo el camino concreto del seguimiento en el trozo pequeño de mapa donde uno ha sido insertado.

La comunión en la obediencia del Hijo, entregado por los hermanos, tiene una verificación concreta para el apóstol que es "ut unitatem vitae concretae verificare paleant" "que intentan verificar concretamente esa comunión con el Hijo en la absoluta disponibilidad para la misión de la Iglesia."

Estamos muy asentados, yo el primero, en el pueblo en que estoy. Llevo trece años, muy apegado, hasta el sonido de las campanas, los libros de mi habitación, las sendas, los rostros. Hay que hacer un discernimiento de la voluntad de Dios para descubrir lo que el Señor quiere de cada hermano. Porque misteriosa y paradójicamente "la voluntad del Padre -dice el concilio- se realiza en la conformidad con la misión apostólica de la Iglesia" que es esta, la única que tenemos.

Entonces, no hay manera de poder entrar a la comunión viva de la Iglesia, con lo que lleva de paradoja, de peso institucional, de oscuridad, si uno no entra en la obediencia del Hijo.

La absoluta disponibilidad para la misión apostólica en la Iglesia sólo es posible desde la locura de la Cruz. Y la locura de la Cruz y la absoluta unificación con la misión de la Iglesia son dos cosas de un mismo acontecer.

"La fidelidad a Cristo no puede separarse -dice el Concilio literalmente- de la fidelidad a la Iglesia".

El amor pastoral, por tanto, que se pide a los presbíteros para que no corran en vano, y aquí se cita el texto entrañable de GAL 2,2, cuando el apóstol va a Jerusalén a pedir a Pedro y a los Doce, a las columnas, que le den un abrazo porque si no a pesar de su atrevimiento pastoral, de ser un pionero apostólico en la ecumene, Pablo corre hacia Pedro y las columnas, para no correr en vano.

Sólo en "vínculo communionis" con el hermano y con los otros presbíteros y con el pueblo santo y con los acontecimientos de la historia y con los signos de los tiempos, y en un diálogo coloquial y apostólico, entramos a la obediencia (que el gesto de los consejos evangélicos de la obediencia).

Hemos dicho que estos consejos evangélicos, de la obediencia, no es sólo para los religiosos sino para todo discípulo, y especialmente para los presbíteros y la obediencia apostólica no es la obediencia religiosa de responder a un superior sino de entrar en la comunión y en la unidad de la Misión de la Iglesia en medio de la historia y de los signos de los tiempo, siendo fiel al Señor y a la Iglesia y a los hombres y a los pobres y a la historia que aparecen allí en el trozo de mapa donde uno está situado; obediencia mucho más espesa y difícil que lleva consigo un peso de despojo increíble y que nos permite tomar parte en Fil 2,6-11: "Tomó la forma de siervo hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz".

Es entonces cuando se consigue la unidad y el gozo. Dice el texto del Concilio citando a Pablo, 2Cor 7,4 "Tengo tal confianza en vosotros, que estoy lleno de consuelo y desborde de gozo aun en medio de muchas tribulaciones".

Como final, quería apuntar una cosa que llevo en el alma, porque habéis notado mi devoción al discípulo amado.

El cura tiene que ser entrañas de Jesucristo para el pueblo, rostro, palabra, que se vea, que se palpe, que se sienta.

¿Cómo puedo ser yo entrañas de Jesucristo para mi pueblo y para los pobres si antes no estoy yo vuelto a las entrañas de Jesucristo?

Jesús, vuelto a las entrañas del Padre, se vuelve después a nosotros y vemos su gloria y su gracia, lleno de ternura y de fidelidad. Es admirable el texto de Juan. (Está muy meditado en Juan).

"In sinu Patris" de 1Jn tiene como paralelo "In sinu Jesu" del discípulo amado en la última cena.

El discípulo amado no puede prestar al Señor las manos, su palabra y ser entrañas de Jesús, si antes no esta vuelto a las entrañas de Jesús.

El discípulo vuelto a las entrañas de Jesús, se vuelve después a los hermanos para ser corporeización visible de esas entrañas, de ese rostro y de esas palabras.

Ahora comprendemos lo que venimos diciendo esta tarde:

Tanto importa que entremos a la obediencia del Hijo, a las huellas del Hijo Amado porque si no entramos aquí, ni el anuncio del Evangelio, ni el servicio de los pobres, ni

el trabajo por la justicia tienen aliento. Y cualquier día nos instalamos y nos marchamos. O primero nos quemamos y después nos situamos. Porque entre la soberbia y la desesperación hay un secreto tránsito y podemos pasar de la soberbia apostólica, de la arrogancia, del activismo, a la suprema decepción y al mayor aburguesamiento. Y esta historia que nos es bien conocida, en nosotros mismos está patente.

Si queremos arrancarnos de la soberbia, del activismo, de la desesperación y del aburguesamiento y desaliento, como el discípulo amado ¿qué nos queda? Antes de amanecer, y después con la alegría y la paz y el gozo, permanecer junto a Jesús.

TEMA - 4º

EL HIJO HUMILLADO (Filp 2,5-11)

"LA ENCARNACION"

Confiados en que el Espíritu abrirá los ojos de nuestro corazón, nos disponemos a la contemplación de este Misterio de la bajada del Hijo Amado del Padre a las partes más bajas de la tierra, al Misterio de su humillación, al Misterio de su Encarnación. Muy importante para esta contemplación, contemplar a dónde va.

I.- CONTEMPLACION DESDE LA HISTORIA

Dice Ignacio al empezar esta contemplación: el 10 preámbulo "es traer la historia de la cosa que hemos de contemplar, que es aquí cómo las tres divinas Personas cuidaban toda la planicie o redondez del mundo, llena de hombres..., en tanta diversidad, así en trances como en gestos: unos blancos, otros negros, unos en paz, otros en guerra; unos llorando, otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo, otros muriendo" (Tenemos que coger el mapamundi para hacer esta contemplación). Sería poco hacer esta contemplación desde la sociología, más bien desde la mirada del Hijo Amado del Padre.

Nosotros, a lo largo de estos años, en estos ensayos sacerdotales, hemos ido leyendo el marco por donde Jesús hace camino y con unos pequeños dibujos y con unos textos hemos logrado esbozar este pequeño marco para introducirnos así en la contemplación del Misterio de la Encarnación.

Cuando Jesús sale a Galilea se le conmueven las entrañas porque los vio despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. En realidad ¿cómo ve Jesús el mundo? ¿Cómo ve Jesús que es la mirada del Padre? ¿Cómo lo ve? Pues ve el mundo atravesado por una fuerte cadena de injusticias.

El mismo lo dice en el texto, en las parábolas. Galilea era tierra de latifundios, estaba en manos de unos pocos, los dueños de los latifundios, los que se marchaban de viaje por mucho tiempo mientras los obreros, en paro, quedaban en las plazas de los pueblos esperando a que alguien viniera a contratarlos.

Esta situación de injusticia que separa a los ricos de los pobres, a los ancianos, que así se llamaban de los trabajadores asalariados, va estrechamente unida a una situación de opresión, puesto que la situación socioeconómica está íntimamente unida a la situación socio-política. Situación de opresión que Jesús hasta ha descrito muy vivamente, cuando habla de los que "dominan las naciones y los someten, y los subyugan" Y por otra parte habla de los que están despojados, abatidos, desencantados, cargados, agobiados..., rostros que El ha leído detenidamente durante muchos años, compartiendo su suerte.

Esta situación socio-económica y socio-política está unida a una situación socio-cultural, donde hay unos, los sabios y entendidos, que son los que tienen todo, la sabiduría de la Escritura, que saben todo, y sobre todo son teólogos y juristas; y por otra parte, está el pueblo que no conoce la Ley, que nunca ha podido ir a la escuela y, como

dice el texto de Juan, son precisamente malditos porque no conocen la Ley.

Una contemplación abstracta del camino de Jesús, no histórica, sería no salvadora. La verdad histórica del camino de Jesús es la verdad salvadora de sus misterios. Salvadora en cuanto es histórica, histórica en cuanto es salvadora. Este camino, esta tierra donde Jesús va a poner su tienda de campaña, que estamos ahora contemplando, Jesús la ha visto como encadenada y enfrentada a mayor profundidad. Este encadenamiento con el muro de la separación que separa a ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios e incultos. Esta situación de enfrentamiento y encadenamiento estructural que tiene detrás un encadenamiento y un enfrentamiento infraestructural, radical, último, que es la cerrazón de todos los que están a una y otra parte de la trinchera, cerrados todos al amor, en la culpa y rotos todos en su mismo ser por el dolor.

Jesús ha visto que la esclavitud más fuerte, que esclaviza a los hermanos es el pecado: el haberse cerrado al amor del Padre y al amor de los hermanos en la idolatría y en la opresión. Hombre cerrado sobre si mismo y por eso mismo se desintegra en el dolor. Dolor que se hace más vivo, heridas que se abren más en el muro de separación del conflicto histórico. Y termina en la muerte.

Esta contemplación intenta recoger latidos muy vivos de la Iglesia del tercer mundo, en su evangelización de los pobres, muestra muy bien lo que nosotros buscamos: sospechar la hondura y la anchura de la tierra donde Jesús pone su tienda de campaña. Tanto su pecado colectivo, como su pecado personal, porque de este pecado personal ha nacido este pecado colectivo este pecado colectivo es el que revierte sobre este pecado personal, de tal forma que unos y otros son abocados al callejón sin salida de la muerte.

Esta contemplación me parece a mi, habría que retomarla hoy profundamente en la Iglesia para hacer la contemplación de la Encarnación, porque si no hacemos esta contemplación realmente, nuestra contemplación del Misterio de Jesús es abstracta, no es histórica, no es "Historia salutis" no es historia de la salvación.

No sé si habéis visto las palabras de Ignacio, tan sugerentes del s. XVI: "unos llorando, otros riendo, unos naciendo, otros muriendo" Esto no es una casa como el Padre había proyectado (como veíamos ayer) esto es un campo de guerra con un muro de separación y esto no tiene salida, porque tanto los que están a un lado del muro como los que están al otro, interiormente están cerrados al amor y van a por lo mismo: a tener, a poder, a saber, a triunfar; por tanto ¿qué ocurre? pues, que la única salida es la muerte, es el infierno. Entonces se explica muy bien el 2º punto "oír lo que hablan las divinas personas, y dicen: Hagamos redención del género humano" En realidad, cuando se contempla el mundo de Jesús, este mundo donde pone su tienda de campaña uno descubre que aquí todos son pobres; pobres son también los ancianos, los sacerdotes y los letrados porque están cerrados al amor, pero mucho más pobres son todavía los trabajadores en la plaza, y los que están pisados, y los que no han podido ir a la escuela, porque además de estar cerrados al amor están despojados. Y mucho más pobres todavía son éstos que están abajo, que además de estar despojados, están marginados: los ciegos, los paralíticos, los leprosos, los que están en las afueras de los caminos, y se explica por tanto que esta casa que se ha convertido en campo de guerra y en esta familia humana que es un escuadrón de esclavos en lucha, lo que se oigan son gritos que gritan por la liberación. La tierra donde Jesús va a poner su tienda de campaña es una tierra donde se oyen los gritos por la liberación.

Normalmente, los hombres gritan por la liberación desde su puesto en la vida. Desde su puesto en la vida el bloque dominante grita por su libertad y por su justicia. Desde su puesto en la vida el bloque dominado grita por su libertad y por su justicia. Pero en medio de esta tierra donde Jesús pone su tienda de campaña, hay unos pequeños grupos de "anavim" pobres del Señor, cuyo grito por la liberación no es el grito que nace de su puesto en la vida sino del grito de la alianza del Señor que ha hecho eco en su corazón y a la cual responden gritando por la liberación radical, definitiva, consumada, la que hará milagrosamente el Señor. Estos son los salmos de los pobres del Señor:

"Dios mío, da tu juicio al Rey.
Que los montes traigan la paz.
que los collados traigan la justicia;
que El defienda a los humildes del pueblo,
pues su sangre es preciosa ante sus ojos"
"El, que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos;
el Señor liberta a los cautivos,
el Señor abre los ojos al ciego,
el Señor guarda a los peregrinos,
sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados"

O como las plegarias diarias de los pobres del Señor que aparecen en la "semoné":
"Toca con gran trompeta por nuestra liberación y levanta bandera para que se agrupen nuestros exiliados y sé Tú, Señor, nuestro Rey, Tú sólo" "Que él haga prosperar nuestra liberación, que haga nacer a su Ungido".

Este último texto es de una plegaria íntima que dicen los judíos creyentes, los pobres del Señor, cada día. Una plegaria que hace el pueblo pidiendo que aparezca el Ungido.

Claro, cuando nosotros hacemos esta contemplación, es cuando la tienda de campaña del pesebre se nos ilumina más profundamente. "Gimiendo bajo la servidumbre gritaron y su grito, su grito que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios. Oyó Dios sus gemidos y se acordó de su Alianza": "He visto su aflicción, he escuchado sus gritos".

Este texto admirable del primer Éxodo, son textos que nos ayudan a comprender muy bien porqué bajó el Hijo Amado. El Padre oyó los gritos de sus hermanos menores, oyó las angustias y las esperanzas de su tierra, de su creación, vio la tierra empapada en sangre como una túnica "la bota que pisa con estrépito" como dice el Profeta, y todo eso llegó a las entrañas de misericordia, y entonces, al llegar a sus entrañas de misericordia, el Padre de las misericordias dice a su Hijo amado: "¿A quién enviaré? Y el Hijo del Amor responde: "Envíame a Mí".

Si no llegamos aquí, que es donde estábamos ayer, en el "Pro eis" en nuestra contemplación del gesto de Jesús, no podemos entender la bajada, porque la bajada es un exceso asombroso de misericordia y de fidelidad. Es que el Padre de la misericordia nos ha querido a nosotros, que somos sus hijos pequeños, como ha querido al mayor. Casi podría decir una barbaridad: más que al mayor.

¡Oh asombroso beneficio, Padre, de tu amor por nosotros! ¡Para dar la libertad al esclavo, entregaste a tu Hijo! (Aclamación de la noche Pascual)

Estamos en plena Pascua, porque el pesebre es el comienzo de la Pascua. La Pascua el camino entero.

Esta aclamación es bueno hacerla ahora, al principio de nuestra contemplación, para ver la hondura de la misericordia de donde nace el gesto de la bajada. "Les has amado a ellos como me has amado a mi".

"Padre, yo por ellos me entrego, yo por ellos me consagro, para que ellos experimenten tu amar, para que sean consagrados en la fidelidad, envueltos en la misericordia fiel" "Para que el amor con que tú me amaste esté en ellos" "Aquí estoy para hacer tu voluntad" (Heb 10,9) que comenta el texto tan admirablemente: "Me has dado un cuerpo" en el cuerpo, sólo en el cuerpo, se puede convivir y compadecer con la familia humana, con la historia humana, sólo en el cuerpo, por eso, el cuerpo, como dicen los escrituristas, es el fin del camino de Dios: La carne glorificada, la tierra incendiada de gloria será el fin de los caminos de Dios. "Me has dado un cuerpo" y ya puedo convivir y compadecer. "Aquí estoy Padre, para hacer tu voluntad".

1.1 - Contemplación desde LA ESCRITURA

Naturalmente, esta contemplación que estamos intentando hacer en la luz del Espíritu Santo es una contemplación que tenemos que hacer desde la misma Palabra de la Escritura celebrada en la cena del Señor, que es donde sucede hoy la Encarnación: "Hodie natus est". Realmente hoy ha nacido.

Entonces, el problema que tenemos para nuestra contemplación, es cómo podemos releer en la luz del Espíritu Santo los textos de la Encarnación, para descubrir qué pasa en esta tienda de campaña.

Los primeros hermanos han contemplado amorosamente este gesto y lo han visto como un gesto asombroso de amor, como la misericordia que se des-entraña. Y esta misericordia des-entrañada la han visto desentrañarse en tres gestos:

Primero Bajar. Luego despojarse. Luego vaciarse.

¿Cómo se des-entraña la misericordia del Hijo de su Amor en estos tres gestos de la tienda de campaña de la Navidad?

Es lo que queremos contemplar ayudados de la palabra apostólica.

2.- EL PRIMER GESTO DE LA BAJADA

Es un gesto de cambio de casa, de cambio en el estar. El amor le obliga a uno a coger la tienda de campaña y cambiarse de sitio.

Cambiarse de sitio: Desde las entrañas del Padre se coge la tienda de campaña y se baja hasta las partes más bajas de la tierra. Y el texto de Lc así lo expresa, porque aparece César Augusto, pero antes aparece el ángel anunciando a la pobre mujer, al Hijo Amado, y se ve en el texto de Lc bajando al Hijo Amado a las entradas de la pobre mujer, desde mas arriba de los grandes, desde más arriba de César Augusto, hasta más abajo de los beduinos del desierto a los agujeros de las peñas donde están los animales de los pobres"

La contemplación de esta bajada, de este cambio radical, de este coger esta tienda y marcharse, es un gesto de amor que está contemplado en el Evangelio de la infancia y en los textos apostólicos que contemplan esta bajada de una forma como muy detenida y amorosa.

Supone, en primer lugar, entrar a la fila de los hermanos. Entrar en la fila -¿Y, qué pretenden sino las genealogías de la infancia, sino es aclamar la entrada del Hijo del Amor a la fila de los hermanos? Genealogía hecha de luces y de sombras, de pecadores y de santos, para situar al Enmanuel, al hermano que entra en la fila de los hombres. Dejándose encontrar "como un hombre cualquiera" (Fil 2) "Comulgando con la carne y con la sangre de los hermanos" (Heb 2). Hasta ocupar el último de los últimos lugares. Hay que entrar a la fila de los hombres, al tejido vivo de la historia de los hombres, en su claro-oscuro y allí, una vez entrado en la fila de los hombres, ir al último de los últimos lugares. Esta bajada al último de los últimos lugares que nadie puede arrebatarse al Primogénito, porque ya no hay otro lugar más atrás. Es una necesidad del amor para poder ofrecerse a sí mismo en toda la universalidad, la universalidad del amor.

La fraternidad universal es imposible corporeizarla si no es desde el último de los últimos lugares, para que puedan venir los Magos y los Pastores. Primero, seguramente, vendrían los pastores porque estaban cerca de los agujeros de las peñas, pero para que puedan venir también los magos y no se avergüencen, el Primogénito no hará una opción de clases, sino algo que está muchísimo más abajo que la opción de clase, es meterse en el agujero último de la historia, más abajo que donde los pobres están mirando, para desde allí, a los pobres y a los ricos -pobrecillos de ellos también- poderles ofrecer la universalidad de la misericordia en toda su anchura. Solamente puede hacerse esto, desde el último de los últimos lugares. Pero es muy importante contemplar en los textos de la infancia que esta bajada al último de los últimos lugares no es para quedar las cosas como están, por eso aparece la palabra misteriosa del Prólogo de Juan: "EKENOSEN" "Puso su tienda entre nosotros".

¿Qué significa la TIENDA? La tienda significa dos cosas: por una parte, la tienda de campaña de los pobres. (Todavía tengo gravada en mi corazón la noche que pasé con unos con unos amigos en Aliste, en una de las zonas más marginales de Castilla, en bolsa de pobreza, de amor. Había una luz en el campo ardiendo, era un pastor que duerme al aire libre. Al amanecer nos fuimos a contemplar aquello. Un pastor duerme al aire libre. Sobre la tierra humedecida, un trillo viejo y unos plásticos acogían la existencia de este pobre pastor que vigilaba en la intemperie de la noche a su rebaño. Tiene un cierto carácter sacramental ¿verdad?)

Signo visible de lo invisible, eso significa "EKENOSEN" "Hay que poner la tienda donde están ellos, hay que compartir el destino, las circunstancias. Pero "EKENOSEN" en el Evangelio de Juan no significa solamente la tienda de campaña, sino la tienda del Éxodo. La tienda de campaña convertida en tienda del Encuentro, donde viene el Señor a hacer el Éxodo desde la oscuridad de la noche. Por eso es insondable este texto de: "Puso su tienda entre nosotros" porque viene a encabezar desde la última oscuridad de la noche, el Éxodo al pleno día, porque la Ley, el viejo éxodo, lo encabezó Moisés, pero la gracia y la fidelidad han sucedido por Jesucristo.

El Prólogo de Juan tiene una enorme carga Pascual y todo el Evangelio de Juan es como una Pascua incesante. "Salí del Padre y vine al mundo" ahora desde el mundo abro la brecha hacia el Padre.

Nos hemos familiarizado con esta contemplación de la Encarnación cómo el anticipo de la Pascua. Está empezando la liberación.

3.- EN EL DESPOJO

Claro, que ya situados ahí en la tienda de campaña, cogimos la tienda de campaña y bajamos a las últimas partes de la tierra (a los plásticos y al trillo de los últimos pobres), donde está el Señor el Éxodo, allí, a la cabeza de su Iglesia y de su creación; apegada a sus pobres para reemprender la marcha. Bueno, y después ¿qué sucede? pues que el amor que se desentraña no queda satisfecho sólo con bajar, con cambiarse de sitio. Cambiarse de sitio es fácil, pero se puede in-habitar la pobreza sin ser pobre, aproximándose a los pobres desde arriba, desde la riqueza, desde el poder, desde la sabiduría.

Naturalmente, que la misericordia entrañable del Padre, que se desentraña, no puede poner la tienda entre los pobres, sin que además del gesto del descenso, del cambio en el estar, no avance a otro gesto más profundo, el del despojo.

El gesto del despojo es un gesto que aparece admirablemente expresado en 2Cor 8, 9, con otro verbo paralelo al de "puso su tienda", al "EKENOSEN" "Ya conocéis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre, por nosotros, para enriquecernos con su pobreza" Este gesto del Unigénito hacia el despojo, es desconcertante para la familia humana, porque hasta los mismos pobres quieren tener más y poder más y saber más y triunfar más. Entonces la existencia humana es una existencia que el hombre humano, el viejo, la entiendo con una palabra que el Apóstol ha tomado del Himno Comunitario, como arrebatar -del gesto prometeico-. El hombre está hecho para el amor, y cuando el hombre se cierra al amor del Padre y se queda él mismo en sí mismo, para sí mismo, siente el miedo del abismo de la libertad y la única forma de poder llenar el vacío de la libertad es arrebatando la condición divina como Prometeo, que es la figura de la humanidad humana, de la vieja humanidad. El hombre, rota la radicación con el Padre, necesita coger el poder, poder más que los otros, y luego necesita legitimar con el saber la propiedad y el poder que se ha adquirido. Por eso en el Himno el "JATPATMOS" "no intentó arrebatar" la condición divina, es todo lo contrario. El himno como que nos sumerge en esta contemplación realmente inexplicable, inaudito, un gesto único que no ha hecho nunca nadie, jamás. Es el gesto de despojarse y vaciarse para explicar la misericordia entrañable que inaugura una humanidad nueva, una historia nueva, desconocida.

En esta posición que nosotros estamos contemplando de la tierra donde baja Jesús, en esta situación histórica, se ve claro que aquí los que lo tienen peor son los más pobres. Lo tienen peor porque a ellos los alcanza el despojo, a ellos los alcanza la opresión, la impotencia, a ellos los alcanza, no solamente la incultura, sino la necesidad. Son el deshecho, la impotencia, la necesidad del mundo.

Estoy intentando que nos aproximemos a la 1Cor, que es un texto que contempla esta bajada.

Entonces, el Primogénito que ya está en la tienda de campaña, dice en la tienda de campaña a sus hermanos una palabra misteriosa que dijo a su Padre: "Padre, todo lo mío es tuyo y todo lo Cuyo es mío". Esa palabra escuchada en el seno del Padre está dicha

ahora en el seno de la tierra, pero no al Padre, sino a nosotros "Todo lo mío es vuestro y lo vuestro es mío" "¡Oh admirable intercambio!" Son las antífonas de la Navidad.

Este "todo lo mío es vuestro, todo lo vuestro es mío" sucede intercambiando con nosotros lo más nuestro: el despojo, la impotencia, la necedad en la vida, en las personas, en la historia de los hermanos que más lo padecen. Entonces así dice el Señor: Yo voy a hacer el intercambio de mi riqueza por su despojo, su despojo para mí, y así en el despojo aparecerá el amor como pérdida. El amor que se pierde. Ellos son la debilidad, la impotencia: para mí la debilidad, para ellos mi fuerza. Para mí la debilidad, porque así aparecerá desde la debilidad el amor que se ofrece.

¿Cómo va a aparecer el amor desde el poder, si cuando se ofrece el amor desde el poder no hay más remedio que aceptarlo?

Ofrecido el amor desde la debilidad, puede ser rehusado. Claro, entonces, aparece la misericordia entrañable de Dios, la debilidad de Dios, aquí está la locura, la necedad, pues para mí la locura, la necedad, para poder expresar el amor con exceso: la necedad de Dios, la locura de Dios, en la necedad de los hombres, en el no ser. Estamos entrando en una contemplación realmente insondable en ICor, donde se empalma el Cristo Crucificado con el puñado de pobres de las comunidades de Corinto. Expresa este Misterio de la bajada en los términos de la nada y el ser. Ese despojo, esa debilidad, esa locura "estamé houda" lo que no es, la nada, por lo que está naciendo, por supuesto no es una alternativa histórica, sino la nueva creación, y la nueva Creación siempre nace en el basurero de la nada.

¡El admirable comercio, el admirable intercambio de la bajada de Jesús! Se trata de ofrecer su amor a todos los hombres, ofreciéndoselo desde el despojo, desde la debilidad, desde la locura.

Ofrecer el amor como despojo de Dios, debilidad de Dios, locura de Dios, a una humanidad que está seducida por el tener, el poder, el saber, el situarse, como una sonrisa que se aproxima a esta humanidad prometeica, una sonrisa inherente, una sonrisa enormemente provisional, al parecer inofensiva, como una caricia a la humanidad que está empeñada en la torre de Babel y que de pronto el peregrino se presenta hacia ella en el gesto de la impotencia, el despojo y la necedad de los pobres.

Naturalmente, tenemos que contemplar todo esto porque no lo tenemos contemplado, porque la Navidad, a lo mejor, no ha pasado por nuestro corazón, a lo mejor por eso todavía no estamos suficientemente contentos.

Cuando la Navidad y la Pascua pasen por nuestro corazón, seguro que habremos alcanzado el gozo interminable.

Es muy importante decir que este gesto que estamos contemplado, estos dos gestos que estamos contemplado: el gesto de la bajada y el gesto del despojo no son gestos puntuales que quedan en el pesebre, sino gesto permanente que atraviesan todo el camino de Jesús, de tal forma, que cuando sucede verdaderamente el pesebre es en la cruz. Es decir: es la travesía Pascual, la Encarnación de Dios. Es un gesto permanente, progresivo, que avanza, dándose hasta que se consuma en el madero de la Cruz.

4.- HIJO EN EL VACIAMIENTO

La contemplación profunda de la Navidad y del Misterio de la Encarnación no está dicha sólo en la palabra del Prólogo "EKENOSEN" "se cambió de sitio", ni siquiera en la palabra de Corintios, "se empobreció", sino en otra palabra del Himno de Filipenses, más profunda, "se vació a si mismo, tomando la forma de esclavo".

Es llevar el amor hasta el final, des-entrañar la misericordia hasta el final.

Dice un texto de la sabiduría de Juan de Ávila: ¿quién nunca oyó amor como éste que amando uno a otro se tornase El? El amor es tornarse a otro. "Dios amó cuando nos hizo a su semejanza, mas mucho amor mayor obró al hacerse El imagen del hombre."

Es una contemplación que los primeros discípulos han hecho hondamente y que ha quedado cristalizada en la tradición joanea y paulina. En la tradición joanea, en la expresión "la palabra llegó a ser carne" y en la tradición paulina, en la palabra: "El que era imagen del Padre tomó la forma de esclavo".

Se trata de un gesto que no solamente es bajada donde están los hermanos y ofrecerse a ellos sino entrañárselos dejándose El entrañar en nuestra negatividad, en nuestro pecado y en nuestra muerte, haciéndose vulnerable a lo más nuestro.

Claro, es así como es la misericordia entrañable del Padre y del Hijo humillado.

Cuando dice Juan, cuando canta la comunidad de Juan en el Prólogo "La palabra se hizo carne" la palabra "carne" tiene para nosotros una doble resonancia. Por una parte "carne" en el Evangelio de Juan significa la existencia humana histórica, el barro quebradizo de la existencia, pero no tiene el acento negativo de la contemplación paulina, en la cual "carne" es la carne del pecado, no la del barro frágil, sino la del barro empecatado, cerrado, oscurecido, destrozado.

Dios, enviando a su propio Hijo a la semejanza de la carne del pecado y a través del pecado (Rom 8,3) hizo la justicia anulando el pecado en la carne.

¡Es asombroso! Esto no lo tenemos contemplado. Hay que hacerse a la contemplación, permanecer horas y horas contemplando esto. Nuestros ojos no tienen tanta luz. Dice el texto de Mc en la Transfiguración, que Jesús era una luz cegadora. No nos cabe en el corazón, no nos cabe en los ojos, no estábamos hechos a esta luz.

La palabra esclavo del Himno es tan fuerte o más que la palabra carne, porque la palabra "DULOS" en el Himno no significa el servidor, sino el esclavo en el aspecto histórico: el marginado, el oprimido, el crucificado.

Al comienzo del s. I, los esclavos han hecho una revolución en el Sur de Italia para luchar contra el latifundio y cientos de esclavos han sido colgados en la Vía Apia de un madero. Solamente se condena al madero al rebelde social.

"Tomó la forma de esclavo" "crucificado" significa un apropiarse, no solamente el barro y la historia, sino la cor el fracaso histórico, el fracaso del combate por una, tierra nueva y unos cielos nuevos, porque este fracaso es diario. Se trata de configurarse con la figura del esclavo crucificado. Es un asombroso vaciamiento del cual ninguna de

nuestras negatividades se escapan ya de las manos del Primogénito que se han cerrado sobre nosotros en una comunión indisoluble.

5. - HA APARECIDO LA GRACIA

Ahora comprendemos por qué cuando vemos al Hijo amado no solamente bajar abajo, no solamente ofrecerse desde abajo -eso es lo que quiere decir la palabra humillado, desde abajo, ofrecerse en disponibilidad- la impresión que tenemos es que no habíamos conocido el amor. Hemos conocido, que el amor para nosotros es una palabra radicalmente nueva, que no la conocíamos, que lo que nosotros llamábamos amor, no lo es, que tenemos que llamar amor a otra cosa.

La vamos a llamar gracia, ternura, misericordia, absoluta gracia, misericordia desentrañada.

El Hijo humillado se ha manifestado tanto más, cuanto mas hondo se ha escondido. Tanto más se manifiesta, cuanto más hondo se esconde. Ha sido LA EPIFANIA oculta de la gracia.

Estas palabras tienen mucha fuerza. Epifanía, en el lenguaje helenístico es la aparición del Soberano.

"Ha aparecido la gracia de Dios nuestro Salvador para todos nosotros" (Tito 2,11). Ha aparecido la bondad y el amor al hombre.

Fijaos en el título de Dios Nuestro Salvador. En realidad es ahora cuando comprendemos que la gracia del Primogénito ha agraciado nuestra gracia y que las manos de María, que son el pesebre y el pañal, son como la imagen viviente del encuentro de la Navidad, donde la gracia es regalada a la gracia."No tengas miedo, el Señor está contigo" "Gratia Plena". Una palabra dicha a la humanidad entera, al universo entero en la persona de la pobre mujer. Ahora es cuando ha aparecido verdaderamente la gracia.

Cuando uno contempla estos textos se da cuenta de algo que es muy importante para esta hora de la Iglesia y para la opción preferencial por los pobres de la Iglesia, y es que esta bajada del Primogénito abajo no es para quedarse abajo con los pobres resignadamente soportando la condición de la explotación del mundo, en piedad, ni tampoco es sin más para hacer la revolución alterativa en la toma del poder. Ni una cosa ni otra, sino algo que está más abajo y más adelante de las dos cosas y que es la nueva creación. Por eso la Navidad es un gesto mesiánico y los relatos de la Navidad son mesiánicos, es decir, aparece el Ungido, a la cabeza de su pueblo, en marcha hacia la tierra de la herencia. No son relatos para la piedad, una piedad de los pobres entendido en el sentido intimista y resignado, o para alentar "no sé qué mesianismo político en el cual hemos de tomar de nuevo el poder para disputárselo, sino es otra cosa nueva que aún no entendemos y estamos buscando y es realmente el mesianismo escatológico. La pobreza mesiánica que atraviesa y perfora la historia y la innova, haciéndola nueva. Esto es lo que quieren decir los primeros hermanos en las pequeñas comunidades cristianas del imperio romano perdidas en las afueras de las ciudades y en los campos en los años 60 y 70: ¡Que ha aparecido el Salvador! ¡Que ha aparecido la gracia del Salvador! es motivo para ser llevados a la cárcel, porque esa palabra: Salvador, ha dicho Augusto que sólo se puede aplicar a él. Que la salvación ha venido por el Imperio y que

el Imperio con su ejército, sus clases médicas y su cultura, es el salvador, como dice la égloga de Augusto.

Estos textos mesiánicos de la Navidad tienen una profunda incidencia histórica. En torno a la Eucaristía un grupillo de pobres aclamar al Salvador "SOTER" una palabra que no se puede pronunciar, como no se puede pronunciar en los regímenes dictatoriales determinadas palabras.

La palabra salvador es una palabra, que se atribuyen a si mismos los hombres que creen haber encabezado la historia de forma definitiva para traer la plenitud de los tiempos.

¿Cómo se explica entonces que este gesto de la Navidad sea aclamado con himnos?

Los himnos del Evangelio de la Infancia que son tres: Magnificat, Benedictus y Nunc dimites, son himnos de liberación de los pobres del Señor en la situación histórica de la segunda mitad del s. I (que es la situación histórica de la seguridad nacional de América Latina hoy) el endurecimiento del Imperio en el s. II después de Nerón. El Magnificat, el Benedictus y el Nunc dimitis son cantos de liberación, de la liberación traída por Jesús, que no es la alternativa a Augusto, si así fuera, hubiera durando bien poco, si no es la nueva creación, que asume y transfigura las alternativas históricas haciendo aparecer la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora se comprende muy bien:

"Proclama mi alma la grandeza del Señor".

"Su nombre es santo".

"Su misericordia alcanza de generación en generación".

"Derriba a los potentados de los tronos y enaltece a los humildes".

"Acoge a Israel su siervo, acordándose de su misericordia".

¡Es verdad! "el Señor ha visitado y redimido a su pueblo". La misericordia que empezó a tener con nuestros padres, la misericordia de la alianza la ha realizado ahora, nos ha arrancado las cadenas y nos ha pasado a la luz de la altura, ha sido su misericordia entrañable la que en medio de este campo de guerra ha abierto las sendas de la paz que encaminan nuestros pasos.

¡Es verdad, Señor!

"Nuestros ojos han visto tu salvación, la que has preparado ante todo los pueblos".

"Luz para anunciar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel".

Son cantos mesiánicos, cantos Pascuales, están escritos a la luz de la Pascua, están escritos a la luz de una meditación del Pesebre, desde la Pascua. Son cantos de alegría. Por eso dice León Magno en su homilía de Navidad:

"Hoy, queridos hermanos, ha nacido nuestro Salvador. Alegrémonos, no puede haber lugar para la tristeza cuando acaba de nacer la vida. Nadie tiene porque sentirse alejado de compartir este gozo, a todos es común la razón para el júbilo".

El comenta en su homilía: a todos. A todos nosotros nos es común el motivo del júbilo.

La contemplación de la Encarnación de Jesús no se puede hacer mirándonos a

nosotros mismo, entonces nos ponemos tristes. Hay que hacerlo mirando a El. Los misterios de Jesús no son morales, son sacramentos, son misterio, no es una moral de exigencia, es un regalo que se nos ofrece. ¿Cómo no vamos a estar entonces alegres si ha bajado ya?

La Navidad es la fiesta de la alegría, por eso Francisco ensayó el Nacimiento, porque realmente su bajada es el gozo mismo.

Es muy importante en la contemplación de los misterios de Jesús darse cuenta de que lo que contemplamos es un acontecimiento, no es una norma moral, es un hecho de salvación, es un evangelio, es una buena noticia. Por tanto, no nos situamos ante él reflexionando o contrastando nuestra voluntad, sino adorando, amando, entrando a lo que Ignacio llama el "conocimiento íntimo del Señor" un conocimiento sapiencial del Señor: "Gustad y ved qué bueno es el Señor" ¡Entrad a esa experiencia! "Demandad conocimiento interno del Señor que por mi se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga" (5. Ignacio).

Sabéis que la Liturgia es la presencia de los misterios y esta tarde, cuando partamos el Pan y la Copa, con los textos de la Navidad sucede la Encarnación: "Hodie natus est Christus" "HODIE".

Entremos al que ya nos ha incorporado. Incorporémonos vivamente al Cristo humillado del que ya somos miembros, porque El es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. Estamos ya gravitando con El en la bajada de la Encarnación y hemos de ser un poco torpes y despistados para no consentir a esta meditación amorosa de la misericordia des-entrañada.

TEMA - 5º

EN LAS HUELLAS DEL HIJO HUMILLADO

"BUSQUEDA"

1.- LLAMADA AL MISMO CAMINO

La contemplación de esta tarde la hacemos mirando al carisma apostólico. El Señor nos llama hoy a los apóstoles a entrar, llama a su Iglesia a adentrarse en su mismo camino. El texto de Lumen Gentium 8, que meditaremos junto con Presbyterorum ordinis, 17, lo expresa con toda claridad "La Iglesia está llamada a entrar al mismo camino de la pobreza de su Señor" La pobreza del Cristo pobre.

¿Cómo se formula en el Concilio esta llamada, que la Iglesia siente hecha por el Señor a ella? Pues se fórmula esta llamada recibida del Señor con el texto de Lc 4,18 "Cristo fue enviado a evangelizar a los pobres y a levantar a los oprimidos, a buscar y salvar lo que estaba perdido" por tanto, lo que está en cuestión es la pobreza de Cristo en su misión apostólica y para esa misión apostólica que es el Reino del Padre realizado con el pequeño fermento de la Iglesia, hay que tomar el camino del despojo y se cita 2ªCor 8,6, que contemplábamos esta mañana y el texto del vaciamiento de Fil 2,6, en pobreza, en humildad, en abnegación y en persecución.

El planteamiento de la pobreza apostólica de la Iglesia en el Concilio Vaticano II, no está hecho por motivos sociológico; no es que el mundo atravesase situaciones de extrema pobreza y por eso la Iglesia tenga que seguir a su Señor pobre y crucificado, sino que esta llamada le viene a la Iglesia por encima de toda situación histórica, por las huellas del mismo Señor, que la encabeza.

A la Iglesia se le plantea el problema de la pobreza no desde la historia de los hombres sino desde su Señor. Lo que ocurre es que su Señor, el Señor de la Iglesia, se ha identificado misteriosamente con los pobres del mundo y entonces el rastrear las huellas del Cristo pobre hoy, exige que se rastree en las huellas de los pobres. Pero cuando decimos esto, inmediatamente debiera surgir en nuestro corazón una llamada de atención. En este mundo nuestro en que tantos hombres se mueren de hambre no debiéramos decir fácilmente, que ya somos pobres, sino que debiéramos adentrarnos en el misterio de la pobreza de los pobres, que es Cristo mismo; porque al haberse identificado el Señor con los pobres (Mt 25) resulta que la pobreza ya no solamente es un problema histórico, sino que es un misterio, porque allí donde están los pobres, allí está el Señor; por donde los pobres caminan por allí camina el Señor.

Entonces, para buscar hoy los caminos de la pobreza apostólica debe ser buscado, como decía Vicente de Paúl, Cristo en sus pobres; porque los apóstoles son el rostro de Cristo para los pobres y los pobres son el rostro de Cristo para los apóstoles, o dicho de una forma más ancha todavía: la Iglesia es el rostro de Cristo, para los pobres de este mundo, como dice el texto conciliar: "por eso los abraza en el amor de Cristo a todos los afligidos por la debilidad humana" y, por otra parte, los pobres del mundo son el rostro de Cristo, que acoge a la Iglesia y la provoca al seguimiento incesante de su Señor. La Iglesia es acogida por el Señor en los pobres, reconociendo la Iglesia en los pobres la imagen sufriente de Cristo. En este encuentro entre los pobres y los apóstoles de la Iglesia, sospecho que se va a jugar el futuro de la pobreza apostólica en la Iglesia.

Dice Presbyt. Ordinis, 17: "Los Presbíteros son llamados a abrazar la pobreza voluntaria" ¿Para qué? Pues son llamados a abrazar la pobreza voluntaria para configurarse más manifiestamente con Cristo; para que se configuren más desveladamente con su Señor y así se dispongan con más libertad a la obra apostólica; para que estén más libres (la pobreza es la libertad, ni más ni menos); para que estén más libres para la obra apostólica. Con los pies descalzos los apóstoles pueden llegar más lejos de donde habían sospechado en el seguimiento apostólico de Jesús.

2.- LA SEDUCCION DEL CRISTO

Después de esta introducción con la que intentamos prestar la voz a la llamada del Concilio Vaticano II, decimos algo que nos resulta paradójico en toda nuestra contemplación del misterio de Cristo y es que entrar a ese camino de la pobreza apostólica del Señor, no se puede entrar con el propio empeño, eso no se conquista, es un don, al cual uno accede por el camino de la seducción. En qué consiste este hecho de la seducción del Cristo pobre y crucificado, es lo que intentaré, prestando la voz al Evangelio y a algunos de los grandes testigos de la tradición cristiana. Expresar en qué consiste esta seducción del Cristo pobre, que han padecido (en pasiva pues esto se padece) los grandes apóstoles de la Iglesia en los que el Señor ha iniciado las travesías de la historia santa. Está siempre provocado por la seducción, porque el corazón humano está "en salida" El corazón del hombre esta hecho para amar, siempre está viviendo de una seducción. Hay dos grandes seducciones que seducen al hombre, una en la que la mayor parte de los hombres caemos y es la seducción del miedo, es decir, del dinero; y la otra es la seducción del amor, de la misericordia. Es fácil caer en la seducción del miedo, porque como el hombre está en salida, sí se desarraiga del Señor, siente tal miedo al abismo de su existencia, que todo hombre llega a la conclusión que sencillamente para ser hombre hay que tener dinero. ¿Quién es un hombre si no tiene dinero? La sociedad de consumo añade "bienestar" bienestar es ser; ser, es bienestar. Entonces el hombre en el marco de la historia se siente atraído, seducido por esta llamada; quiere ser libre pero ¿cómo va a ser libre si no tiene dinero? Quieres tener amor, pero ¿cómo vas a tener amor si no tienes dinero? quieres alcanzar la alegría, pero ¿cómo vas a alcanzar la alegría si no tienes dinero? entonces es la solicitud del mundo, como dice el texto sinóptico, la seducción de la riqueza, la palabra griega: "la falacia" la seducción engañosa del dinero, que alcanza el corazón del hombre desde la misma hora de nacer.

Naturalmente no podremos escapar de esta seducción si no hay otra solución mucho mas fuerte, por eso el camino de la pobreza apostólica solamente lo pisan los pies de aquellos que han sido seducidos por el crucificado, de otra forma la pobreza cristiana tiene mucho de apropiación personal y de estrategia histórica, pero no tiene la carga escatológica y la novedad de los verdaderos discípulos del Señor.

¿Cómo nos aproximamos a esta experiencia de la seducción del Cristo pobre y Crucificado? pues aquí, más que pedir la palabra a los exégetas, teníamos que pedir la palabra a los santos, aquéllos que hayan padecido esta seducción, porque no es fácil a veces encontrar en el grupo de los discípulos del Señor, gente que se ha dejado seducir por el Cristo pobre y crucificado hasta el fondo. Bien el P. Foucauld, que indudablemente se dejó seducir por el Cristo pobre y crucificado; tiene una expresión muy bella, que si la tradujéramos en pasiva, seria todavía mas bella; dice el P. Faoucauld "¡Qué pronto se hace pobre aquel que ama!" Sospecho que traduciendo esta expresión del P. Foucauld en pasiva, la fuerza seria mucho mayor "¡Que pronto se hace

pobre aquél que se siente amado de Jesús!" Aquel que en la mesa de la fracción del Pan que preside el Cristo Pascual siente la misericordia del Padre desentrañada en los brazos abiertos del Crucificado, en la herida de su costado, en el pan, en la copa y luego también en la familia de hermanos en torno y en la mesa común puesta, ese pequeño discípulo se siente amado, pero no es solamente él, siente que ha sido amado todo el universo, siente que han sido amados los pobres con un amor increíble, inaudito, y en aquel momento en que el pequeño discípulo siente, no que ha sido amado él, porque, de qué le serviría a él ser amado y disfrutar de la misericordia entrañable del Señor si esa misericordia no llegara a los pobres, no llegara a los confines de la tierra? Por tanto, aquel que se siente amado viendo que son amados los hombres, el universo la historia, empiezo a descubrir que ahí está su verdadero tesoro: "Donde está tu tesoro allí está tu corazón" y el Hijo entregado como siervo se convierte en su tesoro, en su Bien, sólo El, exclusivamente El, totalmente El.

Esto es lo que significa clero; el clero no es un cuerpo de un aparato empresarial; clero en la Escritura significa aquellos hombres que tienen en el Señor su única herencia; clero es herencia "clerómanos" es el heredero, son aquellos que tienen en el Señor su única herencia, su única bienaventuranza, su heredad. Por eso, la seducción del Cristo crucificado lleva consigo una inmensa alegría y esta inmensa alegría (recordad la parábola del tesoro escondido en el campo), es la que hace que uno tenga que vender sus bienes lleno de alegría, por la alegría de haber descubierto el tesoro, el Reino, el Cristo muerto y resucitado en la mesa de la fracción del pan, la fraternidad, la mesa común, los pobres sirviendo por la alegría de haber encontrado el tesoro que nos dice que tenían mal planteadas las cuentas.

2.1 - Seducción de Pablo

El apóstol Pablo que padeció, tal como nadie esta seducción del Cristo pobre y crucificado, lo ha expresado con mucha gracia. Después del Himno de Filp 2 viene el texto del Filp 3, donde el apóstol cuenta lo que ha sucedido en él para dejarse vencer por la seducción del crucificado; lo que ha sucedido ha sido una cosa muy sencilla: él era un chico listo de un comerciante de Tarso, su padre lo mandó a estudiar a la Universidad de Jerusalén y él estudió una carrera que abarcaba todas las carreras; tenía dinero, tenía posición, tenía saber, tenía futuro y, sobre todo tenía una cosa muy importante: tenía un proyecto espiritual que le identificaba como hombre y como creyente, que era su mística farisaica, su mística de fidelidad a la alianza. Cuando se encuentra con el Crucificado, dice el texto griego, primero algunas cosas que yo antes me parecía que era una ganancia, algunas cosas, me parecieron que eran una pérdida, pero después todo me pareció una pérdida y lo considero como basura con tal de ganar a Cristo, mi Señor, por quien lo he perdido todo y ser encontrado en El. Es un cambio radical de cuentas. Lo que yo antes tenía como una ganancia, ahora me parece basura con tal de alcanzar a Cristo mi Señor, por quien lo he perdido todo. De esta forma el apóstol pasa a la pobreza apostólica que consiste en quedarse sólo con el Señor y con las marcas de la cruz. El primer gran estigmatizado del seguimiento apostólico ha sido Pablo, que lleva en sus manos las marcas del peso de las Iglesias, el peso apostólico para edificar la Iglesia del Señor atravesando la Ecumene hasta guiar El vuelta.

2.2 - Seducción de Francisco

Dada la importancia de esta experiencia, voy a intentar brevemente contar la experiencia, la exégesis de la pobreza apostólica en la experiencia franciscana.

¿Por qué Francisco realmente se deja seducir de Jesús para una pobreza apostólica hasta el fondo? al comienzo del camino hay un abrazo de Jesús a Francisco y un abrazo de Francisco al leproso. ¿Cómo sucede este misterio? Porque Francisco se ha asombrado del Cristo del pesebre, de la Cruz y de la Mesa. ¡Qué hermano más santo, amado, humilde, pacífico, dulce, deseable sobre todo! Nadie tan hermanos como ninguno tan cerca de nuestra fragilidad y ultimidad. Al ver descender al Hijo se comprende que no es posible estar con El y ser de los suyos sino se le acompaña en el descenso al infierno, en donde sufren los hombres.

La fraternidad apostólica por tanto parte de la adoración, de la alabanza, de la alegría, la pobreza común íntima, como una aclamación. El Cristo pobre y crucificado, rostro amoroso del Padre es sólo el Bien, el único Bien, el Bien entero "Deus meus et omnia", Jesús meus et omnia"; es una alabanza estática en la cual se aclama a Jesús como única bienaventuranza y única suficiencia; basta El, ni dinero, ni el poder, ni la sabiduría. "Quomniam Tu solus sanctum, tu solus Dominus, tu solus Altissimus, Jesu Christi". Ya todo es gracia y por tanto, si todo es gracia, ya tiene uno que empezar a despojarse de todo como ofrenda de gracia, en gratuidad y en agradecimiento.

La pobreza es una alabanza, es un canto de jularía, en la expresión medieval; es una acción de gracias interminable; es un obsequio al Señor, no por la estrategia histórica, ni siquiera por el proyecto pastoral eficaz sino para que los hombres se sientan amados de Jesús y de su misericordia entrañable en el servicio del Lavatorio de los pies. Por eso, lo que conduce a la pobreza es la alabanza, lo que nos empuja a los pobres como un viento huracanado es la experiencia de la misericordia, lo que nos deja desnudos en la intemperie es la experiencia del crucificado, esto hace que en cuanto veamos un pobre más pobre que nosotros, tengamos que darle lo que tenemos. Dice la primera biografía de Celano: *"estaban identificados con todos los pobres y no se sentían tranquilos si veían a otros más pobres que ellas"* pero no por deseos de vanagloria sino por efecto de verdadera compasión. La compasión de Cristo a sus pobres.

La existencia apostólica entonces se convierte en una gozosa entrada a la intemperie del mundo bajo las estrellas, para ser llevados como el viento por el Espíritu del Señor, como heraldos del mensaje de la paz y de la alegría del Evangelio siendo huéspedes y advenedizos para servir a todas las Iglesias y disponerse a todos los caminos del mundo. Por eso dice el anónimo de Perugia comentando la experiencia franciscana de la primera hora *"así se identificaban como verdaderos discípulos del Señor por todo lo cual con la gracia de Dios se ablandaban los corazones de muchos."*

La conversión de la Iglesia en el franciscanismo es que se le ablanda el corazón a la Iglesia y al mundo, al ver los peregrinos de la gracia y de la paz que tienen en el Señor su única bienaventuranza y suficiencia. Naturalmente, estas experiencias que uno puede rastrear cuando se acerca a los textos y a la historia, no están reservadas al pasado sino que el Señor en esta travesía de la historia suscita en su Iglesia de nuevo estas experiencias; lo que está claro es que la pobreza depende de la contemplación; sin la adoración es imposible la pobreza porque lo que resulta si no, es una estrategia pastoral o es una plataforma existencial para realizar el propio proyecto con el costo que a la Iglesia y a los pobres les cuesta el que alguien haga cargar su aristocracia espiritual a espaldas de otro.

Claro, entonces, de entrada estos caminos de la pobreza apostólica es una cosa

radicalmente nueva, extraña, a lo cual uno todavía no se ha familiarizado. La opción por los pobres apenas la tenemos ensayada porque por otra parte esa opción por los pobres que parece radicalmente escatológica y lo es, es profundamente histórica, es ni más ni menos que tomar el camino del Señor que es un camino de bajada, de despojo y de vaciamiento. Aquellos discípulos que consientan a esta seducción tendrán que entrar a este camino de la pobreza apostólica.

3.- "EL PASO A LAS TIENDAS DE CAMPAÑA"

Los apóstoles han de bajar. Es muy importante cuando nos planteamos el seguimiento apostólico de Jesús que nos planteemos donde están los pobres, donde están los últimos de los pobres y que movidos por el Espíritu del Señor cojamos nuestra tienda de campaña y "sin otra luz ni guía, sino la que en el corazón ardía" sin dar voces, sin avisar a nadie, besando los pies de los pobres, entrando de puntillas para que nadie se entere, les supliquemos que nos dejen poner, junto a ellos por misericordia, nuestra tienda de campaña, para que nosotros mismos seamos salvados; no para salvarlos a ellos sino para que seamos salvados.

Por tanto, un cambio social del grupo de los Doce, una bajada del grupo de los Doce a las partes más bajas de la tierra ¡urge! a las partes más bajas de la tierra, pues ya sabemos cuáles son, allí donde se padece el despojo, donde se padece la opresión, donde se padece la marginación, donde la historia parece que se hunde en el abismo de la nada, el no ser; cada hermano sabe en que encrucijada de la historia, de la geografía de la pobreza él está llamado a poner su pequeña tienda de campaña.

Es muy importante ver cómo esta opción preferencial por los pobres, no exclusiva, ni excluyente, sino incluyente de la fraternidad universal está puesta en el Concilio nada menos que en la sección primera que habla de la Iglesia como sacramento universal de salvación. La Iglesia no puede ser sacramento universal de salvación, sino es la Iglesia de los pobres, la Iglesia pobre de los pobres. Pero lo que más sorprende del texto es que este planteamiento de la opción por los pobres no solamente está hecho cuando se contempla el misterio de la Iglesia como sacramento de salvación universal, sino cuando se contempla la corporeización institucional de la Iglesia. El texto sobre la opción por los pobres viene nada menos que después de que se habla de que la Iglesia como misterio necesita una corporeización histórica como el Verbo Encarnado tomó la humanidad. Cuando se habla de las estructuras eclesiales, de las instituciones eclesiales, de tal forma que la opción por los pobres se convierte en instancia crítica para una nueva corporeización de la Iglesia, una nueva corporeización histórica de la Iglesia y como resulta que los apóstoles del grupo de los Doce, obispos y presbíteros, son donde la Iglesia más se corporeiza institucionalmente, porque ellos sirven a los sacramentos y presiden la caridad, se invitan (*Presbiterium Ordinis*, 17) a que sean los obispos y los presbíteros los primeros que inicien el éxodo. *"Llevados pues del Espíritu del Señor que ungió al Salvador y le envió a dar la Buena Noticia a los pobres eviten los presbíteros y también los obispos todo aquello que de algún modo pueda alejarles de los pobres"*.

Somos invitados por tanto (como estamos muy lejos) por el Concilio acortar, en principio, las distancias; tenemos que romper con todo aquel espíritu y con toda aquella estructura mundana, la gloria, el poder, hasta en su apariencia, que puede distanciar a los pobres. Y a la hora de poner nuestra tienda de campaña (cito el texto de *Presbyterium Ordinis*, 17), dice el Concilio: "Pongan los presbíteros su casa (*habitationem suam*) (su pequeña tienda) de manera que nadie, ni aún el más humilde, tenga nunca miedo (no

solamente de entrar una vez a pedir una partida, sino de frecuentarla). La tienda de campaña en los apóstoles tiene que estar puesta de tal forma al lado de los pobres que sea no solamente asequible y familiar, sino que sea su casa, su hogar, empalmando así la tienda de campaña donde partimos el pan y la tienda de campana donde los pobres se sientan acogidos, porque no son en realidad cuerpo y cuerpo; el cuerpo roto de la cruz y el cuerpo de la comunidad y el cuerpo de los pobres, como Teresa de Calcuta sugiere incesantemente.

Entonces, entrar al despojo de los pobres es como una buena manifestación para el camino apostólico de Jesús. Poner la tienda de campaña entre los últimos, allí donde ni siquiera los pobres quieren estar, más atrás; allí donde ningún cura quiere ir, en aquellos espacios de la Iglesia local donde nadie solicita al Sr. Obispo que le mande, allí precisamente. En cuanto hay un hermano que solicite la pequeña comunidad eclesial a la que uno sirve, uno se marcha; en cuanto alguien pudiera tener el pensamiento de que aquella parroquia podía ser para él interesante, ya no es la suya; aunque haya gastado él 15 ó 20 años ¡qué más da!. Por supuesto, esto no se puede hacer provocando al Sr. Obispo a que sea él mismo quien baje, que deje su casa y esperando a que el presbiterio tome una decisión colectiva de opción por los pobres y de administración de los bienes diocesanos; esto hay que hacerlo sin otra luz ni guía, sino la que en el corazón ardía, "aquesta me guiaba, más clara que la luz del mediodía, adonde me esperaba quien bien me conocía". Son experiencias fuertes de la historia de la Iglesia que en este momento de tránsito de una época histórica a otra conviene tenerlas ante la mirada.

3.1 Una Iglesia despojada

Pero se trata no solamente de poner la tienda al lado de los pobres, de ponerla humildemente, en silencio, en la noche oscura "mientras la noche estaba en silencio he aquí que tu Palabra descendió" (os acordéis de los textos admirables de la Navidad) sino, como decíamos además de la bajada, se trata del despojo; estamos en la tienda de campaña y después da bajar hay que despojarse porque uno puede estar entre los pobres siendo rico y claro estar entre los pobres siendo rico es ayudar a los pobres desde arriba y mantener las relaciones de propiedad y de dominación y, entonces, no aparece la ternura del Cristo pobre y crucificado.

El texto central desde donde se explica el Mt 10, no es el texto de no llevar calderilla en el cinto sino un texto mucho más profundo que dice: "lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis". Si el apostolado es gracia, que aparezca como gracia y por eso habrá que descalzarse los pies y quitarse el dinero del bolso, pero no por otra cosa más que por la aparición de la gracia y de la ternura de Jesucristo. No llevéis alforja ni cayado, ni dinero en el cinto, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón ¿por qué no podemos ensayar de nuevo la existencia itinerante de los primeros apóstoles? Ahora que tenemos 8 y 9 pueblos ¡qué bonito! 8 ó 9 pueblos que nadie quiere ¡que bonito! La existencia itinerante apostólica. No como un lugar marginal, como una especie de exención carismática para un grupo que a lo mejor también los hay; no, el apostolado de los Doce, los curas de a pie; los hay que tienen ahora la dicha de la itinerancia apostólica, por qué no podemos ensayar sencillamente comer el plato de lentejas de los hermanos y si hace falta trabajar, pues ¿por qué no? porque el apóstol trabaja no por ganar dinero ni siquiera porque da sentido a su vida o tener una plataforma apostólica, ni mucho menos; el apóstol trabaja por la noche, porque quiere que el Evangelio sea gracia y como tiene que ser gracia, como tiene que aparecer como gracia en el momento que entren elementos comerciales por medio y se pueda comprar la gracia.

Llegar por la noche en una casita del puerto de Corinto y tener que trabajar después de un día de fatiga apostólica, no supone para el apóstol llenar un vacío que no sabe con qué llenar, qué voy a hacer yo, que soy pobre cura y no tengo nada que hacer (me cansan los sacramentos, no sé dar catequesis, la gente no viene, tendré que trabajar) o por lo menos tengo una plataforma de evangelización y me acerco. No precisamente es así el planteamiento de la obra apostólica de los primeros testigos, para los cuales el trabajo y la fatiga de vivir era una forma de aparición de la gracia. Había que leer los textos apostólicos del apóstol "nada me importa mi vida, no he hecho cálculos sobre mi vida, lo único que me importa es consumir la tarea del servicio que recibí del Señor: atestiguar el Evangelio que es la gracia de Dios" "de nadie codicié ni oro ni plata, vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de los que sirvieron conmigo" "estoy forzado, se me ha confiado un encargo, yo no tengo paga, mi paga es anunciar el Evangelio gratis" "Por eso siendo libre como soy me he hecho esclavo dando el Evangelio como gracia, para que yo mismo comulgue con él". ¡Admirable! ¿Verdad? ¡Este Pablo!

Dios es testigo: ni con adulación, ni con ambición, ni con búsqueda de gloria, ni de vosotros ni de nadie; como una madre que alimenta a sus propios hijos, así quería daros no solamente el Evangelios sino mi propia vida, tan amados llegasteis a ser.

Estos textos no son un resto fósil de la espiritualidad cristiana, una especie de resto arqueológico que tenemos que exhumar, porque si dijéramos esto confesaríamos que el Señor no está vivo y que esta humanidad nuestra de la sociedad de consumo que va a hacer su travesía, es menos amada de cara al futuro que la humanidad de las grandes travesías. Por eso, dice el texto de *Presbyterorum Ordinís*, 17: "Rompan decididamente los presbíteros con la ambición del dinero, rompan con la acumulación del dinero, rompan con el mercado del dinero. Hay que ir más allá de la comercialización de los servicios y de la inserción en la distribución de los impuestos.

Pero, por otra parte, esto sería como poco, despojarse del dinero, romper con la comercialización de la gracia es poco, mucho más difícil es romper con el poder, porque la vida apostólica nos hace ser los servidores de la Eucaristía, los que presiden en la caridad, los que comienzan el lavatorio de los pies y eso que es fuerza, se puede convertir en poder y muchas veces hemos creído que era poder de este mundo.

¿Qué diferencia hay entre el poder y la fuerza? ¿Qué diferencia hay entre la fuerza de la gracia y el poder de este mundo? Es muy fácil de decir: El poder crea dominación, en el poder sirven un dirigente y un dirigido como decía el Señor "los que pueden someten, subyugan" La fuerza de la gracia, la luminosidad de la gracia no creada dominación engendra libertad y comunión.

Por tanto, esta idea que a veces tenemos de que no se puede servir el Evangelio si no es en las plataformas de este mundo y con los poderes de este mundo; esto, que nos parece a nosotros como algo de sentido común, debía ser una pregunta muy seria para la iglesia de hoy; revisar las plataformas históricas de inserción del Evangelio en el mundo, puesto que la pregunta definitiva para un apóstol es la sacra mentalización de la gracia, cómo hacer visible la gracia, dónde está el signo de la gracia, porque si damos la gracia en un signo que no es leído, que no se transparenta, que no es luminoso, los hermanos se ven privados del resplandor de la gracia. Siempre se ha dicho que la gracia y el poder y el dinero no se pueden unir; no se puede unir, comprar la gracia por dinero

y por poder; ya fue un sacrilegio de la primera hora de la Iglesia y nosotros entrar como el mundo quiere al pacto de los poderes tácticos es una traición poderosa al Evangelio de Jesús.

Los poderosos de este mundo quieren que nosotros, los del grupo de los Doce, tengamos poder, les interesa nuestro poder para legitimar el suyo y para pactar con el nuestro, pero esa ruptura profunda del poder y ese tomar el camino del desvalimiento, de la impotencia y de la debilidad del crucificado, hay que empezar haciéndola renunciando a la voluntad de poder, porque si conservo mi voluntad de poder no puede romper con las estructuras de poder. Por tanto, solamente si yo tomo la forma de siervo en mi corazón pueda hacer posible en mis pequeñas comunidades cristianas una transparencia institucional de la gracia como servicio de liberación y de reconciliación. Tomar por tanto la debilidad de los pobres, la pequeñez, la insignificancia como forma de existencia apostólica, no solamente personal sino comunitaria, institucional, corporeizar el cuerpo de la Iglesia con la impotencia y la debilidad de los pobres, es una pregunta muy importante para el tiempo presente, que requiere ciertamente un discernimiento, porque aún aquellos hermanos que piensan en las plataformas históricas de este mundo están pensando de buena voluntad, que sin estas plataformas el Evangelio no se haría presente en la publicidad del cosmos. Es por tanto una pregunta para el discernimiento cristiano, para la escucha colegial del Espíritu.

3.2 Una Iglesia en la desnudez de la Cruz

Pero, sin embargo, el camino que estamos descubriendo, el camino de la bajada, el camino del despojo, que como veis, es una seducción, es una alabanza, es una aclamación (de ahí hemos partido y ahí terminaremos) no puede terminar sólo en poner la tienda de campaña donde están los pobres, despojarme de mi dinero, de mi poder, de mi saber, sino tengo que despojarme de mi mismo, es que si no me despojo de mi mismo y estoy ahí cerrado y esclavizado por mi proyecto personal, espiritual (espiritual encima, claro) tengo que entrar a la desnudez de la cruz, a la desnudez de la cruz. Cuando uno estudia el texto sinóptico "no llevéis sandalias ni bastón", eso texto apasionante, y dice que significa aquello; dicen los escrituristas, que no llevar sandalias, uno se quita solamente las sandalias en el monte santo, ante Yahvé y se queda uno enteramente desnudo y dice el Señor "Id a los hermanos enteramente desnudos y disponibles, sin proyectos personales, ni siquiera espirituales, como os ponéis delante del Señor en el monte; quitaos las sandalias y no defendáis vuestros proyectos como defiende un peregrino con su bastón, se defiende de las piedras del camino; no llevéis bastón; renunciad a toda forma de defensa; id indefensos, sed siervos de toda criatura. Claro, así se entra por supuesto a la desnudez de la cruz; así el apóstol toma carne en la vida de los pobres. Hay una expresión fuerte del Concilio vaticano II (Presbyterorum Ordinis, 4): Cuando se plantea el problema de si el cura tiene que ser un separado o no tiene que estar separado; dice el Concilio: separado, no "segregantur ut totaliter consecrentur" estar al lado de los hermanos para darse hasta el final.

Nuestra vida apostólica es, como diré mañana, para una fraternidad y una maternidad llevadas hasta el final (segregantur ut totaliter consecrentur). Naturalmente esto nos permite entonces, claro, tomar la carne de los pobres, la fragilidad, el estado de pobreza, la necesidad, la intemperie, la amarga realidad de no saber mañana si no trabajo con qué vamos a comer, y esto no con las espaldas cubiertas de una pobreza personal que detrás tiene una institución colectiva que no es pobre, ni tampoco con una especie de ensayo pastoral a tiempo provisional, a temporadas, sino entrando de lleno a

la comunión con la carne de los pobres en lo que tiene de fragilidad y en lo que tiene de negatividad.

Pero ya en la conversación de anoche llegábamos a la conclusión de que esta entrada a una comunión tan honda al cuerpo de la humanidad y de la Iglesia, al cuerpo del cosmos, nos deja en la absoluta desnudez de la cruz. Lo más difícil en el camino de la encarnación no es descalzarse, ni cambiarse de casa, sino cargarse con las estupideces de los hermanos y morir debajo de ellas; renunciar a la pureza, a ser puros, a ser los profetas de la hora presente, los signos elocuentes de la Iglesia local, a mancharse las manos con la historia de la Iglesia y de la humanidad y del cosmos, a entrar en los conflictos, a participar en los conflictos escatológicamente, es decir, con palabra humilde, sencilla, testimonial, sin defensa, sin agresividad. Llegando así, como dice admirablemente el P. Rahner, a ser en medio de la Iglesia y en medio del mundo como una peligrosa memoria de Jesús, que puede ser que amenace el normal funcionamiento de las estructuras de este mundo y de la Iglesia que corre el riesgo de establecerse en este mundo, que puede ser, que nos lleve a la marginalidad en la Iglesia y en el mundo: - esto es lo que el apóstol llamaba ser el estropajo con el que se limpia la suciedad de las vasijas y después se tira al basurero-. Hermanos, nosotros los apóstoles de la última hora, estamos condenados a muerte, porque somos un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres.

Andamos peregrinos, muchas veces no sabemos donde caernos muertos, nos traen, nos llevan, nos gritan, nos ponen como el estropajo de este mundo, como la basura y esto os lo digo (parece como que los hermanos de Corinto se sentirían demasiado sobrepasados por las palabras del apóstol) esto os lo digo -dice el apóstol- como padre vuestro, porque he querido que Cristo se forme en vosotros; educadores tenéis muchos pero padre no me tenéis más que a mí. Tengo que deciros entonces que la condición apostólica no es una condición gloriosa y termina como termina la vida del apóstol de nuestra fe, en el madero de la cruz. Por tanto, hacerse a la idea de que uno puede tener la dicha amando entrañablemente a la Iglesia, de morir fuera de las murallas como murió el Señor. ¡Qué otra dicha podríamos tener nosotros de ser tratados, que como fue tratado el crucificado, sin tener en la Iglesia ningún reconocimiento, sin esperar ninguna compensación de nadie, ni del Obispo que nos alabe nuestra labor, ni de los hermanos que nos comprendan, ni del pueblo que nos va a secundar, sino que nuestra vida termine como terminó la del Maestro en la tarde del Viernes Santo! Nosotros solamente deberíamos aspirar a eso, a la comunión ilimitada de destino en la cruz y en la gloria del Señor que nos ama.

Por eso decía el apóstol, que tanto sabía de estas cosas -hay que volver a leer los textos de Pablo, porque esa vida apostólica de la primera hora sería ahora mismo la forma evangélica, la forma de vivir el Evangelio- decía el apóstol y luego, encima que yo tenía un agujón en la carne, que era flaco, endeble, no me respondía el estómago, tenía tentaciones y le dije al Señor: Mira tú verás lo que haces, porque como llevo yo las marcas de la cruz en mi cuerpo, y luego, encima por dentro, este laberinto que ni yo mismo me entiendo y le dijo el Señor: Pero, por qué te preocupas si te basta mi gracia, no quedamos que yo era tu suficiencia, que era tu bienaventuranza; por eso me alegro en mis flaquezas, para que la tuerza de Cristo aparezca en mí.

Entonces, entramos a un momento final, diciendo que ahora comprendemos por qué sólo en el despojo absoluto de sí, de uno mismo, de sus proyectos, de la vida de Cristo

en uno mismo, apropiada por uno mismo, solamente se llega a la absoluta transparencia de la gracia y porque en último término la pobreza no es más que la obediencia del Hijo; es tomar la forma de Siervo renunciando hasta a los derechos de Señor; entrando así en la nihilidad, en la ultimidad que forma parte de la transparencia apostólica del Señor que nos encabeza.

4.- CONCLUSION

Cuando el año pasado por estas fechas apareció el texto de la Teología de la Liberación, un texto importante para la historia de la Iglesia, muchos hermanos dijeron pues adiós Lumen Gentium 8, adiós la opción por los pobres de la Iglesia. Ya el documento insiste que ni mucho menos, pero el Santo Padre Juan Pablo II, en la noche de Navidad, tiene esta homilía: "Con 'la opción por los pobres' la Iglesia desea transformarse a sí misma y transformar a la sociedad. La Iglesia que camina a través de un mundo en el cual existe tanta desigualdad, opresión, lucha, que camina a través de un mundo dividido entre el occidente y el oriente, entre el sur y el norte, esta Iglesia esta hoy ante ti, Hijo de Dios, nacido de María la Virgen, Hijo del carpintero, y desea tener de nuevo en el misterio de la noche de Belén el sentido de su misión en el mundo; en Ti que te has hecho pobre por nosotros, la Iglesia desea encontrar de nuevo la fuerza de la bienaventuranza de los pobres, de los pobres de espíritu de los cuales es el Reino de los Cielos, y desea permanecer fiel. Con la fuerza de esta bienaventuranza desea transformar a los hombres, a la sociedad y a los sistemas; desea construir la tierra nueva y los cielos nuevos en que habitan la justicia y la paz. Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres que ama". Texto admirable de la liturgia de Navidad con lo cual el Santo Padre dice "permanecemos buscando" y la opción por los pobres, preferencial e incluyente, será el camino que nos vaya ayudando a transfigurar la Iglesia y a innovar el mundo.

TEMA - 6°

JESUS EL HIJO HERMANADO - (Mc. 1,14-15)

Intentamos hacer el camino de Galilea de este Cristo Hijo Amado del Padre, que vimos el primer día, este Cristo humillado, que vimos ayer, ahora en los caminos de Galilea, para ser el hermano de todos, el hermano de los pobres que prepara la mesa comen del Reino del Padre.

1.- UNA JORNADA CON JESUS

Antes de salir al camino -vamos a hacer una experiencia, esta mañana, muy bonita- vamos a hacer una jornada con Jesús. Somos del grupo de los Doce y nos disponemos a hacer una jornada con El. Nos es fácil hacer esta experiencia, porque en el mismo Evangelio de Marcos, los escrituristas han detectado una jornada entera de Jesús. Vamos a seguir a Marcos para hacer la jornada entera con Jesús y así recuperar los textos sinópticos. Bien, de momento, en la tierra por donde vamos a recorrer, donde vamos a hacer nuestra jornada de camino apostólico, es una tierra que ya conocemos muy bien, está atravesada por la injusticia, por la opresión, por la manipulación cultura; pero, esta esclavización y este enfrentamiento estructural, social, histórico, tiene de fondo un esclavizamiento y un enfrentamiento infra-estructural radical ínfimo, que es el pecado y el dolor. Esto lo hemos contemplado ya estos días, por lo cual esto aparece no como un hogar, sino como un campo de guerra.

Hay un muro, que el apóstol llama en Efesios el muro de la separación. Es una trinchera que separa a los hermanos, pero, a una y a otra parte de la trinchera están todos cerrados al amor, lo mismo los grandes que los pequeños, los ricos que los pobres, todos están cerrados al amor y desintegrándose en el dolor. Por tanto, el camino, la tierra por donde vamos a hacer nuestra jornada apostólica con Jesús es un campo de guerra con una trinchera que separa a grandes y a pequeños, a poderosos y débiles, a hombres cultos y a hombres ignorantes, pero en ese campo de guerra unos y otros cerrados al amor, aspirando a lo mismo. Y por tanto, un campo de guerra que parece que no tiene salida, como dice el texto de Isaías: "como una túnica empapada en sangre, la bota que pisa con estrépito y la túnica empapada en sangre."

Esta contemplación del camino, de la tierra por donde vamos a hacer nuestro camino apostólico hoy, vista con los ojos del hombre bíblico, es un Reino, es un reinado. ¿Quién reina aquí? Pues parecen las figuras históricas ¿verdad? de los ancianos, los sacerdotes, los letrados. Augusto o los gobernadores de Siria. Estos no son más que muñecos de guiñol de fuerzas poderosas, infra-históricas, ultra-históricas, que configuran la tierra que vamos a pisar.

La mirada del Apóstol a la luz de la Pascua, quien reina, es el pecado, pecado personal y colectivo, el pecado reina conduciéndonos a la fosa de la muerte. Reina el pecado, reina el dolor, reina la injusticia y la opresión y la mentira, reina la muerte.

Entramos, por tanto, a una tierra, que es una tierra de sombras de muerte. El reinado del pecado y de la muerte. Por ahí, por esa tierra, pequeña, vamos a hacer nuestro camino, donde hay como en los pueblecitos de Castilla, pueblos, aldeas, ciudades, pues la mirada contemplativa a la luz de la Pascua, nos descubre que aquello es un campo de

guerra, el reinado del pecado y de la muerte, las tinieblas y sombras de la muerte.

Entonces, nos disponemos a hacer la jornada entera con Jesús. Quiero presentar este misterio del Hijo hermanado, de una forma muy viva, como si fuera una catequesis al pueblo sencillo.

Bien, entonces ¿que hacemos? Pues muy sencillo. Acaba de amanecer, y cuando nos hemos despertado nosotros, Jesús no está en el grupo, se ha marchado un par de horas antes, nos ha dejado mientras dormíamos y se ha marchado al campo, solo, a orar. De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración.

El camino, que para nosotros es fácil emprenderlo, para Jesús sólo se emprende el camino desde la misericordia entrañable del Padre. Jesús no puede reencontrarse con los hermanos para reunirlos en familia y preparar la mesa común si no se vuelve antes a las entrañas del Padre. Es la experiencia que hemos contemplado estos días. El camino apostólico nace de la misericordia entrañable del Padre acogida de forma absoluta, en absoluta obediencia por Jesús.

¿Qué ha hecho Jesús en esas dos o tres horas antes en que nosotros estábamos durmiendo, al amanecer? se ha marchado al silencio y con muy pocas palabras ha repetido insistentemente: Padre, aquí estoy por ellos, para alabanza de gloria de tu gracia.

Padre ¡vamos a recorrer el camino! Esa tierra que vamos a recorrer. Tú me la has confiado, Tú me has dado a los hermanos, Tú me das el Amor que yo tengo que darles a ellos. Padre, Tú les has amado a ellos como me has amado a mí. Padre Santo, quiero que donde estoy yo, estén también ellos conmigo para que vean la gloria que Tú me diste, porque les has amado a ellos, como me has amado a mí, para que el amor con que Tú me amaste, pase a ellos y yo esté con ellos. Pasa un rato largo en silencio y Jesús repite las mismas palabras: Abbá, Padre. Aquí estoy, por ellos, venga tu Reino, haz de mi lo que quieras.

Nosotros, mientras tanto, estamos durmiendo, pero claro, es que El se ha vuelto a las entrañas del Padre. El Hijo único, que se ha vuelto a las entrañas del Padre, acogiendo la misericordia y la fidelidad del Padre, se vuelve ahora a los caminos y entonces es cuando vemos su gloria, la gloria del Hijo único del Padre lleno de ternura y de fidelidad.

El camino que vamos a hacer, por tanto, es Jesús mismo. El camino lo hace El. No recorre el camino porque es Galilea, sino es Galilea porque El recorre el camino. El camino apostólico, por tanto, no es la geografía, es la geografía que resulta de las huellas del Primogénito y desde las huellas del Primogénito se hace la geografía y la historia, el camino, la escatología que se hace historia y la historia que esté asumida en la escatología.

Indudablemente, si nosotros queremos hacer la jornada con Jesús, tenemos que levantarnos un poco antes, dice el texto evangélico: "mucho antes del amanecer". Bueno, entonces, nos hemos levantado ya de los sacos de paja donde estábamos en aquel corral del pueblecillo y nos hemos puesto nerviosos. Simón Pedro y sus compañeros fueron a buscarle y al encontrarle le dicen: todo el mundo te esta buscando

y tu aquí rezando: todos te buscan. El les dijo: Pues no penséis que nos vamos a quedar aquí, en Corazain o en Betsaida, tenemos que ir a otros sitios. Claro, estabilizarnos aquí no ¡Veámonos a otra parte! a los pueblos vecinos, para que también allí predique, pues para eso he salido. Impresionante ¿verdad? Es una experiencia de una itinerancia misionera, salida de las entrañas para reunir al pueblo como familia y convertir la tierra que es campo de guerra en una mesa compartida, donde los pobres ocupen el primer lugar.

Bien, nosotros ya hemos hecho el camino con El, hemos dejado el pueblecito y vamos caminando con El de pueblo a pueblo. Y según vamos caminando con El de pueblo a pueblo, El habla: "Recorría los pueblos y las aldeas anunciando el Evangelio del Reino, y viendo a la gente que estaban despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor, dijo a sus discípulos: "Me duelen las entrañas" Esto no tiene que ver nada, ¿verdad? con un funcionariado, donde vamos a administrar los Sacramentos o a celebrar la Misa, así sin más, metidos en nuestros propios pensamientos, recordando la última noticia del periódico, de la TV que vimos anoche. Esto es recorrer el camino y al ver como están las alambradas, el latifundio, el cómo está el trocito de tierra de aquellos campesinos que se quiere todavía..., al ver cómo la gente viene del campo, cargada y agobiada, al ver como no tienen ni siquiera un planteamiento de cómo se puede salir de aquí, y a lo mejor esto no tiene salida; pues claro, como eso se ve, por el Amor, como eso se ve con el Amor, como lo que hace conocer es el Amor, como es el Amor el que comprende, pues mientras nosotros que somos del grupillo de los Doce vamos despistados en nuestros propios pensamientos, hilvanando el tejido de nuestra existencia personal, a El le duele el pueblo, le duele la tierra, le duele la historia, porque los pobres están despojados, están despojados: injusticia y están abatidos: opresión, pero le duele, le duele que estén des-encaminados, no saben por donde van, están como ovejas sin pastor.

Sería muy interesante para un apóstol que hace camino en la tierra, en estas tierras nuestras, perseguir en el texto sinóptico -como vamos a hacer esta mañana- el verbo "siento en las entrañas" entrañas de misericordia, a ver ¿cuándo le duelen a Jesús las entrañas? No hemos hecho nunca esta lectura evangélica, de perseguir una palabra en el camino, a ver que resulta.

Bien, pues ya hemos llegado al pueblo, y entonces estamos en la plaza, y, bueno, la gente se reúne allí en la plaza. Imaginemos a doce hombres con un Señor allí, que se desgañita. Este profeta que ha salido ahora a ver qué dice. Total que se reúne la gente y Jesús dice: Pues, nada, diréis que ¿a qué hemos venido? Una buena noticia, que sí, sí, una buena noticia... ¿Queréis que os la diga?

Bueno, la gente ya había durante mucho tiempo rezado el Salmo 71: Dios mío, da tu juicio al Rey, que los montes traigan la paz. Proclama mi alma la grandeza del Señor, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. Que venga tu Reino, los anawin. Y aquellos pueblecitos ya hablan rezado por la mañana también mientras que escuchábamos en las voces los gritos de los pobres de la escritura.

Entonces, hay una sintonía profunda entre la buena noticia y las angustias y esperanzas de aquellos hombres; Jesús dice que es que el Reino ha llegado ya. No os acordáis de cuando el pueblo estaba en Babilonia, pues le pasaba lo mismo que a nosotros ahora, estaba metido en un campo de guerra, y la gente estaba mirando ¿a ver qué salida tiene esto? con la cabeza levantada, esperando la liberación. Pero cuando la

gente estaba metida en aquel campo de guerra, esperando la liberación, pues, que viene por los montes el mensajero. Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que trae la paz, que pregona la buena noticia, que anuncia la Salvación, qué dice: ahora, en esta tierra donde reina la injusticia y la opresión y la mentira, en esta tierra de sombras y de muerte, el señor torna las riendas para iniciar su Reino.

2.- ANUNCIANDO EL REINO

¡Estad alegres! La gente dice: Bueno, como no nos lo expliques un poco mejor, esta buena noticia que nos traes. Y Jesús continúa: Vamos a ver ¿Tú sabes lo que es un Reino? Bueno, un Reino pues será un Rey. Bueno, un Rey, ¿verdad? un Reino y un Rey ¿qué más cosas hay? Hombre, pues en el Reino tendrá que haber un pueblo, una tierra, el Rey reina en un pueblo y en una tierra... ¿Qué más cosas hay? Bueno, pues, normalmente, los reyes tienen siempre alguien que hacen sus veces, alguien que los representa. ¿Ya lo tenemos todo? Hay que imaginarse la evangelización así ¿ya tenemos todo? A pues bien, el Rey, el pueblo, la tierra. Además del Rey, el pueblo y la tierra; luego el Rey es el que lleva el asunto ¿no? el Reinado y el que hace las veces del Rey. ¿Lo habéis entendido? ¿Qué quieres decirnos? Pues mirad yo os digo, que el Padre os ama, que El es el Señor y que se ha propuesto daros su misericordia y su perdón. Está amaneciendo la aurora de la gracia y de la misericordia entrañable y este Rey no le llaméis ya mas Rey ¿eh?, llamadle Padre, como le llamo yo.

Os voy a enseñar la palabra, y os la digo tal como se la digo yo en confianza antes de amanecer, en mi propia lengua, en la lengua de mi pueblo, en arameo, os la digo ¡Abbá! La tenéis que aprender porque además os la voy a regalar y la diremos juntos. Al Rey ya no llaméis rey, es el Padre, que os ama; bueno, la prueba de que os ama es que me ha mandado a mí, que soy su Hijo. No sé si lo sabéis, el Espíritu del Señor me ha ungido, me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, a arrancar las cadenas de los oprimidos, a dar vista a los ciegos, a sacar de la cárcel a los encarcelados ¿Cuando habéis visto vosotros aquello que se dice en la Escritura del año de gracia, que era cuando tiraba la gente las paredes y arrancaban las cadenas y los criados se marchaban a su casa? Eso es lo que vamos a hacer ahora ¿sabéis? Como la palma de la mano será la tierra, sin cadenas, ni alambradas, ni paredes, como la palma de la mano, y todos nos sentiremos en corro y los pobres ocuparán el primer lugar del servicio. Esto es lo que quiero decir cuando digo que ha llegado el Reino.

2.1 - Desde la contemplación

Podíamos ya empezarlo ¿sabéis? porque como el Reino es un regalo, no se conquista con la mano como hacen los guerrilleros en las montañas y tampoco como hacen los letrados en sus observadas. El Reino es un regalo y el regalo soy Yo, pues si os parece vamos a decir juntos el Padrenuestro. Abbá, Padre. Bien, añadir nuestro ¡eh! porque no es mío ni tuyo, es nuestro ¡Abbá, Padre! glorifica tu nombre, muéstrate como Padre, haz aparecer tu ternura y reúne en torno a ti, a tus hijos, dispersos por el mundo, y haz de la tierra la mesa común donde los pobres sean los primeros. Añadid, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea, te doy las gracias. Hágase tu voluntad. Bueno, ya os explicaré mañana los otros detalles.

2.2 - En la plaza del pueblo

Entonces está Jesús allí, con el corro, en unión con aquel que se ha pegado a él, el grupillo de los Doce, que no saben aquello qué es, y en este mismo momento por la

calle del pueblo viene una señora con pañuelo y un grupito de gente dice: La madre, María, la de Nazaret. Y dice un señor, una señora. ¡Que está aquí tu madre! y tus hermanos. Jesús la mira con cariño y dice: ¿Mi madre? ¿Mis hermanos? ¡Si sois vosotros! ¡Ah! ¿No habíais caído en la cuenta que el Reino además de ser hijos nos hace hermanos? ¿No habíais caído en la cuenta? pues esto era el misterio. El Hijo del Padre, se ha hecho hermano y el Unigénito se ha convertido en Primogénito. ¡Ah! ¿No lo sabíais? Este es el secreto del Reino. El misterio de la Filiación, convertido en fraternidad. A mi Madre la quiero mucho, es Madre mía, más que porque me trajo al mundo, porque como pobre me entregó a la voluntad del Padre celestial. Por eso me concibió en sus entrañas. Dichosos aquellos que escuchan la Palabra y la cumplen. Mis hermanos sois vosotros, ya sabéis y todo aquel que se entrega a este proyecto del Padre es mi hermano y mi hermana y mi madre.

Tenemos que desempolvar los evangelios sinópticos si queremos ser misioneros de nuevo en este Pentecostés de la Iglesia.

Entonces, ya hemos hecho camino, hemos tenido dos grandes experiencias: La primera experiencia es: El camino se abre desde la misericordia entrañable del Padre, desde la contemplación, desde la acogida absoluta de la gracia; sin eso no hay camino, ¿se entiende? no hay camino apostólico. Esa ha sido la primera experiencia que hemos tenido, un poco digamos desde la negatividad, nosotros no estábamos allí, no nos habíamos levantado, pero, bueno, es igual. El empezó el camino. Luego hemos tenido otra gran experiencia, cuando estábamos en la plaza del pueblo, y es que el que veíamos como Hijo Único, vuelto a las entrañas del Padre, le hemos visto, vuelto a nosotros lleno de ternura y de fidelidad iniciando el Reino. Y ¿qué es el Reino? El Reino es que el Padre de las misericordias por mano de su Hijo amado, está reuniendo una inmensa familia de hijos dispersos por el mundo y está convirtiendo la tierra en una mesa compartida donde los pobres no solamente sean los primeros servidos, sino los primeros servidores.

2.3 - En la mesa con los pecadores

¿Qué? Ha terminado nuestra evangelización de la mañana y llega la hora de comer. ¿Qué hacemos ahora? Y dice Jesús: Bueno, en todos los pueblos hay ovejas negras, seguro que habrá aquí en este pueblo donde estamos algunas ovejas negras ¿quiénes son? Pero ahí nadie dice nada ¿Cómo va a decir en la plaza quien son esas ovejas negras? Lo estoy adivinando. ¿No hay por aquí recaudadores de contribución? ¡Ah! sí, claro ¿Quién son? Pues aquellos cuatro paisanos que no tienen trabajo, tienen muchos hijos, vinieron por aquí los romanos diciendo que tenían que sacar dineros del pueblo y se prestaron a ser correas de transmisión de los imperialistas de turno, y los tenemos un asco todo el mundo, que no los podemos ni ver, ni siquiera saludamos a sus hijos. Pues allí es donde yo me voy a ir a comer. Se quedaron la gente, los apóstoles. ¿Qué me voy a comer! ¿En dónde están? ¿Dónde viven? Vamos a ver. Pero, claro, pero si el Reinado es la aurora del perdón y de la gracia. ¿Cómo lo vamos a expresar mejor que comiendo con los pecadores, con los ladrones, con las prostitutas, con las mujeres de mala vida? Entonces Marcos, que está haciendo su catequesis -estoy siguiendo a Mc.- "Y sucedió que estando El a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que le seguían".

Este es el escándalo pre-pascual, el escándalo de los caminos. Jesús ha dado dos grandes escándalos a los hombres: uno antes de padecer, sentándose a comer con los

ladrones, con las prostitutas, con los pecadores y otro cuando cayó muerto en el madero aceptando la muerte de los criminales. Esos dos grandes escándalos son escándalos que no nos caben a nosotros ni en los ojos ni en el corazón. Pues precisamente ahí es donde aparecen los signos del Reino. La mesa con los pecadores donde la misericordia se manifiesta y el caer muerto como un pecador, como un criminal, como un esclavo crucificado, como un abandonado de Dios.

Nosotros teníamos un Evangelio como un poco más de bolsillo y nos parecía bueno ir a un pueblo, como cura, pues que no teníamos así muchas cosas que hacer, decíamos la Misa y luego ¿qué hacemos? no teníamos nada que hacer, no nos hacíamos más preguntas, pero El ha terminado su predicación y se ha marchado a comer con los publicanos.

Jesús, era un hermano y un amigo, pero en la palabra "amigo" es una palabra que en la tradición evangélica, la gente dice que era amigo solamente de dos clases de personas: "Este es amigo de los pecadores" sí, de esos publicanos que eran pobres y además de ser pobres son colaboracionistas, son ladrones, están robando y se están dejando robar, o sea son más pobres todavía que los que están por ahí sacando agua con las norias, y tan pobres casi como este paralítico que esta aquí, en la plaza. ¡Pues vamos ahí a comer!

Bueno, la experiencia es indecible, porque aquellos pobres publicanos que tenían fama de ladrones, que nadie los miraba, se sienten queridos por vez primera, se sienten llenos de alegría de que Jesús esté ahí con ellos, experimentan lo que es el Reino porque el Reino es la mesa, la fraternidad, los pobres a la cabecera de la mesa, y sienten la alegría de romper con su vida definitiva y dar lo que tienen si es necesario a los pobres y si alguien ha robado devolverle cuatro veces más. Al terminar la conversación de la comida, Jesús dice; verdaderamente ha llegado la salvación a esta casa.

2.4 - Con los funcionarios del pueblo

Claro, cuando Jesús sale de comer del pueblecito, va por una calle y allí le están esperando los funcionarios del pueblo, van a una confrontación. Los funcionarios del pueblo son letrados, que han hecho una carrera que incluye todas las carreras, que es la carrera de la Sagrada Escritura, donde se aprende Geografía, Historia, Lengua, Moral y sobre todo se aprenden dos cosas: Derecho y Teología, para poder ser los directores de espíritu del pueblo. Si además está el grupo fraternal de los fariseos, con el intento espiritual de llevar al pueblo la santidad sacerdotal, pues más apasionados que son todavía. Entonces allí mismo, en el pueblo, en una solana, hay una confrontación, los discípulos estás acostumbrados a estas confrontaciones. El camino de Jesús por los pueblecillos es un camino conflictivo y mañana veremos cómo el anuncio de la misericordia y la realización de la misericordia le lleva a dos años y medio de camino misionero, al madero de la Cruz.

Esta confrontación con el grupillo de funcionarios del pueblo, está recogida en el Cáp. 15 del Evangelio de S. Lucas. En el capítulo 15 del Evangelio de S. Lc se ve perfectamente esta confrontación que se explica después con las parábolas de la Misericordia. Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a El para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: "Este acoge a los pecadores y come con ellos". Entonces Jesús les dijo una parábola, la parábola del Reino, la gran parábola. La parábola, no del hijo pródigo sino del Padre de la inmensa misericordia.

Le parábolas son palabras dichas casi siempre en conflicto, los conflictos que llevan consigo la misericordia entrañable, en un mundo que no tiene entrañas. Derramar la misericordia entrañable en un mundo que no tiene entrañas es hacer una incursión espiritual, espiritualista, abstracta, sobre el cosmos y sus poderes, sino es entrar a la espesura de la historia que solo se entra, no desde el poder y desde la confrontación del poder, sino de la misericordia entrañable que desestabiliza cualquier forma de poder.

2.5 - Para derramar la misericordia del Padre

Este texto admirable de Lc 15, que es la parábola de las parábolas, la parábola del Padre de las misericordias, es la parábola central que aparece el padre, aparece la mesa, aparece la familia en torno, y aparece el retorno, aparece el hermano vencido por la misericordia. Bien, Jesús que tiene larga experiencia sapiencial de la Escritura, se lo cuenta. Ya veréis, nosotros en verdad somos hijos del Padre, pero hemos querido hacer la vida por nuestra cuenta, hemos roto con el Padre, hemos roto con los hermanos, y nos hemos marchado de casa. En el fondo, todos nosotros estamos en la confrontación, con los fariseos, todos nosotros somos extraños a la casa, nos hemos marchado de casa, éramos hijos y somos esclavos, éramos hermanos y somos enemigos, y así vamos gastando nuestra vida, dice el texto griego: "perdiendo nuestro ser". Se marchó a un país lejano donde gastó su "ser" viviendo perdidamente. Pero en el fondo, todos nosotros somos esclavos y somos enemigos, tenemos una enorme añoranza del hogar. Somos huérfanos. Padecemos una profunda orfandad. Nos falta un padre, nos faltan unos hermanos, nos falta una casa. ¿No lo notáis vosotros que nos falta? Pues este chaval que se fue de casa por ahí, por los puertos del imperio romano a gastar lo poco que tenía y a vivir perdidamente, cuando regresó aquí a este Corazaín, a este pueblecito cerca del lago, y cuando esperaba que su padre iba a castigarle, su padre, que había salido a la puerta del pueblo día tras día esperando. Bueno, cuando el chaval vino, ya tenía muy aprendida la lección y quería pedirle perdón, y el padre le cortó y le dijo: "no me digas que no eres mi hijo" ni que te admita como esclavo. Y aparece el texto 15,20 "se le conmovieron las entrañas" el padre se echó a correr. Es impensable para un anciano oriental echarse a correr, porque pierde su dignidad, porque pierde su equilibrio, porque sale fuera del comportamiento social; se le conmovieron las entrañas, se abrazó a su cuello y le cubrió de besos.

Pues esto es el Reino ¿sabéis? Yo a eso he venido, así que procurad dejaos ganar por la misericordia. Abrid el corazón a la misericordia, que no sois esclavos que sois hijos, que no sois enemigos que sois hermanos. Por eso el Padre, al volver, le dio a aquel chaval lo que dan los padres a sus hijos, unas sandalias porque los criados que están en casa van descalzos, los hijos en cambio tienen sandalias y un anillo con su apellido como señal de la herencia. Había vuelto a la casa, había vuelto a la herencia, había vuelto a la mesa, y por eso se puso el vestido de fiesta. Estamos de fiesta, ¿a quién se le ocurre estar triste esta mañana que amanece el Reino? Estamos en una fiesta de bodas, ¿no habéis visto vosotros en la boda de los pueblos que van pidiendo mesas para hacer una mesa grande y se reúnen todos, la familia entera? ¡No se os ocurra llegar a lo mejor tarde! Llegaréis, pero ¡celebrad fiesta!

Creíamos que la humanidad, estaba perdida, pero la misericordia del Padre la ha devuelto la vida. Creíamos que la tierra para siempre iba a ser un campo de guerra donde los hombres se hundirían en la fosa de la muerte y resulta que la misericordia entrañable del Padre la va a convertir en mesa y el pedernal será convirtió en

manantiales de agua, y la estepa en un jardín, y la misericordia conducirá a los cielos por un camino que no conocemos. Estas confrontaciones de Jesús con los hombres que se han apropiado de la alianza, eran creyentes, teólogos, juristas, educadores del pueblo que se habían apropiado la alianza y que no concebían, que la alianza más que apropiarse nosotros del Señor, era ser tomados de la mano por El.

Naturalmente, nosotros estamos un poco perplejos ¿verdad? No sabemos ni qué decir, pero algo nos queda en el corazón: que este Jesús, que vimos esta mañana al amanecer rezando como Hijo amado del Padre, que lo hemos visto entrar a los pueblecitos sintiendo en sus entrañas las angustias y las esperanzas de los hombres, se ha convertido de golpe en el rostro vivo del Padre de las misericordias, en las manos extendidas del Padre de las misericordias. El es el rostro del Padre. "El que me ha visto a mí, ha visto a mi Padre". Extendió los brazos en la cruz y así adquirió para sí un pueblo santo. "Venid a Mí los que estáis cansados y agobiados que Yo os aliviaré, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis vuestro descanso, porque nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre más que el Hijo, y a quien el Hijo se lo da a conocer".

¡Admirable! Una jornada con Jesús es verdaderamente gozosa y sorprendente. Se diferencian mucho nuestras jornadas pastorales, aburridas, en las cuales pues si, estamos administrando los misterios y proclamando la Palabra, pero..., a lo mejor lo que nos faltaba era la unción de la misericordia, donde el ministerio apostólico adquiere todo su vigor y su transparencia.

3.- EN BUSCA DE LOS SERVIDORES

Bien, pero todavía nos queda un trozo, un trozo por la tarde. Ya hemos tenido esta confrontación fuerte hasta mitad de la tarde, y ahora ¿qué hacemos? Dice Jesús: ¿Dejará de haber en este pueblo ancianos, caldos, minusválidos, ciegos, cojos, paralíticos? Dice la gente: ¡Claro que los hay! y además a esos no los quiere nadie; a los paralíticos y a los minusválidos los padres no los sacan de las cocinas, les da vergüenza sacarlos a la calle, y a los leprosos les han echado al cementerio y están ahí, detrás, fuera del pueblo. Y dice Jesús: ¡Pues esos son nuestros hermanos! Allá tenemos que ir, allá. Tenemos que ir porque en esta mesa que estamos preparando, en esta gran familia que estamos reuniendo, nos faltan precisamente los servidores, alguien tiene que servir a la mesa, alguien tiene que tener este puesto tan grande, tan admirable, del servicio, y eso ese puesto del servicio, de partir el pan a la mesa, se lo vamos a reservar a lo que es la basura del mundo, a lo que no vale, a lo que no es, porque no se si os habéis dado cuenta que lo que tenemos entre manos no es cambiar sólo el corazón del hombre; si tuviéramos sólo que cambiar el corazón del hombre, eso sería fácil, sino es cambiar la humanidad misma y la tierra, y para cambiar la tierra hay que levantar al pobre de la basura y sentarlo donde se sientan los príncipes del pueblo.

Por tanto, nos vamos a dedicar toda la tarde, la mayor parte de la jornada, a ellos, porque sabéis que nuestra jornada se divide entre predicación y signos, palabra y obra. Palabra que se hace obra, y obra que se convierte en Evangelio.

Tenemos que ir allá. Bueno, la señal de que el Padre me ha enviado ya la sabéis, ya os lo dije, y os lo habla dicho el otro día también si os acordáis, en la sinagoga de Nazaret, cuando vimos mi pueblecito y casi me echa de allí la gente a pedradas: bueno, luego, al final, no me echaron, pero ellos querían que yo fuera el que les sacara las

castañas del fuego del pueblecillo, cuando yo les dije que yo había venido para anunciar el Evangelio a los pobres, hasta los mismos pobres querían cogermé a mí para sus cosas y les pareció mal.

Bueno, en realidad, pobres sois todos ¿sabéis? Pobres son también estos fariseos que estaban aquí, con los que hoy hemos tenido esa pelea: también son pobres y bien pobres que son.

Pero son más pobres estos que están aquí de pastores en el campo ¿eh? Son mucho más, pero mucho mas pobres todavía son aquellos paralíticos, y aquella viejecita que está ciega, y aquellos leprosos que están en el cementerio. La señal de que el Padre me ha enviado, no solamente es que nos reunimos como familia de hermanos en torno a una mesa, sino que los pobres ocupen el primer lugar del servicio.

Mirad, os voy a contar una historia -dice Jesús- que me pasó el otro día. No estabais aquí todos vosotros ¿sabéis? Estábamos nada más unos cuantos y cuando estábamos reunidos unos cuantos, vienen dos o tres chicos jóvenes a hablarnos. ¿Quiénes sois? Y dicen: Somos amigos del Bautista, que lo han metido en la cárcel, y, bueno, le van a matar, y entonces ¿sabéis lo que nos ha dicho el Bautista? Que vengamos a preguntarte si eres Tu el que tenía que venir, el que estábamos esperando en realidad o tenemos que esperar a otro. Y yo les dije: Pues id a Juan y decid lo que habéis visto y oído, los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les entrega el Evangelio. Dichoso de aquél que al encontrarme a Mí en el camino de los pobres con el amor preferente a los pequeños del mundo, no tropieza en Mí. Dichoso de aquél que al verme vuelto amorosamente a los basureros de la historia, no tropieza en Mí y no se escandaliza de Mí. Porque no lo dudéis -continúa diciendo Jesús- que el Reino de los Cielos se parece a la mesa que estábamos diciendo ¿sabéis? A esta mesa estamos invitados todos, también los ricos, claro que sí porque son muy pobres. No os extrañéis si a lo mejor cuando los invitáis alguna vez dicen que no tienen tiempo, a lo mejor han comprado alguna finca o tienen que ir de viaje de novios. No os extrañéis, pero seguramente que a las afueras están esperando los pobres. Id, pues, a las afueras de los caminos, a las encrucijadas de los caminos y a los pobres, los ciegos, los paralíticos, a los leprosos ¡traedlos a la mesa! para que ocupen el primer lugar del servicio.

Ante los ojos de los discípulos de Jesús, este Jesús Hijo amado del Padre, pobre peregrino de los caminos, que habían visto sentado a la mesa como hermano de todos, le ven ahora yendo a buscar a los pobres para que vengan a servir a la mesa, apareciendo al tiempo como hermano de los pobres. Hermano de todos y hermano de los pobres, para ser hermano de todos.

Los pobres mismos, cuando Jesús iba a verlos por la tarde, se llevaban una sorpresa. Creían que era un curandero y de vez en cuando le gritaban: "Jesús, Hijo de David ¡ten compasión de mí!" ¿Qué quieres? Y decía el ciegucecito: Yo quiero ver. Oye, pero ¿no te has dado cuenta? ¿Tú estás ciego? Si, yo estoy ciego. Dice Jesús: pero también tienes ciegos los ojos del corazón ¿sabes? La ceguera que tenemos que abrir es mucho más honda: primero los ojos del corazón y luego los de la cara... Y tú que estás aquí, paralítico, seguro que tienes que movilizar el corazón primero, luego te pones a saltar. ¿O crees tú que esto era como los curanderos, que a uno le curan la herida y se va a su agujero a hacer su vida para sus intereses? ¡Que no! Que lo que estamos haciendo aquí

al curar las heridas, es inaugurando una humanidad nueva, una humanidad curada de dentro a fuera, por tanto, vosotros que estáis aquí, tú que eres ciego y tú que estabas en la silla de rueda ¡no se os ocurra volver a casa esta noche! tenéis que venir con nosotros a la cuadrilla de los Doce. ¡Hombre! ¿Por qué no venís? Claro, se trata de hacer camino con nosotros. ¡Venid! Hacemos camino y nos sentamos a la mesa. Porque en el Reino -a lo mejor estáis equivocados ¿verdad?-. Cuando yo decía que teníamos que pasar de la esclavitud a la libertad, igual creíais que teníamos que pasar pues, de ser esclavos a ser dueños de nosotros mismos. ¡Qué barbaridad! ¿Vosotros creéis que la libertad es ser dueño de uno mismo? ¡Que no! Lo que nosotros tenemos entre manos no es pasar de la esclavitud a la autonomía, sino de la servidumbre al servicio, o mejor dicho, al servicio en la forma de servidumbre. Que yo no he venido para que me sirvan, sino para servir. He dado mi vida en rescate por muchos.

La jornada esta a punto de terminar y en la pequeña casucha donde Jesús se hospeda, pues ya, cuando llegan ellos allá a la casa, ya no pueden entrar en casa: "Al atardecer, a la puesta del sol (Mc. 1,32) le trajeron todos los enfermos y los endemoniados, la ciudad entera estaba agolpada a la puerta. Aún no hemos pasado la crisis de Galilea. Ya la pasaremos mañana ¿verdad? mañana hacemos camino después de la crisis. Lo que está claro es una cosa, es que hemos tenido un apocalipsis, una revelación. Es el camino el que nos le revela: sólo digo mi canción a aquél que conmigo va. Es el seguimiento el que nos le revela.

¿Por qué nosotros, ungidos como estamos por el bautismo y el orden sacerdotal, aún no hemos descubierto enteramente la claridad de su rostro? Porque no nos hemos hecho todavía el camino con El. Es el camino el que nos le revela. Y el camino es El y sus huellas, porque no recorre el camino porque es Galilea, sino que es Galilea porque recorre el camino. Cualquier pueblecito, un barrio de la ciudad, el mismo corazón de la ciudad, se puede convertir en Galilea, con tal que sea El, el que va delante reuniendo la familia de hermanos, preparando la mesa del Reino y poniendo a los pobres a la cabecera de la mesa.

4.- EL TRUCO PARA EL SEGUIMIENTO

Esta pequeña jornada es un intento de aproximar la vida apostólica, a partir del texto de Mc a nuestro corazón, es como una llamada. En los Ejercicios de Ignacio, esta meditación -que se llama la meditación del Reino, del rey temporal, para descubrir al Rey eternal- es una meditación claramente apostólica, es una meditación de llamada.

Cuando nosotros recibimos la primera llamada en el Lago, casi ni sabíamos lo que íbamos a hacer. Ahora, después de esta jornada que hemos hecho y de muchas jornadas así, cuando llega la noche, que cae la tarde y nos estamos con Jesús a la mesa a partir el pan y la copa, entonces nuestra vocación apostólica se aviva, se recrea, se ahonda. El ¡Ven! ¡Sígueme! ¡Conmigo!" se ahonda en nuestro corazón. No terminamos el día como una especie de funcionario que ha terminado sus funciones y se retira a sus devociones particulares, a disfrutar de sus hobbies y de su soledad, sino que estamos en el corazón de la tierra y de la historia, con el pueblo y el mundo sobre nuestras espaldas, desbordados por la misericordia, porque tenemos al Primogénito con nosotros que nos dice: ¿Queréis hacer camino conmigo? ¿Queréis venir mañana?

Dice Ignacio: Bueno, después de escuchar esto "todos los que tuvieren juicio y razón, ofrecerán todas sus personas al trabajo". Después de haber hecho el camino con

Jesús llega la noche y uno dice: ¡Señor! cuenta conmigo para mañana, esto es mucho más fuerte de lo que yo me había imaginado, yo pensé que ser cura era otra cosa. ¡Cuenta conmigo! Estoy un poco desconcertado, estoy acobardado, seguramente cuando me vaya esta noche al saco de paja no podré dormir, no sé si te podré acompañar muchos días o a lo mejor me voy -es posible que me vaya- pero me quiero confiar a tu misericordia. Yo he llegado a la conclusión hoy, de que no valgo, pero la seducción del camino que Tú tienes entre manos me mantiene firme a tu lado: Estate seguro que no valgo, pero te ofrezco mi persona y mi trabajo.

Continúa diciendo Ignacio: Bueno, puede ser verdad que a la jornada siguiente o a la otra no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, sino que dirán: Pues rompo con mi vida fácil, con mi vida de consumo, con mis espacios de evasión, rompo con mi seguridad económica, con mi acumulación de dinero, con mis viajes, más aún, haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento, diciendo: Es mi determinada determinación, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado. Señor, si me llamas para ser apóstol tuyo, sé Tú mismo mi fuerza y mi esperanza, mi camino. Se Tú mi libre libertad, si es que me quieres en tal estado y misión y haz que rompa con esta red en la que estoy metido, y además que rompa con alegría. Voy a dejarme de mirar a mi mismo y voy a poner los ojos en Ti y seguro que en la jornada siguiente, cuando lleguemos a Betsaida, igual empiece otra vez a andar mal, pero un día a lo mejor seré mensajero de tu Evangelio.

Tal vez lo presbíteros tengamos a los textos de la tradición apostólica, pero no para sacar la impresión que a veces tenemos de que el camino de Jesús resulta tan vivo, tan inalcanzable que nos quedamos un poco como diciendo: pero, bueno, ¿cómo vamos a hacer nosotros ese camino de Galilea de pueblo en pueblo? ¿Cómo es posible? Y que a nosotros cuando el Evangelio se anuncia (esto yo quería decirlo al terminar la meditación) cuando el Evangelio se anuncia y sacamos la sensación de impotencia, es muy bueno. Siempre que Jesús se acerca a un discípulo, al llamarle, dice: ¡No es posible! Lo dijo María: ¡No es posible! ¿Cómo? Pero después de esta sensación de incapacidad, uno tiene que hacer un truco. Y ¿cuál es ese truco? Dejar de mirarse a si mismo, a su debilidad, a su impotencia, y poner los ojos en el Señor de lo imposible.

Este ejercicio no le podíamos hacer esta mañana después de leer los textos sinópticos y vernos a nosotros pobrecillos perdidos, en nuestro ministerio apostólico, y decimos:

"Señor, tú eres grande, tu fuerza es invencible:
cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas,
su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo;
Tú sólo eres santo, Té solo Señor, Tú solo Altísimo Jesucristo;
haz brillar tu rostro sobre nosotros;
dichosos los que encuentran en Ti su fuerza al preparar su peregrinación;
cuando atraviesan áridos valles, Tú los conviertes en oasis
como si la lluvia temprana los cubriera de bendiciones."

Nosotros, en este tránsito de la Iglesia del Vaticano II, tenemos que hacernos a esta nueva salida llenos de gozo y de alegría, y cuando nos sintamos pequeños, dejarse de mirar a uno mismo; cuando se sienta uno pecador, confiar enloquecidamente. Cuando

sienta uno que la tierra debajo de los pies no se sostiene, canta el salmo:

"Protégeme, Dios mío, me refugio en Ti.
Tú eres mi refugio, mi fortaleza, mi ciudad, mi todo."

¿COMO, SI NO, VAMOS A NACER FRENTE A ESTE EXODO DE UNA
SOCIEDAD TAN ESPESA Y DE UNA IGLESIA QUE NECESITA UN NUEVO
CAMINO APOSTOLICO?

TEMA - 7º

EN LAS HUELLAS DEL HIJO HERMANADO

“BUSQUEDA”

A la hora de exponer los nuevos caminos del seguimiento apostólico de Jesús, nos encontramos en una búsqueda. Que el Señor nos ayude con su Espíritu Santo a buscar por dónde va la senda, por dónde hemos de seguir avanzando.

Bien ¿no podríamos hacer hoy en la Iglesia, en el corazón de la Iglesia, en el mismo sacerdocio secular, en la misma entraña de las comunidades, el camino apostólico de Jesús que esta mañana cantábamos y anunciábamos? Claro que podremos, porque El nos ha ungido con su mismo Espíritu y nos ha consagrado y nos ha enviado en su misma misión.

La pregunta es que esto parece imposible. ¿Cómo podemos nosotros reunir hoy la Iglesia como familia de hermanos y convertir a su vez, hacer que la Iglesia se convierta en el fermento y en el alma del mundo hasta que el mundo se transforme en una fraternidad para alabanza de gloria del Padre?

Yo en principio pondría para empezar y partir un poco de nuestra misma vida (a lo mejor este punto de partida no es correcto o es excesivo, pero yo lo voy a decir, a la espera de que a la noche lo completemos).

1.- UN TESORO EN VASIJAS DE BARRO

Yo iniciaría la reflexión, la búsqueda, citando al Apóstol: "El tesoro, en realidad, lo llevamos en vasijas de barro" Nuestra existencia apostólica es un gran tesoro, el carisma mayor que el Señor regala a su Iglesia, pero que llevamos en vasijas de barro, de un barro quebradizo. A nosotros pues, muchas veces nos ocurre, la verdad es que cuando estamos en un pueblo o en una ciudad, tenemos Eucaristía, tenemos Misterio Pascual, pero no tenemos Comunidad, parece como que no tenemos comunidad. Y, entonces, nuestro sacerdocio se debate en una gran alternativa que nos rompe profundamente, una alternativa que, oyéndonos unos a otros, se precisa muy bien cuál es. Por una parte, parece que somos funcionarios de los Sacramentos, un funcionario sacramental. A veces decimos: ¿Y qué voy a hacer yo si tengo cuatro Misas los domingos, si no hago más que celebrar los Sacramentos, pero no pasa nada, porque la gente no busca en realidad el encuentro con Jesús, sino que toma el Sacramento como un camino para la relevancia social o para la ocasión social?

Uno se encuentra a veces como roto interiormente por esto que llamarnos el funcionariado sacramental. Y los hermanos que han intentado apartarse del funcionariado sacramental para meterse en el mundo con la gente y trabajar con ellos, pues están, a su vez, tentados de otra alternativa al sacerdocio, que es la asistencia social en sus distintas formas: unas veces en plan de directividad en los procesos educativos, otra vez en una cierta forma de liderazgo histórico, socio-político incluso, otras veces aunque solo sea realizando las fiestas del pueblo o el folklore, que la gente lo pase bien, que pasemos el día... Entonces, hoy por hoy, nos encontramos con una realidad difícil en el sacerdocio, porque nos movemos un poco en estas coordenadas: muchas veces tenemos el funcionariado sacramental, y por otra parte nos ocurre que recaemos en la asistencia social en sus distintas formas. Por eso, cuando decimos: volver a la vida

apostólica de los primeros apóstoles, pues sucede que nuestro corazón se pregunta: ¿será posible?

Ya decíamos el otro día, que en la Iglesia ha habido siempre como dos gestos sacerdotales: uno el litúrgico y otro el misionero, es decir, el sacerdote como liturgo y el sacerdote como pastor; pero es que lo que resulta de esto no es ni una cosa ni otra. Porque si fuéramos verdaderamente liturgos, religiosos de Dios, hombres consagrados a la contemplación y a la Eucaristía, ya lo creo que eso sería fuerza y vigor para la misión apostólica. O si fuéramos verdaderamente pastor y misionero, claro que recaeríamos de nuevo en la Eucaristía como la necesidad de la fuente para la vida que no termina nunca.

El problema es que nos encontramos en una vivencia sacerdotal periférica, bastante funcional, en una Iglesia que nos resulta como difícil, poco habitable al parecer por su estructuración, en un mundo que no necesita nuestro servicio. El Evangelio parece como que no interesa. Bueno, si, algunas necesidades espirituales podemos satisfacerle con ocasión de sus procesos históricos que legitimen su puesto o tareas sociales... Y la pregunta es: ¿podremos vivir el camino de la jornada apostólica de Jesús que esta mañana proclamábamos? Claro que sí, y es fácil, porque el Señor está con nosotros, está delante de nosotros, está detrás de nosotros. El es en realidad el Apóstol.

2.- ¿QUE ES SER CURA, HOY?

Bien, entonces podríamos dar un paso siguiendo -esto es un planteamiento que después esta noche podríamos recoger- con alegría y sinceridad, podríamos dar otro paso y decir: Bueno, en realidad, decíamos que llevábamos un tesoro en vasijas de barro: el barro, y lo sabemos, lo experimentamos todos los días, y a veces nos produce dolor y una cierta frustración y hasta angustia, que hay días que cuando llega el domingo por la tarde pasamos angustia. Pero ese tesoro que está ahí ¿cuál es? ¿Qué es ser cura, hoy? Ya decíamos que el Concilio ha dado una respuesta admirable y ha dicho: el sacerdocio es el carisma apostólico de los Doce, la participación en el carisma apostólico de los Doce. Lo que a nosotros en realidad nos constituye, es el carisma apostólico. Somos Apóstoles, ese es el nombre propio nuestro.

Bien, entonces, la pregunta que nos hacemos, en realidad es: ¿Qué es ser Apóstol? Bien, para responder a esta pregunta ¿qué es ser Apóstol del grupo de los Doce? como es un servicio, un carisma para un servicio en la fraternidad de Jesús, pues no podemos responder en directo, qué es el carisma apostólico, sino contemplamos a Jesús, la fraternidad de hermanos en torno a El y el camino de la fraternidad hacia el Reino. Por tanto, para saber qué es ser Apóstol, hemos primero de saber que es la fraternidad de Jesús donde nuestro servicio viene supuesto.

Insistentemente, en nuestros encuentros venimos diciendo que la experiencia originaria de la comunidad de Jesús, de la Iglesia, es la experiencia de la familia, de la fraternidad, hasta tal punto que la Constitución LG ha expresado el Misterio de la Iglesia en 1,4 tomando el himno eclesial de Ef 1,3-14, que el otro día proclamábamos. Es una experiencia familiar, la experiencia originaria de la Iglesia, es una experiencia familiar. Hay un Padre, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la misericordia, de las entrañas de misericordia, que por ser Padre de El, es Padre nuestro. A la cabecera de la mesa, a mano derecha está Jesús, su Hijo amado, el Hijo de su amor, el Hijo entregado por nosotros, y por eso le llamamos Cristo, y puesto a la cabeza de

nosotros, y por eso le llamamos Señor. A la derecha del Padre y a la cabeza nuestra. Este abrazo de amor que el Padre ha dado a Jesús, esas entrañas de misericordia que el Padre ha dado a Jesús, Jesús ha extendido los brazos -como veíamos esta mañana- y nos ha entrañado a nosotros en ellos. ¿Cuál es ese abrazo de amor entrañable que nos ha entrañado Jesús? El Espíritu del Amor, el Espíritu Santo.

Claro, es como un inmenso abrazo de amor entrañable, que nos entraña en Jesús, es el Espíritu del Amor, el Espíritu del Padre y del Hijo, que nos hace ser hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano. Con lo cual, en torno a la mesa donde partimos el Pan y la Copa, donde el Hijo, en representación del Padre, se entrega a sí mismo con todo su amor, en el Pan que partimos, en la Copa que bebemos, pues en torno a esa mesa todos nosotros somos hijos, incorporados al Hijo, y todos nosotros somos hermanos. Ya no hay judío, ni griego, ni libre, ni esclavo, ni hombre, ni mujer, porque somos uno, una persona en Cristo, de tal forma que esta experiencia, este misterio de la Iglesia que acabamos aquí de dibujar, es la profundidad, la experiencia originaria del misterio de la Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, templo del Espíritu. Es una comunión familiar de la familia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Fraternidad unida en el amor que el Padre nos ha regalado por su Hijo en la unidad del Espíritu Santo.

En este sentido, todos los hermanos pequeños que nos reunimos en torno a la mesa, todos somos radicalmente iguales. Somos hijos y somos hermanos, radicalmente iguales. Esta condición de los hijos, de los hermanos radicalmente iguales; esta participación en la filiación y en la fraternidad de Jesús que lleva consigo la participación en su misión profética, sacerdotal y real de toda la familia de hermanos, hace que todos los que estén a la mesa son sacerdotes que participan del Hijo, Eterno y Sumo Sacerdote, Jesucristo.

El otro día, cuando hablamos del sacerdocio ministerial, uno de nosotros dijo: ¿Y no tendríamos que plantearnos el sacerdocio común?

El otro día comentábamos en la mesa de comer: pero ¿qué es el cura hoy? si a veces un seglar trabaja muchísimo más en plan apostólico que nosotros. Entonces, ¿qué es el cura? y ¿para qué es el cura? y... Si es que a veces uno ha perdido un poquillo la pista y casi no sabe lo que es. Claro, en ese sentido nuestra contemplación del carisma sacerdotal tiene que ir al centro de nuestro propio misterio, que es nada menos que el misterio de Cristo como Hijo enviado y entregado del Padre. Es ahí donde vamos a permanecer un momento esta tarde antes de responder a la pregunta, brevemente, cómo es hoy el camino de Galilea en nuestra tierra y en nuestro mundo.

Bien, pues en el grupo de los hermanos hay un hermano, un pequeño grupo de hermanos, que es el grupo de los Doce. Hay, sentados a la mesa: el discípulo amado delante de Jesús, hay un pequeño grupo de hermanos -el grupo de los Doce, los apóstoles-. ¿Cuál es en realidad su propio ser? El NT ha expresado con mucha profundidad lo que es el carisma apostólico y ha dicho: Este grupo de los Doce es en primer lugar un grupo de testigos, que han visto con sus ojos y han palpado con sus manos al Verbo de la Vida. Precisamente, por ser testigos, son enviados, porque en la experiencia Pascual, en cuanto uno ve a Jesús resucitado, ese, es enviado a su misma misión. Diréis vosotros, pues ciertamente así son todos los hermanos que hay en torno a la mesa, testigos y enviados.

Pero el grupo de los Doce, además de ser testigos y enviados, es un grupo de "representantes" si por representantes entendemos no los que representan a Jesús, sino aquellos en los que Jesús se hace presente como Hermano Mayor, como Primogénito. Lo propio del carisma apostólico es la "representatio Christi" el prestarle a Jesús las manos y la palabra y los pies y las entrañas, para que El mismo, como Primogénito a la cabecera de la mesa, nos entregue la misericordia a todos los hermanos, la misericordia entrañable del Padre.

Lo más nuclear de la vocación sacerdotal y apostólica es "in persona Christi" sostenemos la Persona de Cristo. Es decir, el Señor, a través de nuestra voz entrega a los hermanos su Palabra, a través de nuestras manos entrega a los hermanos su Cuerpo, a través de nuestro servicio se une a los hermanos en la fraternidad, y por sus huellas en el Espíritu nos conduce hasta el Reino del Padre.

Esta condición de la "representatio Christi" del grupo de los Doce, es algo que alcanza nuestra vida, nuestros huesos y nuestro destino y nuestro futuro y nuestra misma muerte; y, en esa configuración con Cristo, hermano mayor y cabeza de la Iglesia, "representatio Christi, Capitis" es donde está la entraña de nuestra misión apostólica. Decía por eso LG haciendo las veces de Cristo Cabeza, Pastor, reúne a los hermanos en la fraternidad y por Cristo, en el Espíritu los conduce hacia el Reino del Padre.

3.- CONVOCAR LA COMUNIDAD DE JESUS

Bien, ya que hemos sido ungidos en su misma unción, consagrados en su misma consagración y enviados en su misma misión, ahora ya bajamos al camino, decimos: Yo, en un pueblecillo de la Sierra de León, y ¿qué hago? Digo la Misa, no tengo comunidad, tenemos los Sacramentos, doy un ratito de catecismo a los niños, voy a la escuela... ¿Realmente esto es la vida de los primeros apóstoles del Evangelio? Bien, yo, en aquellos pueblecillos de la Sierra de León, haciendo las veces de Cristo Cabeza y Pastor, hermano primogénito, tengo que reunir la comunidad de hermanos hasta que tenga un corazón y un alma, y luego, con ellos al lado y a la cabeza, haremos juntos, por la tierra y por la historia, el camino del seguimiento preparando la tierra nueva hasta que el Señor vuelva.

Bien, podríamos apuntar el cómo, para que nuestra oración de esta tarde y nuestro diálogo de la noche pudieran estar un poco más iluminados. Pues vamos a partir del mismo texto del Evangelio, de los mismos textos del Concilio, para sugerir algunas pistas. En primer lugar, vamos a hablar de que una vez que el Señor nos ha ungido y hemos sido enviados en la misma misión, hemos de convocar la comunidad de Jesús.

Lo primero que tenemos que hacer, es poner o dejar que se ponga la piedra que ya está puesta. En cuanto al cimiento nadie puede poner más cimiento, que el puesto: Cristo Jesús. Nosotros no somos fundadores de la comunidad, la comunidad está ahí. Pero ¿cómo que está ahí, si no viene casi nadie a Misa y la gente que viene, viene en plan de cumplimiento? Bueno ¿qué es la comunidad? El cuerpo de Cristo. Pues si la comunidad es el cuerpo de Cristo, yo voy a la Iglesia de mi pueblo, pongo la mesa, el Cristo, el cirio pascual, el pan y la copa, y allí está el Cuerpo de Cristo. Sin misterio pascual, sin Eucaristía (que ya lo tenemos como don, todo el bien de la Iglesia está allí) no podemos caminar. Por tanto, en cuanto al cimiento, pues no podemos poner más que el que está puesto: Cristo Jesús. La comunidad ya está ahí sentada, ya está ahí el Cristo

crucificado y resucitado, ya está ahí la mesa donde partimos el Pan y la Copa.

Fijaros bien como hemos pasado de Trento al Vaticano II: la mesa en el corazón de la comunidad y la comunidad en torno, el Señor a la cabeza y ya hemos empezado. Ya está allí el cuerpo. Lo que vaya a suceder después es entrañar la comunidad, para que sea cuerpo y Aquel Cuerpo, porque el cuerpo entregado y la sangre derramada de Jesús incluyen ya, aunque no haya comunidad visible, el cuerpo de la Iglesia y el cuerpo del Cosmos. Ya allí, en aquel Pan y en aquella Copa adorable, está la comunidad, y la tierra que vamos a atravesar ya está en sí contenida, porque ese Misterio Pascual, esa llama de amor viva que arde en el Pan y la Copa, es el alma, la entraña misma de la Iglesia.

Bien, entonces, celebro la Misa, tengo que dedicarle horas. Me tengo que levantar pronto, orar largamente y disponer mi corazón para que sintonice con el misterio. ¿Cómo se me va a ocurrir diez minutos antes llegar ahí, ponerme la casulla y salir? Tengo que estar dos o tres horas antes, adorando y contemplando. Bien, pero ya celebré mi Misa y, bueno, a lo mejor, me dedico toda la mañana a ver si me aclaro un poco ante esa luz cegadora del Misterio Pascual, y luego tengo que ser misionero, claro, porque no soy un monje. Me toca convocar la comunidad. Estoy en un pueblo de vieja cristiandad, que es creyente por tradición, por herencia, pero a lo mejor no han sido convocados. ¿Cómo se convoca una comunidad? Pues con el anuncio del Evangelio. No hay otra forma de convocar más que en la convocación del que es la vocación: Cristo, en la Palabra del Evangelio. No podemos convocar a la comunidad si no es anunciando la Palabra del Evangelio, que no es nuestra ideología, ni nuestra teología, y si me permitís, ni nuestra catequesis, sino que es una Buena Noticia, Tenemos que pasar de la catequesis "tradente" al "Evangelium nuntiandi". Convocar la comunidad, la catequesis a un grupito de niños yendo a la escuela, eso es una forma muy deficiente de convocar a la comunidad. No es que la catequesis no sea evangelización, pero antes de la evangelización, antes de la didajé, está el kerigma, está el anuncio del Cristo muerto y resucitado, el anuncio de su Reino, el anuncio de su Iglesia. Tengo que hacerlo de casa en casa, de persona a persona, de joven a joven, de anciano a anciano, uno por uno, aunque no haya más que diez. ¿Cuántos hijos necesitan una madre para vivir y morir por ellos? ¿No puede nada más que hacerlo por 7 u 8? Por tanto, aunque esté en un pueblo pequeñito, de cien personas, no importa, debo convocar la comunidad de Jesús y entonces tengo que salir a los caminos, convertirme en un misionero, al encuentro, lo mismo que Jesús, con las entrañas conmovidas, tengo que ir ahí, uno por uno, hermano por hermano, grupo por grupo, a decirles que Jesús está vivo, que está aquí reuniéndonos como hermanos, que esta tierra la tenemos que convertir en mesa común, los pobres a la cabecera. Vamos a hacerlo ya ¿te animas? Si es que yo casi..., si es que ni le conozco... Bueno, pues yo te dejo el Evangelio ¿eh? y lo estudiamos juntos y aprendemos a rezar el Padrenuestro, que a lo mejor nunca lo has dicho de corazón... Para que suceda el encuentro con Cristo viviente, porque si no, no hay evangelización.

Estamos padeciendo en la Iglesia un fenómeno que yo llamaría "el eclesiocentrismo catequético" una concentración sobre la Iglesia y una concentración sobre las tareas catequísticas, normalmente infantiles, claro, decimos que no tenemos casi nada que hacer porque no nos hemos dedicado a convocar. Tenemos que convocar, salir a los caminos y anunciar la Buena Noticia. No digo yo que no sea necesario después del anuncio la catequesis, porque en las primeras comunidades cristianas primeramente venía el "kerigma" y luego venía la "didajé" la "didascalia", y una buena didascalia, una

buena catequesis de niños, de jóvenes y de adultos, de ancianos, de enfermos, una buena catequesis bíblica en la tradición de la Iglesia, eso es lo que hace que la comunidad se vaya poniendo en pie. Pero antes de la catequesis, y en medio, y después, tiene que venir el encuentro viviente con Jesucristo. Por eso, después de la palabra de Mc 16: "Id por todo el mundo" viene el texto de Rom. 8: "¿Cómo van a creer en El si nadie se lo anuncia?" Hasta que no salga del corazón de los hermanos y de sus labios la palabra Jesús es el Señor. Hasta que esto no suceda, la convocación no está bien hecha; hasta que los hermanos no aprendan a decir a una sola voz: Padre nuestro, pues no han vuelto a su bautismo, la vuelta de la experiencia bautismal, que en nuestras comunidades ha sido muy deficiente.

Claro está, convocar la comunidad como misioneros que van pueblo por pueblo -tenemos ahora la dicha de tener varios pueblos- o en los barrios inmensos cantidad de gente, con lo cual podemos hacer la experiencia de Jesús, la experiencia itinerante de Jesús. ¿Es que se puede concebir un presbítero que no sea itinerante? ¿Es posible una forma apostólica tan inserta, tan concentrada que no lleve en si la solicitud de las Iglesias? cuando ha dicho el "Presbyterorum Ordinis" que el carisma presbiteral, al igual que el episcopal es para toda la Iglesia, tiene la amplitud de la Iglesia entera, y el presbítero también tiene que llevar en su corazón la "solicitud omnium ecclesiarum", aunque uno está en un lugar, tiene que tener el peso entero de las Iglesias. Por tanto, la itinerancia, la misión para la convocación. Necesitamos en torno a la mesa de la Eucaristía -a lo mejor estoy equivocado- no hacer grupos marginales que sean quistes en la comunidad, que tengan su propia vida y su propia sintonía y su propia mística, sino un poquito de fermento comunitario en el corazón mismo de la comunidad de la parroquia, y haga que después la masa entera se transforme en Cuerpo de Cristo.

Hay un problema a plantearse todos los de las pequeñas comunidades: dónde, cómo, en qué medida son fermento en torno a la mesa de la Eucaristía; o en qué medida son pequeños grupos que rompen el cuerpo del Señor o dificultan su edificación.

Está claro que esta convocación de la comunidad en torno a la mesa de la Eucaristía, salir por los pueblos para convocar -como decía Francisco- si algunos solamente con que nos vean por los pueblos andando, aunque no digamos nada, ya hemos evangelizado. Y "Presbyterorum Ordinis" lo dice. Con una sonrisa, sonriendo a los ancianos de los pueblos, ya es una convocación, ya es Cristo mismo el que va, el que convoca, el que contagia la misericordia. Sólo con encontrarse con un chaval que va de pastor por un pueblo o que está caminando por la calle, que viene del colegio y reencontrarse con la mirada de misericordia de Jesucristo, ya es una convocación, aunque tengamos después que indicarle su nombre y tenga que hacer un encuentro vive con El. Pero, claro, esto supone que nosotros mismos tenemos que ser oyentes de la Palabra, discípulos de la Palabra.

Tenemos que pasar largos ratos escuchando la Palabra, no vaya a ser, como decía Agustín en el sermón 179, que seamos predicadores vacíos de la Palabra, que no escuchan por dentro lo que anuncian. Escuchar la Palabra, dejarse transformar por la Palabra, ser nosotros oyentes de la Palabra antes de ser portadores de la Palabra, es la condición fundamental para que la itinerancia misionera, la convocación misionera tenga una transparencia más sacramental.

Bien, en poco tiempo, en cinco o seis años, o tal vez diez, una pequeña comunidad

habrá nacido en torno a la mesa de la Eucaristía. Bien, o irá naciendo el conformismo de la gran comunidad de la parroquia que llena la Iglesia y ahora en verano mucho más, donde los niños están por ahí jugando, se ríen ¿por qué ponernos nerviosos? Si a Jesús en la multiplicación de los panes le pasaría igual, el niño que se le mete debajo, el otro que habla. Bueno, un poco de orden si, pero, esa misericordia entrañable que se hace al pueblo, al latido del pueblo, al ritmo del pueblo, que no es una experiencia monástica, aristocrática, cultivada, sino que es el pueblo mismo que está ahí, cansado, roto, medio despistado. Aquellos chavales que están en medio de una sociedad de consumo, no saben lo que es Jesús, pero, bueno, van a Misa, algo encontrarán.

4.- INCORPORAR A CRISTO LA COMUNIDAD

¿Cómo reencontrarse desde la mesa de la Eucaristía con ese pueblo, con un pequeña fermento en torno, porque de lo que se trataría es no sólo de convocar la comunidad, sino de incorporar la comunidad? No basta con convocar la comunidad, sino incorporar a Cristo la comunidad. Y, esto ¿cómo se hace? Pues partiendo el Pan y el Cáliz. La Eucaristía, que ha sido nuestro punto de arranque (empezamos la misión desde la mesa de la Eucaristía por la mañana) la fuente de la evangelización, después de haber hecho el camino, pues se nos convierte en término, en la cumbre de la itinerancia misionera. Y ahí tenemos que partir el Pan. Yo creo que deberíamos renunciar ya a la alergia al sacramento. Es terrible pensar que somos alérgicos a la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, donde se contiene todo el bien de la Iglesia. Una única Eucaristía, celebrada en una iglesuca pobre y oscura de un pueblo, con una sola viejecita, aporta más a la historia santa, que todas las tareas educativas y revolucionarias que hagamos, porque es el Crucificado, el Señor de la gloria el que está ahí, sosteniendo el Cosmos y edificando la Iglesia. Necesitamos ya dejarnos de quejar del sacramentalismo y pasar definitivamente a lo que se llama sacramento, a lo que se llama misterio. Misterio y sacramento, señal visible del misterio invisible, y si nos quejamos de que estamos despojados y abatidos, es porque no bebemos en la fuente de aguas vivas, aunque es de noche, porque no comemos el Pan y la Copa, porque no nos hacemos con Jesús, Sacerdote y víctima, porque no estamos delante del altar prestando, a veces ni conscientemente siquiera, nuestro ser a las palabras y a los gestos de la fracción del Pan. Que si, que no hemos tenido formación litúrgica, que es verdad, que nadie nos ha enseñado los salmos. Ciertamente, que nos resulta muy molesto, por toda la sensibilidad moderna, revestirnos simbólicamente, litúrgicamente, cuando la gente joven está necesitando signos visibles, y todo el mundo sabe que el signo, el símbolo, forma parte de la transparencia del misterio, el signo, el arte, el canto, la expresión... Pero, como hemos sacado nosotros -en una mentalidad racionalista de la que somos nietos- hemos sacado la impresión de que el Evangelio se transmite con una especie de transmisión de ideas, cuando decía Romano Guardini que el Evangelio se transmite como el cirio pascual, en la noche santa pasando la luz, entregando la Palabra, viviendo el signo común.

La celebración de la Eucaristía hay que cuidarla con todo el corazón, con todo el alma, con todas las fuerzas, desde la primera palabra hasta la última, sin inventarnos ni una sola, tal como dice el misal, pero no porque lo diga el Santo Padre ahora, porque nosotros no tenemos otra forma mejor de celebrar el misterio, que en toda la tierra se celebra con esas palabras adorables de la Iglesia misma. Que no es una involución ¡caramba!, que es una expresión de la comunión apostólica. Esas plegarias venerables con lenguaje de la Iglesia universal, y lo que dice la Iglesia, tal como lo dice, y como hay que hacerlo, con más amor, identificándonos más a ello, y si nuestros signos no

llegan al pueblo, levantemos el pueblo a los signos y no despreciemos los signos, no devaluemos y trivialicemos los signos en los que está el sacramento, el Cuerpo y la Sangre del Señor. Entonces, esa plegaria eucarística no puede durar tres minutos, sin silencios, sin acentuaciones, sin proclamaciones. La fracción del Pan, el cordero de Dios, todo esto tenemos que vivirlo hondamente, porque si no lo vivimos ¿cómo vamos a transparentarlo? Entonces, realmente esta existencia sacramental, eucarística (porque al fin y al cabo el sacerdocio es una eucaristía desentrañada, ni más ni menos, es una eucaristía convertida en itinerario). Esta celebración de los misterios es la que permite incorporar sacramentalmente a la comunidad no mentalmente, sino sacramentalmente a la comunidad, hacer de aquella comunidad el cuerpo de Cristo: "El que come el pan y bebe la copa, come mi carne y mi sangre y vive en Mí y Yo en él" y por eso somos un único cuerpo, porque partimos el mismo pan.

Voy a citaros un texto de Juan de Ávila: "mirémonos padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo y vernos hechos semejables a la Santísima virgen María que con sus palabras trajo a Dios a su vientre y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado y a la cruz donde murió y al sepulcro donde fue sepultado. Y todas las cosas, estas cosas santas por haberlas Cristo tocado... y de lejanas tierras vienen a verlas y derraman de devoción muchas lágrimas. ¿Por qué los sacerdotes no son santos? pues es lugar donde Dios viene glorioso e inmortal, inefable como no vino en los otros lugares y el sacerdote le trae con las palabras de la Consagración. Relicarios somos de Dios, casa de Dios, y a modo de decir, criadores de Dios, a los cuales nombres conviene gran santidad."

La celebración de los misterios, sin convertir nuestra vida en una situación martirial, sin llevar en el cuerpo las marcas de la cruz, para no recaer en la estética litúrgica, sin hacer de la liturgia lo que en verdad es, una acción sacrificial que cuesta caro, que se paga con la propia sangre, que se hace desde el camino, cansado y agobiado y para volver al camino a derramar la sangre hasta que se funda con la de Nuestro Señor. Una liturgia que es fruto de la misión y es fuerza para la misión, que ya no podemos por más tiempo separar la liturgia del camino, ni el camino de la liturgia.

5.- ENTRAÑAR LA COMUNIDAD

Y, sin embargo, no termina aquí la obra sacerdotal, aunque éste sea su centro, sino que después de haber convocado la comunidad y de haberla incorporado a Cristo sacramentalmente, hay que entretejerla, hay que entrañar la comunidad. ¿Cómo entretejer la comunidad, cómo entrañar la comunidad? Pues esto es fácil, ya está dicho en el Evangelio: El grupillo de hermanos que está en torno a la mesa tiene que tener comunidad de vida: tener un solo corazón y una sola alma, comunidad de dones: miembros de un solo cuerpo, y comunidad de bienes: teniéndolo todo en común, con los pobres a la cabecera. ¡Pues menuda tarea apostólica! Edificar la comunidad, entretejer la comunidad, servir a la comunión, que la palabra propia del siervo de la mesa de la Eucaristía, es servir, como en el lavatorio de los pies, a la comunidad de servidores para que se sirvan unos a otros en el amor de Cristo "Congregavit nos in unum Christi amor".

Tenemos que ensayar en nuestras pequeñas comunidades el ideal de los Hechos de los Apóstoles. Cuando en las grandes travesías históricas el apostolado vuelve a las huellas del Señor, las comunidades vuelven a los H. de los Apóstoles. Y eso no es un privilegio de un grupo de comunidades con determinados nombres, con determinados carismas, sino que ése es el destino del Pueblo santo de Dios, del pueblo llano, de la

parroquia que no tiene nombre, de los grupos apostólicos que no están vinculados a otros movimientos, sino allí mismo, en el corazón de la Iglesia. ¿Por qué no? El pueblo, pueblo: los pobres, pobres, levantados a la koinonía del N. Testamento.

La comunión del NT no es más que un despliegue de la Eucaristía. Es la Eucaristía que se convierte en comunión, el Pan y la Copa que partimos, va haciendo la comunidad de vida, la comunidad de dones y la comunidad de bienes, y el apóstol es el siervo de esa comunión, el que se pone de rodillas al lavatorio de los pies, por eso necesita horas y horas de dedicación, como una madre que ama a sus hijos.

5.1 - Por la comunidad de vida

La comunidad de vida consiste en tener un sólo corazón y una sola alma. Después de que partimos el Pan y la Copa, podemos cantar el himno de comunión contenido en los textos apostólicos: El Cáliz de bendición que bendecimos, es la sangre de Cristo, y el Pan que partimos, es su cuerpo; por eso somos un cuerpo, porque partimos un mismo pan.

Después de partir la Copa y partir el Pan, y en torno al Pan y la Copa nos hacemos cuerpo de aquel cuerpo y empezamos a llorar juntos, a cantar juntos, a sufrir juntos, porque la comunión de vida -como decía el apóstol- una sintonía (con aquella palabra tan bella de la música griega, del arpa que suena toda ella al tiempo) o una simpatía (con aquella palabra de la medicina griega que significa el dolor común)

Que los hermanos que están en torno a la Eucaristía con nosotros, aprendamos a sentir lo mismo, a latir juntos al mismo latido, a padecer juntos con el amor que todo lo comprende, que todo lo perdona, que todo lo espera, de ICor 13. Es la tarea diaria del apóstol.

Pero, claro, entonces el apóstol tiene que tener unas entrañas como muy grandes para poder hacerse cargo de todos los latidos de los hermanos que están en torno, y hacer posible que cada hermano se encuentre con las entrañas de Jesús y que en las entrañas de Jesús se encuentre con las entrañas de los otros, como sus propias entrañas, como decía el apóstol: os amo en las entrañas de Cristo y a continuación decía: sois mis entrañas.

5.2 - Por la Comunidad de dones

Pero esta vida en común, esta comunión de vida a la que tenemos que caminar en nuestras pequeñas comunidades, en nuestras parroquias, no es posible plenamente sin una comunión carismática de dones, sin una corresponsabilidad apostólica. Inmediatamente, en la comunidad nacerá el laicado. El laicado es una vocación en la Iglesia, admirable, que tenemos por descubrir, y muchas veces nosotros estamos frenando la puesta en pie del laicado porque les estamos sustituyendo, y necesitamos descubrir cómo les podemos tener en pie, pero sin mutilarlos, sin clericalizarlos, como fermento y alma del mundo, con voz propia, con silla propia en la mesa, con vocación propia. El laicado no es la mano larga del presbítero, sino que tiene, por su bautismo, por la confirmación, su propio carisma y su propia diakonía. Pero al mismo tiempo, en seguida entra la vida religiosa, seguro que aterriza en la vida religiosa, por cómo no vana aterrizar en estos tiempos de Pentecostés, dos o tres monjas o frailes que se cojan sus tiendas de campaña y se vayan a aquellas comunidades a expresar lo que la vida

religiosa es. ¿Qué es la vida religiosa?: "perfectas caritatis evangélica testificatie". Testificación evangélica del amor consumado, ensayo de las bienaventuranzas llevadas hasta el final, anticipo de la escatología, y eso, a cualquier cura, y a cualquier laico, le viene como una presencia alentadora y complementaria. Complementar los dones, expresar en torno a la mesa de la Eucaristía el rostro entero de Cristo: que un hermano expresa al Cristo orante, y otro, al Cristo que lava los pies, y otro, al Cristo que predica en los caminos, y otro al que defiende la justicia, y otro al que acoge con alegría. Es el ideal de cualquier comunidad expresar el Cristo total. Admirable. Vaticano II cuando dice: En cualquier comunidad pequeña, por pobre que sea, aunque esta en la dispersión, allí está la Iglesia, una, santa, católica y apostólica; y allí, en torno a la Eucaristía, se entreteje el cuerpo de la fraternidad.

Cada uno de nosotros, en nuestra pequeña comunidad, tenemos a la Iglesia Santa, entera, y tenemos que tener la pasión por expresarla en todos sus carismas, en la unanimidad plural y en el pluralismo unánime, para que cualquier hermano que se acerque a nuestras pequeñas comunidades, descubra el rostro de Cristo total que decía Agustín, de la cabeza y sus miembros entumecidos, en un solo cuerpo.

5.3 - Por la Comunidad de bienes

Pero no bastaría sólo con tener un corazón y un alma y llegar a la corresponsabilidad apostólica de todos, sino que tendríamos que compartir los bienes, claro, porque no podemos compartir la vida y los dones si no compartimos los bienes; tenemos que compartir los bienes. Después de partir el Pan y la Copa, ya no podemos llamar nuestro a lo nuestro, ya tenemos que poner todo en la mesa común, y cada uno aporta según puede y recibe según necesita. Pero Hechos 2 y 4, que ha sido la seducción de todas las comunidades cristianas de todos los tiempos, en las travesías de Pentecostés, es también nuestra seducción: Todo tenían en común, nadie llamaba suyo a sus bienes, cada uno aportaba según tenía y recibía según necesitaba, y los primeros en ser acogidos eran los pobres, no sólo los de cerca, sino los de lejos, que por eso está la colecta apostólica del apóstol -los pobres de lejos-.

No creéis, en realidad, que entonces tendríamos que hacer una tienda de campaña en la dirección del aire que sopla desde el hemisferio Sur, en la dirección del Espíritu que sopla desde el hemisferio Sur, en relación con la Iglesia de los pobres del hemisferio Sur, en comunicación profunda de vida, de dones y de bienes con la Iglesia del hemisferio Sur, para hacer travesía en esta Iglesia del hemisferio Norte que está un poco envejecida y entumecida por la estrategia del consumo que el capital se ha propuesto realizar? Entonces nos encontramos sencillamente ante la tarea nueva de edificar, convocar, incorporar, entranar y entretejer la Iglesia del Señor, allí donde estamos.

Naturalmente, la pregunta es: Bueno, entonces nosotros, en este momento no tendríamos tiempo para ser funcionarios, ya tendríamos que abandonar el funcionariado, incluso el funcionariado benevolente, es decir, el ser un funcionario pero cariñoso; pues hasta eso. Tendríamos que empezar a ser hermanos con aquella expresión que se recoge tan bellamente en el libro "De dos en dos": hermanos ante los hermanos. Tenemos que estar delante de la mesa, si, pero no porque queramos ni porque seamos una aristocracia espiritual, sino porque Cristo está delante y alguien ha pedido las manos y la palabra: hermanos ante los hermanos. Pero eso no se puede hacer si no somos hermanos con los hermanos, y hermanos por los hermanos. Con lo cual rompemos con el clericalismo que hemos a veces heredado por el peso de la historia e iniciamos una nueva aventura

apostólica: la vuelta a los orígenes del Evangelio, la vuelta a la vida apostólica de los primeros discípulos. No tenemos que envidiar a Ignacio, a Francisco o a Agustín. El Espíritu del Señor va a realizar hoy en la Iglesia, las mismas maravillas que en el primer Pentecostés, y el Señor tomará de la mano a la gente pobre y sencilla para este itinerario apostólico.

6.- SENTIDO DEL CELIBATO

Sí, quería decir -permitirme que ahora lo expresa, aunque a la noche lo conversemos- que para mí éste sería verdaderamente el sentido del celibato sacerdotal. Si una madre no le da de sí la vida más que para ocho o diez hijos ¿cómo queréis que tenga hijos propios un apóstol que tiene que ser padre y madre de muchos hombres y mujeres, y enfermos, y ancianos, y nidos, y llevarlos en el corazón y en el alma, y no dormir por la noche y gastarse y desgastarse por ellos? ¿Por qué en la Iglesia se renueva de nuevo, con vigor esta llamada al corazón indiviso por la causa del Reino? Porque, sencillamente la vida apostólica es, si puedo decirlo, la paternidad llevada hasta el final. Sé que me diréis: sí, pero nuestra vasija es de barro y no tenemos nuestra afectividad a punto, y seguro que hasta nos desequilibramos mucho si llevamos esa vida apostólica de esa forma que tú has pintado. Bueno, lo podemos conversar, a ver cómo podemos integrar en el amor de Cristo nuestra carne y nuestros huesos. Seguro que lo podemos integrar. Tenemos que hacer a la mejor un camino un poco más estrecho que el que normalmente pensamos, pero estamos llamados a expresar la paternidad en Cristo y aunque tengáis muchos maestros, educadores, padres, no les debéis más que a Mí, porque yo os he engendrado para el Evangelio.

Hasta que el apóstol no se vuelva a sentir padre y madre de sus hermanos hasta dar la vida por ellos en el amor de Cristo, tendremos sin resolver nuestra existencia como una existencia siempre pendiente de algo, pendiente de alguien, necesitada de una autosatisfacción e incapaz del éxtasis supremo que es el misterio pascual.

De todas formas, quería decir, a propósito de esto, que Jesús es siempre mayor, que el apóstol tampoco puede ni aunque sea pobre y casto y obediente, tampoco puede agotar el rostro del Señor. El apóstol que preside las comunidades y las reúne, y, como diré mañana, hace la travesía por el mundo, es "representatio Christi", es decir, no que representa a Jesús, es que Jesús se hace siempre presente en él como mayor, es un poquito mayor, es el Altísimo. Nosotros somos los pequeños hermanos de Jesús. Decía el apóstol: "a mí, el más pequeño de los santos, se me ha concedido la gracia de contar la inenarrable riqueza de Cristo" a mí, el más pequeño de los apóstoles.

Por tanto, no tengamos nunca la aspiración a dar la talla de Jesús. No tengamos nunca la aspiración de aproximarnos a su rostro de forma que lo agotemos exhaustivamente y alegrémonos de que en la edificación de la comunidad los hermanos siempre nos encuentran pequeños y menores, que sepan siempre que el supremo obispo y pastor de nuestras vidas es un poquito más alto que nosotros, porque si no hacemos esta confesión cristológica, si nuestra vida apostólica antes que nada no es una adoración de Jesús, una aclamación de Jesús, somos los aristócratas que atamos a nosotros mismos a las comunidades y los discípulos nos ponemos en el puesto del Señor y marchando el cura la comunidad se arruina. Nosotros somos mínimos hermanos del Señor, su simple y provisional transparencia. En realidad, ellos están edificados sobre el fundamento, sobre la piedra angular que es Cristo. Y precisamente en este tiempo de Pentecostés, tal vez el secreto máximo para el futuro no sea tanto edificar bien la

Iglesia, o construir bien el mundo, sino radicalmente adorar con toda el alma al Señor, porque esta adoración del Señor como el Único, frente a los ídolos del mundo, en medio de un paganismo postcristiano, va a permitir poner en pie de nuevo a la Iglesia como cuerpo de Cristo y como fermento transformarte del mundo.

Por eso, permitidme que termine esta reflexión, que a lo mejor ha sido por mi parte un poco atrevida y provocativa, con unas palabras admirables del Papa Pablo VI, cuando se encargó del gobierno de la Iglesia al comienzo del Vaticano II. Sabéis que en las grandes basílicas aparece un Pantocrator, que hay en San Pablo extramuros, donde está el Papa Honorio III como una figura minúscula, insignificante, besando los pies inmensos del señor. Me da envidia. Entonces fue cuando dijo estas palabras que quiero leer: "Cristo, nuestro principio, Cristo nuestra vida y nuestro guía, Cristo nuestra esperanza y nuestro término. Ojalá fuésemos capaces en esta hora de elevar a Nuestro Señor Jesucristo una voz digna de El, con la de la sagrada liturgia: Solamente te conocemos a Ti, Cristo, a Ti con alma sencilla y pura; llorando y cantando te buscamos. Mira nuestros sentimientos.

Es conveniente, a nuestro juicio, que este concilio arranque de esta visión, más aún, de esta mística celebración que confiesa que El, Nuestro señor Jesucristo, es el Verbo encarnado, el Hijo de Dios y el hijo del hombre, el Mesías del mundo, esto es, la esperanza de la humanidad y su único y supremo Maestro. El es el pastor, el pan de vida, nuestro pontífice y nuestra víctima, el único mediador entre Dios y los hombres, el Salvador de la tierra, el que ha de venir, Rey del siglo eterno, visión que declara que nosotros somos sus llamados, sus discípulos, sus apóstoles, sus testigos, sus ministros, sus representantes, y junto con los demás fieles, sus miembros vivos, entrelazados en el inmenso y único cuerpo místico que El, mediante la fe y los sacramentos, se va formando en el sucederse de las generaciones humanas, su Iglesia espiritual y visible, fraterna y jerárquica, temporal hoy y mañana eterna".

Esta pasión cristocéntrica, me parece a mí que sería muy importante a la hora de edificar el misterio apostólico en provisionalidad y en alegría. Sería volver un poco al espíritu de la adoración y de la alabanza.

TEMA - 8º

JESÚS, EL HIJO EXALTADO (Filp. 2,6-11)

INTRODUCCION

Nos encontramos haciendo el camino con Jesús en el grupo de los Doce. Ayer intentábamos, pues, recorrer los pueblos, reuniendo la pequeña fraternidad y poniendo a los pobres en el primer lugar: ese fue nuestro ensayo apostólico de ayer. Pero no hemos terminado nuestro ensayo apostólico porque Jesús, el Primogénito de los hermanos, ha venido no solamente para cambiar el corazón del hombre, no solamente para cambiar la sociedad en familia de hermanos, sino para cambiar la tierra en mesa compartida. Claro que ya decíamos el primer día, que el propósito de la voluntad del Padre no solamente era reunirnos como hijos en torno al Hijo, sino hacer de la tierra un hogar común bajo la cabeza del Hijo, clave de bóveda, recapitulando todas las cosas en El.

Este era el proyecto, por eso cuando El, Hijo Amado, baja a las partes más bajas de la tierra y después se hace a los caminos para llevar adelante el proyecto de la misericordia entrañable del Padre, no solamente ha de procurar que cada hermano se convierta al amor, no solamente ha de procurar reunir la familia de hermanos que llamamos la Iglesia, sino a través de esa familia de hermanos transfigurar la tierra en mesa compartida.

La gran imagen del Reino, de las parábolas del Reino, es la mesa compartida, la mesa compartida donde se sienten todos y los pobres ocupen el primer lugar. Por eso, cuando El dice ha llegado el Reino, dice ha amanecido la gracia del Padre a través de mis manos para reuniros como hijos en torno a Mí, pero también para hacer de esta tierra, la tierra del año de gracia del Señor, la tierra que no tiene muros, la tierra que no tiene alambradas, la tierra que es como la palma de la mano donde todos estamos en corro y los pobres se ponen a servir a la mesa.

I.- LA CRISIS DE GALILEA

Bien, entonces, estamos en el grupo de los Doce y dice Jesús: Pues hoy en el campo vamos a intentar decir estas cosas y que a la gente le entre por los ojos. Bueno, según vamos de un pueblo a otro, allí hay una pradera bastante buena y en lugar de reuniros aquí en el campo, allí mismo en esas praderas que son de los dueños del latifundio de Galilea (porque Galilea es una tierra de latifundio), pues allí mismo vamos a hacer el corro, pero mucho más grande y bueno, vamos a intentar ver en realidad lo que tenemos entre manos, la tierra convertida en mesa común.

No os extrañe si al salir del pueblo, cuando vamos de un pueblo a otro, viene la gente de un pueblo y otro, y como los pueblos están cerca, pues hacemos la mesa común, pero en realidad ¿eh? Bueno, pues empezó la gente a venir, efectivamente, y al venir la gente, dice el texto: (Estamos en la multiplicación de los panes y los peces) "Se me conmueven las entrañas" de nuevo al texto:- "me duelen las entrañas, dice Jesús.

En realidad vamos a intentar hacer el encargo del Padre. Vosotros ponerlos todos en corro. ¡Muchos no! ¿Cuántos hay? ¿Más de mil? Bueno ¡los que sean! aunque sean tres mil o cuatro mil ¡Todos en corro! ¿Eh? o en corros pequeños, pero haciendo un corro

grande. Bueno, la gente, cuando había venido de los pueblos no había venido sola sino que se había traído a las espaldas los minusválidos, los ciegos, los paralíticos, los cojos, ¡a las espaldas! y dijo Jesús: Bueno, pues éstos a mis pies ¡eh! así que vosotros todos en corro (leed los textos de las multiplicaciones) y éstos a mis pies.

Está la mesa hecha cuerpo, hecha historia. El pueblo en corro sobre la tierra convertida en una palma de la mano y los pobres en su lugar. Faltar los servidores. ¿Quién va a servir la mesa? y ¿cómo lo hacemos? Bueno, os toca a vosotros ¿eh? Pero los Doce estaban un poco preocupados, decían: si nosotros en realidad no tenemos ni pan ni nada para esta gente. Bueno ¿cuánto tenéis en las alforjas? A ver, ¿unos panes? pues sacadlos. Y aquel chavaluco qué le dio el... ¿A ti, no te dio tu madre un bocadillo para merendar? A que se lo ha dado. Dice el chavalín: si, tengo aquí un bocadillo de pan con una sardina. Tráelo para acá, hombre. Venga, también vale, y vamos a compartir. Entonces cogió el pan y dijo al Padre: Padre, qué bueno eres, ha llegado la hora de hacer la mesa común, te doy las gracias. Este pan va a expresar el Reino entero porque ya estamos en la mesa, así que a repartirlo. Bueno, cuando lo habían repartido, Jesús tomó la palabra y dijo:

Bueno, a lo mejor vosotros veníais aquí a buscar de mi algo. Yo, en realidad, no os voy a dar nada, lo que os voy a hacer es pedirlos, porque este pan que veis expresa mi vida entregada por el mundo, y entonces aquí no hemos venido a reivindicar cuatro pesetas más, sino a compartir. ¿Lo habéis visto? Y no hemos venido a tomar el poder para hacer una alternativa como la quieren hacer los celotes ahí en las montañas de al lado sino a servir. ¿Lo habéis visto? Y no hemos venido aquí a legitimar con la sabiduría y con nuestros discursos, nuestros propios intereses históricos como hacen los fariseos en la enseñanza de las aldeas en las sinagogas, sino que hemos venido a entregarnos gratuitamente.

La liberación que tenemos entre manos no penséis que es ni la liberación de los celotes, que situados en el bloque dominado, poniendo los intereses de los pobres por encima han cogido la alianza como herramienta de lucha, ni tampoco os imaginéis que como la liberación de los fariseos que situados en el bloque dominante de los ricos y defendiendo sus intereses, usan la alianza como yugo que quieren poner sobre el pueblo; estamos en una nueva creación ¿sabéis? Bueno, esto que Juan lo presenta entre la multiplicación de los panes y el discurso de la sinagoga de Cafarnaúm -que hemos leído estos domingos- a la gente le dejó profundamente decepcionada, esto fue una decepción para la gente, impresionante, o sea, hizo crisis el camino de Jesús. Hasta entonces estaban allí las multitudes, pero en aquél momento se marcharon, para eso no habían venido, ellos buscaban pues un trocillo más de pan, una mejor posición, dar cultura a sus hijos, subir, situarse; pero algo así como una mesa común donde hay que compartir, servir, morir, todo eso, pues no cabía en sus cálculos y se fueron marchando.

La crisis les alcanzó también al grupo de los Doce, de tal forma que llegó un momento en que Jesús sospecha que ahora ellos ya se sienten a disgusto en el camino del seguimiento. Después de la primera jornada de entusiasmo ya los Doce, que dijeron que iban con El, ya se sienten a disgusto, y Jesús les dice: ¡Oye! si os sentís a disgusto, marchaos. ¿Cómo vais a venir conmigo forzados? Marchaos tranquilos a casa, porque lo que tenemos entre manos va a terminar muy mal. Yo no sé si os dais cuenta quien soy Yo y quien se cree la gente que soy. Y dice uno de ellos... La gente, pues sospecha que, Tú eres un profeta como de los grandes... Y vosotros, que habéis hecho el camino conmigo año y medio ¿quien decís que soy Yo? Entonces, Pedro tomó la palabra y dijo:

"De verdad. Tú eres el Mesías, eres el Cristo, pero empiezo a sospechar que eres más que el Cristo, Tú eres el Hijo querido del Padre, que el Padre nos ha entregado". ¡Que feliz eres Simón Pedro! porque estas cosas que tú dices no te han salido de los huesos de la carne, ha sido el Padre el que ha iluminado los ojos de tu corazón, has reconocido que yo soy "el Hijo entregado como siervo", y a lo mejor aún no has calculado lo que esto lleva consigo, porque me van a matar.

Naturalmente, los textos sinópticos, presentan la segunda gran jornada de Jesús, que va desde la región de Cesarea de Filipo, donde sucede esta gran crisis histórica, cuando la expectación política del pueblo en el mesianismo de Jesús se quiebra y la expectación política de los Doce en el mesianismo de Jesús se quiebra porque no era lo que esperaban: no iba a la toma del poder, no iba a hacer la revolución, sino algo que estaba mucho más abajo de la revolución, mucho más hondo, desde más atrás, más hacia adelante, mucho más nuevo, era una creación nueva lo que había que hacer, era una tierra nueva, y esto solamente se podía hacer por el camino del fracaso.

2.- ATRAVESANDO LA TIERRA

Como veis, la mesa de la multiplicación de los panes y los peces, este gran signo del Reino se realiza sobre la misma tierra, es de lo que se trata, de realizarlo en la historia. Dice Jesús, pues vamos allá, ahora que la gente se ha ido, ahora que ya no quieren ser familia de hermanos en corro, y ahora que no quieren que la mesa sea común porque tampoco les interesa, si queréis, para realizar el proyecto de la misericordia entrañable del Padre.

Bueno, yo os lo voy a decir ahora antes de que vayamos a caminar, no veis que la tierra está atravesada por una cadena fuerte de injusticia, que separa a los ricos de los pobres, que separa a los dueños del latifundio y a los dueños del tesoro del templo, de la gente que está en las aldeas parada, en la plaza esperando a los encargados de la finca; veis esta injusticia, pues ahí tenemos que poner la justicia, pero no esa que dicen los hombres, sino la justicia del Padre que no es dar a cada uno lo suyo, lo que dicen las leyes que es suyo; las leyes están hechas siempre por los poderosos, la justicia de Dios es gracia para compartir, por tanto hay que entrar a las estructuras socio-económicas en un aliento nuevo, inédito de compartir. Veis a los sacerdotes que están con sus bastones en el tempo, sentados en la presidencia en el Sanedrín y al Sumo Sacerdote empalmado con Pilatos y con el Emperador, y veis a la gente que está cargada y agobiada pero que está deseando subir también al Sanedrín a coger los mismos puestos; pues ahí, en la opresión, vamos a poner la libertad, pero no la libertad que dice la gente, porque la libertad que dice la gente es la autonomía de hacer de la propia vida lo que uno quiere. La libertad del Padre es servicio, es esclavitud. Por tanto, vamos a intentar alentar en esas estructuras, en esa tierra, el aliento del servicio. Y veis esa otra cadena de los fariseos, esa es fuerte, tal vez la que más, la cadena de la cultura; la cultura que es visión del mundo y es apocalipsis del hombre y la cultura que pretende dar al hombre su propia identidad, su propia autonomía y legitimar sus procesos históricos ideológicamente, pues ahí vamos a poner la verdad de Dios, que es el amor. ¿Qué creéis que es la verdad sino es el amor? Es darse a si mismo, es la gratuidad.

Por tanto, en lugar de legitimar nosotros a los de la derecha o a los de la izquierda, a los ricos o a los pobres, esos intereses históricos alternativos, vamos a poner la verdad que es el don de si mismo. Ya comprendéis que esto que vamos a hacer, atravesar la historia de esta forma, nos sitúa entre dos frentes. Nosotros no podemos alienarnos en el

frente de arriba en el bloque dominante, ponernos de parte de los poderosos y hacer de nuestro Evangelio una herramienta para legitimar los derechos de los poderosos que se ejercen en la violencia establecida. Pero no penséis que los pobres son buenos, los pobres están abajo porque no pueden otra cosa, por tanto, no se os ocurra legitimar los intereses de los pobres en una opción de clases haciendo del Evangelio una herramienta de la violencia subversiva, porque entonces no transformamos la historia.

Estamos en un reajuste penúltimo, y os decía yo que lo que teníamos entre manos era dar cuerpo en la historia al proyecto de la misericordia entrañable del Padre, por tanto ya os lo decía ayer, el camino que nos espera es muy difícil porque ni podemos hacer lo que hacen los fariseos con su educación de la ley, ni los saduceos con sus procesiones, rituales folklóricas, ni podemos hacer lo que los guerrilleros subidos en las montañas con las armas para hacer la revolución en nombre de Dios, ni podemos retirarnos al monasterio de Kunram, esperando que venga el Señor y desentendiéndonos de la peripecia histórica de los hombres. No nos es viable ninguna de las dos opciones. Con esto no intentamos un término medio, una tercera vía; lo que intentamos es la creación nueva, que atraviesa cualquier vía, pero que desde más abajo y más hacia adelante intenta transfigurar la tierra con el aliento de la misericordia entrañable.

Como veis, la experiencia de Jesús, los textos, nos la sitúan en algo muy nuevo que no teníamos nosotros bien comprendido. Realmente el Pentecostés del Post-concilio nos ha situado en una opción por las pobres, pero hemos echado mano de las herramientas históricas que teníamos a mano y muchas veces no se nos ha ocurrido otra cosa más que marxistizar el Evangelio y decir que la marxistización del Evangelio era la mejor lectura que teníamos a mano para su realización histórica. Cuando digo marxistizar el Evangelio en la violencia subversiva, digo legitimar los intereses de los ricos con el humanismo cristiano del post-capitalismo; esa forma ideológica del humanismo cristiano que dice que los derechos de la persona (formalmente entendidos, se entiende) son la mejor realización del Reino de Dios.

Claro, nosotros, pobrecillos de nosotros, pues queríamos estar al lado de los pobres y hacer el Reino de Dios, pero nos hemos visto entre dos frentes y como diremos esta tarde, pues no hemos sabido qué hacer en realidad.

3.- LA CREACION NUEVA

Lo que estamos diciendo esta mañana es ver lo que hizo el Ungido, y decirnos que el Ungido intentó atravesar la historia, entrar a la espesura de la historia, la hondura de la historia para transformar, transfigurar, innovar, no reformar, no restaurar, sino innovar la historia en creación nueva, no volver a la creación vieja, ni siquiera a la creación antes de la culpa, sino innovarla en la Pascua, porque la Pascua es antes que la creación. Naturalmente esta situación del grupo de los Doce en el camino de Jesús es un poco desconcertante porque obliga a los discípulos detrás del Señor a hacer camino entre los frentes, en el muro de separación donde esta la tierra manchada en sangre y tirados los cadáveres, allí hacer el camino entre los frentes.

Se entiende entre los frentes, no neutralmente ¿Cómo el Ungido va a ser neutral cuando su Padre jamás lo fue? ¿quién ha dicho que el Yahvé del Antiguo Testamento fue un Dios neutral si su justicia fue siempre la justicia que levantó a los pobres de la basura? su justicia fue siempre una justicia hecha en favor de los pebres, de los huérfanos, de las viudas; claro, entonces el camino que tenemos que hacer, dice Jesús,

es tomar posición frente a los ricos, los sacerdotes, los letrados, frente a los ricos en favor de los pobres, de los parados, de los oprimidos, de los ignorantes.

¡Ay! si fuera eso sólo estaría bien, nos sentiríamos muy resguardados, porque los pobres nos querrían. Pero ahora tenemos que tomar partido frente a los pobres, porque quieren ser ricos igual, entonces, claro, si pudiéramos ser los revolucionarios del momento, los pobres nos aclamarían, volverían otra vez detrás de nosotros, a hacer corro y fila con nosotros. Pero ahora tenemos que enfrentarnos con los pobres y tomar partido frente a ellos, contra ellos, en favor de la mesa común que tenemos delante, donde se han de sentar todos, también los ricos, dejando de ser ricos y también los pobres, dejando de querer ser ricos.

Es lo que tenemos entre manos, es algo nuevo. Si pudiéramos ser celotes, nos iría mejor, no tendríamos que caer en el madero de los malditos y quedar suspendidos entre el cielo y la tierra como la basura indeseable de la historia, habría mucha gente que estaría de nuestra parte, nuestros partisanos, nuestros colaboradores, pero nos espera el madero de la cruz. Me van a matar, el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los malhechores.

La pregunta de los apóstoles es: Señor ¿Y cómo hacemos eso? ¿Cómo hacerlo? Dice el Señor: Bueno, os habéis dado cuenta que esta tierra que vamos a recorrer es como una especie de teatro en el cual cada uno tiene su máscara, la hipocresía, no solamente personal, sino estructural, el rico tiene que tener la cara de rico para continuar existiendo, pero el pobre tiene que tener la cara de pobre para continuar sobreviviendo; el sacerdote tiene que tener su puesto y su máscara social, y el oprimido tiene que estar a sus pies haciéndole el juego si quiere sobrevivir. Entonces no nos queda más remedio que la provocación. Sí, siento decirlo, pero es así, porque el anuncio de la Buena Noticia consigo la denuncia, la provocación.

Pero si entendierais bien la palabra provocación sería muy bueno, porque la palabra provocación viene de vocación, de llamar a los hermanos que están a una parte y a otra de la barrera, a llevar hasta el fondo su vocación, y esta provocación, este llamar a los hermanos a que lleguen a ser a fondo hombres y no lobos, hermanos y no enemigos, libres y no esclavos, esta provocación, esta denuncia la vamos a hacer además con un gesto de inmensa ternura.

No vamos a tomar ni la violencia de los celotes, ni tampoco la presión educativa de los fariseos. La presión. ¿Qué es eso de la presión? ¿Cómo podemos nosotros inaugurar los cielos nuevos y la tierra nueva por el camino del poder? ¿A quién de vosotros se le ocurre que tomando el poder cultural o político, podemos inaugurar la tierra nueva que esperamos? ¿Quién ha dicho que tenemos que tomar el poder para poder hacer una tierra nueva cuando luego nadie nos arrancará la bota que tenemos puesta sobre los nuevos oprimidos? ¡La toma del poder! ¿En qué, en realidad, habíais pensado en la toma del poder? Nuestra provocación, es una provocación indefensa, es inerme, nosotros no llevamos armas, ni siquiera las armas de la cultura, ni siquiera las armas de la aristocracia espiritual, pero vamos a defender la justicia y la libertad, y a decir la verdad; vamos a hacer, en primer lugar, con los ricos y como gesto de amor, les vamos a decir: os suplicamos por favor que dejéis de ser ricos, que os sentéis a la mesa común a compartir, así podréis ser hombres siquiera, que así no sois.

Naturalmente, ante esta provocación amorosa y entrañable de amor liberador habrá algunos -dice Jesús- que digan como el pobrecillo Zaqueo: qué bueno eres Señor, que dicha la de marcharme vació de tu lado, porque había robado y la mitad de mis bienes se la doy a los pobres y si a alguien he robado le devuelvo cuatro veces más. Pero la posición de Zaqueo -dice Jesús- no creáis que va a ser común, la mayor parte de los ricos como aquel joven chaval universitario que vino a vernos el otro día en el camino, se marchará triste porque tiene mucho dinero y los letrados que defienden con la ley el orden establecido del Sanedrín nos van a odiar porque no tendremos más remedio que decirles lo que les tenemos que decir: que son unos ladrones, que han robado al pueblo, y que además de ser ladrones que han robado al pueblo, lo están hundiendo y además de hundirlo están cargando sobre ellos las cargas que ellos no quieren llevar.

Tenemos que decírselo pero no os imaginéis, que se lo vamos a decir como decía Lenin en sus discursos de la revolución de octubre, subido en un púlpito, con mano amenazadora, así como Pasolini pinta en la película de S. Mateo. ¡Que no fue así! que fue todo muy verdadero, muy amoroso, muy entrañable. Que de verdad que estáis robando ¡que si! que sois unos educadores que os habéis encumbrado sobre el pueblo y le habéis sometido al yugo de la ley y el pueblo se hunde y vosotros que presumís de ser los defensores del pueblo decís que es pecado sentarse a merendar en un pueblecito pequeño del campo o casarse con una mujer campesina ¿No os parece que sois unos ladrones y unos opresores del pueblo?

Pero tendremos que hacer lo mismo con los pobres. ¡Ay si pudiéramos tomar una opción de clase solo, qué bien nos vendría! Pero tenemos que enfrentarnos con los pobres, a los que más queremos, claro, y esto si que nos duele. Tenemos que enfrentarnos con ellos porque quieren ser ricos en su corazón, no lo son porque no pueden, entonces tenemos que también a ellos provocarlos, amorosamente, claro, y no como hacen los celotes que creen que no valen para la revolución y por eso dicen que son colaboracionistas y despreciables, que no se unen a la guerrilla. No, así tampoco ¡eh! y tampoco coma los monjes de Kunram, que están en un monasterio y que no admiten en las proximidades a nadie impuro que no sepa leer ni escribir. Nosotros somos gente pobre ¡ya lo veis! igual que ellos, pero tenemos que decirles la verdad.

Lo vamos a hacer de una forma muy sencilla: hoy, cuando vayamos al pueblo, seguramente en este pueblo próximo, a lo mejor aparece por allí el tamborilero, ese tamborilero que toca en los pueblos, seguro que aparecerá por la plaza. Aprovecharemos el paso del tamborilero por la plaza para dar una palmada y llamar a la gente. Vendrán y cuando estemos reunidos les vamos a decir: ¿Veis ese tamborilero? ¿A que no sabéis quienes son los enemigos del tamborilero? ¿A que no sabéis este acertijo? ¿No? Son los niños, los niños que juegan en la plaza con la arena son los enemigos del tamborilero, porque cuando el tamborilero viene a tocar a la boda, los niños dicen: ¡Qué rabia! ¡No queremos cantar! Y cuando viene el tamborilero tocando la música destemplada del entierro, los niños dicen: ¡No nos da la gana de llorar! ¡Hoy no lloramos! Por favor, niños ¡llorad! ¡Llorad! que van a enterrar a la señora Sinforosa, ¡llorad!

Dice Jesús: así sois vosotros. Vino Juan el Bautista que no comía ni bebía, era un cura, antiguo que no salía de la casa Parroquial, con su sotana y su bonete y decíais ¡tiene un demonio! y le hicisteis caso; y vengo Yo, el Hijo del Hombre, con mi chaqueta y mi camisa y me voy con los chicos a tomar un vaso de vino al bar y decís que soy amigo de malas mujeres y por eso mismos os disculpáis. ¡Que sois igual que ellos!

¡Exactamente igual!

¡Ay de ti Corazain, ay de ti Betsaida! sois una raza mala; realmente le gente de Sodoma y Gomorra ya hubiera deseado haber visto al Hijo del Hombre como vosotros le habéis visto y os vais a hundir.

Cuando Jesús hablaba así, la gente dijo: ¡Ah! ¿Si? pues muy bien, cerrarnos la puerta y se acabó. Entonces, claro, si solamente hubieran cerrado la puerta, lo que pasa es que le acorralaron entre todos. Cuando los hermanos de América Latina dicen que el Misterio Pascual tiene que ser entendido desde el camino histórico de Jesús, dicen una verdad, que está atestiguada en el Nuevo Testamento. ¿Por qué Jesús muere como un criminal en el madero de la cruz? Es por el camino histórico del Reino y tenemos que aceptarlo esto como evidencia por mucha contemplación monástica que pongamos al canto de la cruz. La cruz es el palo donde mueren los rebeldes sociales y nada más. Otras formas de morir, a pedradas, se ceden hacer con otros criminales, pero sólo los que quieren cambiar la tierra de una forma nueva son condenados al suplicio del madero.

Seria impensable la cruz tan a corto plazo si no hubiera sido por ese camino entre los frentes, tan desestabilizador, tan nuevo, que hace que la historia se estremezca, que aparezcan los cimientos del orbe, es decir, la gracia sepultada en el fondo de la tierra y que los gérmenes de libertad y de fraternidad que hay en la historia florezcan en una nueva primavera con tal que consigamos a base de sangre romper la costra de la tierra endurecida.

Naturalmente, este nuevo éxodo no era antiguo, que para el Cristo liberador no hay que pensar en el antiguo éxodo, sino en el nuevo; este nuevo éxodo no es como el antiguo donde se usó la violencia y los opresores que estaban atrás y los oprimidos fueron adelante; aquí, en este éxodo, los opresores están a un lado y los oprimidos que quieren ser opresores a otro y entre los frentes por una estrecha senda se abre el camino de la Pascua del Señor.

Es algo nuevo, es inédito, es la escatología hecha historia. Por eso los primeros hermanos, cuando intentaron expresar esta travesía, no tuvieron más remedio que acudir a una palabra con la cual ellos pudieron expresar la misericordia entrañable. ¿Cómo expresar la misericordia entrañable hecha historia? ¿Con qué palabra?

4.- EL ENTREGADO

Los relatos de la Pasión y de la Resurrección, que son el Evangelio -todo lo demás no es más que un pequeño prólogo- Los relatos de la Pasión y de la Resurrección, que son el Evangelio, tienen una palabra clave que estructura todo el acontecimiento, que es el "verbo entregado" "paradidomi" La corporeización histórica de la misericordia entrañable es la entrega, la entrega de si mismo Por eso, los relatos de la Pascua que vamos a contemplar, son relatos que se articularan en torno a la palabra "entregado" ellos le entregaron, el Padre le entregó, El mismo se entregó a si mismo; inclinando la cabeza entregó el espíritu; tomad y comed, esto es mi cuerpo entregado por vosotros; tomad y bebed, esta copa, es mi sangre derramada por vosotros. Si esta mañana en la oración no entramos a esa palabra, a ese Misterio del Christus Traditus, del Filius Traditus, pues no podremos hacer nuestra ofrenda y no podemos entrar en la obediencia del Hijo.

Aparentemente la entrada en el Misterio Pascual es una entrada que está hecha por los hombres, es decir, este camino de la mesa comen no lo soporta nadie, y entonces los que levantan la cruz son los ricos y los pobres, los que le entregan son los ricos y los pobres. "Ellas le entregaron" y aparece en los textos: el Sanedrín, los sacerdotes, los ancianos, los letrados, ellos le entregaron. Pero también le entregó el pueblo: "Crucifícale" que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, ellos le entregaron. Pero cuando se lee el texto en actitud de adoración, se da cuenta uno de que nosotros no lo entregamos. ¡Cómo vamos a entregar nosotros al Ungido! ¿A quién se le ocurre? ¿Cómo podíamos nosotros colgar del madero al Ungido, a la misericordia entrañable? ¡Si no podemos!

Entonces hay que contemplar la Oración del Huerto y ver que quien lo va a colgar del madero es el Padre. Se ha propuesto entregarlo El. Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo. El que no perdonó a su propio Hijo sino que le entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a regalar todo con El? El Padre es el que lo entrega y se lo dice en la oscuridad de la noche: tienes que subir al madero. El, sudando sangre le dice: "Abbá, Padre" Aquí estoy, por ellos, para manifestar la gloria de tu gracia. Y cuando vienen a buscarlo al huerto, dice: ¿A quién buscáis? Y ellos dicen: a Jesús Nazareno. Y Jesús se levanta de la oración y dice serenamente: "Soy yo". Ego ei mi, ego sum. Las palabras de Yavhé del AT dichas en la boca del Hijo. La gente se cae al suelo. Naturalmente, no puede levantarse, ese "ego sum" no puede levantarse; la fuerza de la gracia derriba la historia. Pero es que la gracia esta en la hora de la impotencia, de la debilidad, de la locura. Es que el Hijo es las entrañas de misericordia del Padre dadas a la humanidad y el universo perdidos. Es que el Hijo es la condescendencia amorosa del Padre, y por tanto, para regalarse a los pequeños ¿qué otra cosa tiene que hacer la gracia sino empequeñecerse hasta la debilidad y hasta la locura? Por eso dice el himno del Viernes Santo, que la cruz está sostenida por el Padre, está levantada por El y que ha sido el Padre el que ha sostenido nuestras manos para que pudiéramos colgarlo. Por eso, llama el himno a la cruz, brazo de Dios con los verdugos del Ungido.

Verdaderamente es asombroso ¿verdad? Lo que aparece en la cruz es algo que nosotros no sabemos, hemos de confesar en adoración, rostro a tierra, que hemos sido nosotros más amados que el Hijo del Amor, que para rescatar al esclavo, el Padre ha entregado a su propio Hijo, y si el Hijo es las entrañas del Padre, quiere decir, como dice la teología moderna, que el Padre ha sufrido más entregando al Hijo que entregándose a si mismo, y que la muerte de un Hijo en la cruz es la misma muerte increíble del Padre; es el amor a la historia en un exceso que desborda la capacidad de nuestra mirada; es el resplandor cegador de la cruz.

Ahora decimos cómo el Hijo del Amor, ahora entendemos, es la absoluta gracia, la misericordia desentrañada, el Hijo entregado como siervo. Pero en este Verbo que estamos contemplado en el texto Pascual del anuncio de los sinópticos, de Juan y de Pablo, encuentra una tercera expresión en "El mismo se entregó a si mismo" El mismo se entregó a si mismo, se humilló a si mismo, hecho obediente hasta la muerte. Hasta aquí llegaba el Himno: "se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte".

El apóstol está seducido por el misterio de la cruz de Jesús, pero a diferencia, de Juan que ha visto al Cristo en la cruz como el Cristo románico, como el pantocrátor, como el Señor, el apóstol ha visto al Cristo de la cruz, roto, hundido, como la humanidad desangrada, como los cristos góticos que se hunden y se doblan; entonces, el

apóstol ha añadido de su puño y letra al Himno "y muerte de cruz" "Zanatu de estaulú". Es una palabra hecha de puño y letra del apóstol. El Himno llegaba "hecho obediente hasta la cruz y muerte de cruz" ¿Y por qué el apóstol ha añadido "y muerte de cruz"? Porque quería expresar que el amor de Jesús es la gracia, la pura gracia, la absoluta gracia, la inmensa gracia, gratis, en su gracia, en su sangre (Rom 3,25 - texto eucarístico de la proclamación de la fracción del pan, incorporado también a la gran carta que es el testamento del apóstol).

Voy a poner un ejemplo que tal vez exprese, aunque parece que a lo mejor no esta en el momento, pero yo creo que si que está en el momento, un texto de uno de los discípulos de Jesús que ha hecho estas travesías con El, para iluminar, como dice la oración misma del día 4 de octubre, el misterio de Jesús.

Francisco hizo un camino parecido a Jesús y terminó como terminó Jesús, como terminan todos los grandes discípulos, abandonado de sus hermanos y marginado, y una noche que iba con el hermano León de camino, era una noche de invierno, donde había mucha lluvia y nieve, y sabiendo que los iban a maltratar, pues le dice Francisco a León: Oye, ¿tú sabes lo que os la verdadera alegría, la perfecta alegría? Entonces León, que era el único hermano que le acompañaba -ya Francisco estaba muy enfermo- le dijo: No sé, la perfecta alegría, digo yo que será (como era un hermano muy entrañado en la aventura de Francisco), pues dar los bienes a los pobres. Y Francisco se sonríe en la oscuridad de la noche y le dice: No, no es exactamente dar los bienes a los pobres. Continuaron caminando y León iba pensando, pues entonces qué es. Ya Francisco le vuelve a sonreír: Oye, lo de la perfecta alegría ¿lo has pensado? Estaba lloviendo y nevando y el saco que tenían estaba todo empapado en agua, con la soga y dice, yo digo... Si te dices que no es dar los bienes a los pobres ¿qué puede ser? pues dar el evangelio a los pobres, claro que es mas que los bienes. Y Francisco le sonríe y le dice: No, mira, la perfecta alegría es que ahora cuando nosotros vamos a llegar a casa, el hermano va a salir, va a coger un palo lleno de nudos y nos va a dar una paliza y nos va a tirar en el suelo, ya verás, va a ser así, que nos va a tirar en el suelo... Oye, pero ¿cómo les podríamos querer si no gratis? ¿Cómo podemos querer a los hermanos gratis, si no nos maltratan y nos dan muerte? ¿Cómo puede aparecer la gracia si no es cuando nos dejamos entregar por ellos a muerte y que nos coman y que nos maltraten? ¿Cómo creéis vosotros que puede aparecer si no la gracia?

Naturalmente, suspendido Jesús, entre el cielo y la tierra, abandonado de todos nosotros y abandonado de su Padre. "Eloí, Eloí, lama sabatani" ¡Dios mío, Dios mió! ¿por qué me has abandonado? (Salmo 21). Abandonado de su Padre, es cuando puede llegar a entregarse a si mismo como la absoluta gracia, como la misericordia desentrañada; nada le sostiene, nada a cambio le compensa, todo es agresión, todo es abandono, es la hora de la total pérdida de si mismo, de la total donación, de la donación exhaustiva, de la gracia convertida en sangre.

Nosotros no sabemos lo que es el Misterio Pascual ¿verdad? por eso no sabemos todavía lo que es la liberación, pero a partir de hoy vamos a dedicar muchas horas a poner los ojos en le Crucificado, como decía Teresa de Jesús en las séptimas moradas, vamos a poner los ojos en el Crucificado para comprender lo que es la gracia, lo que es la misericordia entrañable, viéndole a El que mirándonos a nosotros con las manos levantadas al Padre dice: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Es el "pro eis" de las entrañas del Padre, desentrañado ahora ante nosotros y entregado.

Por eso Juan, que esto lo ha contemplado hondamente, aporta a este instante del Misterio Pascual una palabra insondable que tenemos poco descubierta. Empieza el relato de la Pasión diciendo: Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo -eis telos- hasta el extremo, hasta el final, y entonces el Hijo Amado, clavado en el madero dice: Ahora hemos llegado al final "Consumatum est" Hemos llegado al final, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu, que no es el alma, es el Espíritu Santo, es la misericordia entrañable, es la llama de amor viva, lo que entrega el Primogénito colgado del madero, entronizado, lo que entrega es la misericordia entrañable.

Pero Juan, que ha contemplado esto y su comunidad, en una actitud profunda de adoración y agradecimiento a lo largo de los años, continúa diciendo: ¿Y dónde pensáis vosotros que nos dio el aliento? En el Pan y en la Copa, por eso salid de su costado sangre y agua, que es la Copa que bebemos en la mesa, que es nuestra Pascua. Por eso no le rompieron ningún hueso. Y esa mesa de la fracción del Pan, es la mesa de la travesía, ya lo sabéis. Por eso, de ese costado abierto hemos salido nosotros, su cuerpo, los sacramentos de la alianza nueva.

Nosotros no estábamos tan acostumbrados a esto ¿verdad? Pero con esto, el Primogénito ha entrado en la muerte, el círculo de la esclavitud histórica se cierra en la muerte. Unos y otros mueren matando y la muerte es la concentración de todas las cadenas; el infierno, el abismo de la esclavitud, las partes mas bajas de la tierra. La hondura de la encarnación no es el pesebre, es la cruz, las cadenas del pecado y de la muerte nos hacen, como dice el salmo, un rebaño para el abismo, la muerte de su pastor.

Padre, ¡qué asombroso regalo de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo. La muerte y la vida entablaron un duro combate y el jefe de la vida, muerto, reina vivo. Permitidme que tomemos de la liturgia las aclamaciones "Por la fuerza de la cruz donde colgó el hermano y el siervo, contado entre los criminales, el mundo ha sido juzgado como reo y el crucificado levantado como juez poderoso. Sí, verdaderamente muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida. El Padre abraza su cuerpo roto y desangrado en la cruz y alentándole el espíritu, le devuelve a la vida, le sienta a su derecha y a la cabeza nuestra porque la Pascua no es tanto el paso de la muerte a la vida cuanto la entronización de la vida, la victoria de la vida, la puesta en la cabecera de la mesa y en la cabecera del camino del pionero de la vida. La Pascua es la entronización, la Pascua es una travesía que nos hace pasar de la muerte a la vida, poniendo a la cabeza nuestra y a la cabeza del universo de la historia al pionero de la vida, al que le vamos a dar el nombre que está sobre todo hombre.

5.- EL KIRIOS: EL SEÑOR

¿Cuál es ese nombre que esta sobre todo nombre? El nombre de Hijo, pero ya no Hijo sólo entregado, sino entronizado sobre nosotros -Kirios- Señor. Por eso le dio el nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda lengua confiese: Jesús, el Hijo entregado por nosotros, el Cristo es ahora el Hijo puesto sobre nosotros a la cabeza nuestra, entronizado, exaltado, Señor, para manifestar la gloria del Padre, no para devolver la gloria al Padre, sino para manifestar la gloria del Padre, con la cual nosotros podamos responder de gloria en gloria.

Naturalmente, el Himno que nos ha servido estos días de contemplación, descubre claramente, que lo que esta sucediendo aquí en realidad es la Pascua de la humanidad y la Pascua del universo, porque al ser entronizado el Primogénito a la cabeza de la mesa y de la marcha, lo que ha aparecido es el hombre nuevo. Por un hombre viejo empezó la historia vieja, pero ahora esta el hombre nuevo, el Primogénito, y el Primogénito hace pasar a la humanidad por la Pascua, convirtiéndola en humanidad nueva. ¿Y qué es la humanidad nueva? La humanidad de hijos y de hermanos. Y hace pasar el universo de la tierra de la esclavitud y el enfrentamiento, a la mesa compartida de la reconciliación y de la liberación.

Ahora comprendéis por qué los primeros hermanos, después de esta contemplación, vienen a decir una cosa que admirablemente dijo Orígenes: El Reino, es el Cristo Pascual, es la autobasilea, o como dice Schillebeeckx en su libro: El Reino de Dios tiene ahora el rostro de Jesucristo. Ese Cristo Pascual, sentado a la cabecera de la mesa, cuyas manos, marcadas por las marcas de la cruz, son la mesa con la pequeña fraternidad de discípulos en torno, que comparte la vida y los bienes y los dones, y pone a los pobres a la cabecera de la mesa. Eso fue la escena de Galilea que ahora se cumple, la inauguración de la nueva creación. Es el día de la victoria. Dice Kulman en su libro, que lo escribió en la Segunda Guerra mundial, que hay un día final de la victoria, cuando la guerra se termina, pero que hay otro día anticipado de la victoria, que es cuando el enemigo en sus raíces he quedado derrotado (todavía quedan –algunas- pequeñas batallas hasta el final). La Resurrección es el comienzo de la Parusía, las primicias del Reino; el Reino ha empezado ya. Todavía quedan algunas batallas históricas que dar, pero las primicias, el anticipo, los cielos nuevos y la tierra nueva, la nueva humanidad, el hombre nuevo, lo tenemos en el Pan y en la Copa que partimos.

Realmente, es asombroso pensar ¿verdad? por qué los primeros hermanos hacían de la cena la fiesta de la Pascua, la fiesta de la travesía, el punto de arranque y el término de su peregrinación; porque a diferencia de los poetas que cantaron después el Misterio Pascual como una marcha de Jesús "y dejas Pastor Santo tu grey en este valle hondo y oscuro en soledad y llanto, y tú te marchas al inmortal seguro"... Los primeros hermanos no lo entendían así. ¡Que no se ha ido para desentenderse de este mundo! sino que va delante de nosotros como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su cuerpo, le sigamos sobre sus huellas con ardiente esperanza de tomar definitivamente parte en su grey.

6.- EL PRIMOGENITO

Por eso comprendéis lo que al principio de los Ejercicios decía: El titulo del futuro para la nueva humanidad, que empieza a germinar, el titulo de Jesús, será el titulo que el Vaticano II ha elegido para su Constitución Gaudium et Spes: Primogénito, "hermano mayor de los hombres" "hermano mayor de la tierra" "hombre nuevo". En tránsitos históricos como éste, es esa cercanía del Primogénito, en lo que tiene de proximidad y en lo que tiene de primacía, en lo que nos toma y en lo que nos sobrepasa, es la aparición de la ternura de Dios con los hombres en este tiempo en que entramos a una nueva etapa de la historia.

"Vimos romper el día sobre tu hermoso rostro"

"Y al sol abrirse paso por tu frente"

"¿Cómo sabremos que eres un hombre entre los hombres,

si no compartes nuestra mesa humilde?
Repártenos tu cuerpo,
y el gozo iré alejando
la oscuridad que pesa sobre el hombre."
"Arroja en nuestras manos,
tendidas en tu busca,
las ascuas encendidas del Espíritu;
y enciende en lo más hondo
y limpia en lo más hondo,
del corazón del hombre,
tu imagen empañada por la culpa."

Estuvimos diciendo estos años en los Ejercicios, que estamos a punto de descubrir una nueva relación de naturaleza y gracia, de escatología e historia; tal vez pudiera ser ésta. Jesús es la gracia regalada a la humanidad, que ya era gracia, pero que estaba clausurada y esclavizada, que estaba germinando y que ahora al ser agraciada como María "gratia plena" "Jaris, quejaritomene" es gracia agraciada.

Los hombres están muy cansados del camino, profundamente desesperanzados, se emborrachan y se drogan por desesperación; que no una nueva forma de poder de la Iglesia va a poder levantar a los decaídos y evitar que se rompa la caña cascada y la mecha humeante, que sello la Iglesia como rostro de la misericordia de Jesús "Lumen Christi in facie ecclesiae splendentis" solamente la luz de la ternura del Primogénito, en lo que tiene de fuerza y de ternura, de gracia, y de brecha abierta va a poder levantar la humanidad a unas formas nuevas, inéditas, de liberación y de reconciliación que estamos estrenando.

Por eso, nosotros, en esta noche oscura de la sociedad de consumo en el hemisferio norte y de la seguridad nacional en el hemisferio sur, cantamos el Himno Pascual: ¡Oh feliz culpa! ¡Oh feliz seguridad nacional del hemisferio sur! ¡Oh feliz sociedad de consumo del hemisferio norte! El Primogénito va a inaugurar hoy con un puñado de pobres unas formas nuevas de libertad y de fraternidad que nunca jamás han sido conocidas porque El ama a esta tierra y a estos cielos con la misericordia entrañable del Padre y su cruz ha sido una victoria. El tránsito del madero lo tendremos que hacer en el martirio, pero su cruz ha sido una victoria.

TEMA - 9°

EN LAS HUELLAS DEL HIJO EXALTADO

“BUSQUEDA”

INTRODUCCION

El sacerdocio, el apostolado, debe ser entendido en el Misterio de Cristo, en su Iglesia, peregrina en el mundo hacia el Reino. En esta perspectiva cristológica, eclesiológica y escatológica no podemos descifrar nuestro ministerio apostólico. El texto del Concilio Vaticano II sobre el ministerio apostólico debe ser encuadrado aquí. Si os dais cuenta, los grandes textos conciliares son dos: uno que habla del Misterio de Cristo en su Iglesia -Lumen Gentium- es el Señor que está reuniendo su Iglesia como una fraternidad; pero después hay otro gran texto complementario que habla de cómo esta Iglesia no es para el mundo, como decíamos en aquel momento, Iglesia-mundo; es mucho más profundo esto, es una Iglesia que es fermento del mundo, fermento y alma del mundo para la llegada del Reino del Padre. De manera que es la Iglesia peregrina en el mundo para el Reino del Padre. No hemos de confundir nunca Iglesia es para el mundo, porque entonces el mundo lo empequeñecemos, sino es la Iglesia el fermento y el alma del mundo hasta que el mundo se convierta en un hogar para la fraternidad de todos los pueblos que presida el mismo Señor cuando El entregue el Reino al Padre.

I.- EN LA ESPESURA DEL MUNDO

Entonces, decimos que la contemplación que hacemos esta tarde, la hacemos en esta perspectiva: el Señor a la cabeza de su Iglesia va atravesando el mundo en toda su espesura para transfigurarlo en la mesa compartida del Reino del Padre. Entonces, comprendemos ahora muy bien el texto del Concilio de Lumen Gentium sobre el ministerio sacerdotal que dice: "Haciendo las veces de Cristo, cabeza y Pastor, reúnen a los hermanos en la fraternidad" "Por las huellas de Cristo en el Espíritu los van conduciendo hacia el Reino del Padre". Por tanto, se ve claramente que el ministerio apostólico está situado en esta doble dimensión: por una parte los apóstoles a la cabecera de la mesa congregan la fraternidad, reúnen la comunidad, "colligunt"= reúnen; pero nuestra labor no es intra-eclesial sólo: reunir la comunidad, sino el apóstol ahora, a la cabecera de la marcha, haciendo presencia al Cristo cabeza de la Iglesia, de la cabecera de la mesa de la Eucaristía, pasa a la cabecera de la marcha de la peregrinación, que atraviesa el mundo y transfigura el mundo. Es el otro verbo de esto "aducunt" conducen a los hermanos por las huellas de Cristo en el Espíritu a preparar en el mundo el Reino del Padre.

Esta contemplación que hacemos hoy del Ministerio apostólico, nos sitúa en su correcto ángulo de visión. El apostolado se sitúa a la cabecera de la mesa y a la cabecera de la marcha. Una vida apostólica que se agote en la edificación de la comunidad, es una vida apostólica mutilada; como una vida apostólica que se agota en el liderazgo histórico del mundo es una vida apostólica mutilada. Haciendo las veces de Cristo, cabeza y pastor, reúne a los hermanos en la comunidad, partiendo el Pan en la mesa, lavándoles los pies, para que tengan un corazón y un alma, y sean un cuerpo y tengan todo en común, pero luego, el Señor se levanta de la mesa y sea la cabecera de la marcha a recorrer, a perforar, a transfigurar el mundo y como el apóstol es la "representatio Christi capitis" a la cabeza de su comunidad tiene que hacer esta travesía, este entrara la espesura del mundo. De la hondura de la Eucaristía a la espesura del

mundo, porque ya decíamos ayer que esto es la verdadera liturgia completa, la liturgia de la consecratio mundi, de la transfiguración del mundo, es decir, hacer de la humanidad y del universo, cuerpo del cuerpo del Señor, cuerpo del cuerpo partido en la Eucaristía.

Entonces, como en las grandes travesías, nosotros sentimos la necesidad de pisar sobre las huellas del Señor que pintábamos esta mañana. Los apóstoles de hoy tenemos como una gran pasión, sentimos una gran pasión. ¿No podríamos vivir como los primeros apóstoles? ¿No podríamos anunciar el Evangelio como los primeros apóstoles? La "ipsisima vox" Jesús, la mismísima voz de Jesús había que completarlo con el mismísimo camino de Jesús.

Cuando nosotros intentamos hacer en el mundo, en esta tierra, en este pueblo, el mismísimo camino de Jesús, tenemos que tener cuidado de no recaer en la arqueología, en la copia arqueológica del camino histórico de Galilea, porque aunque el camino histórico de Galilea es una huella a la que tenemos que volver, el Señor está vivo y hoy va a hacer unas huellas que empalman con aquellas, pero que son nuevas y que dependen de las angustias y las esperanzas de los hombres, del marco histórico de la tierra y del pueblo que vamos a recorrer. Por tanto, el mismísimo camino apostólico de Jesús, atravesando el mundo, hoy va a ser nuevo, es el mismo y es nuevo, Jesús, ayer, hoy por los siglos.

Esta mañana terminábamos la meditación diciendo que una gran novedad se esconde en la travesía de la Iglesia en el mundo de hoy. Entonces, una vez planteada así la perspectiva iríamos un poco persiguiendo las huellas del Señor, pero antes os hemos repartido un folio, que es un pequeño diseño comunitario (ya me permitiréis si en esta meditación me extiendo un poco más y prescindo de los textos y los papeles que bien me cuesta).

Bueno, si decíamos que el camino nuestro es el mismo camino de Jesús, pero no solamente del Jesús histórico que ya pasó, sino del Cristo Resucitado y entronizado que esta a la cabecera de la marcha, entonces tendremos que preguntarnos, como se pregunta esta Iglesia: Cómo está la tierra, cómo está el pueblo que hemos de atravesar (éste pequeño dibujo que yo tengo aquí no es mió personal, es un dibujo en cierto modo colectivo, porque es el resultado de una búsqueda, que en los últimos años estamos ensayando y es el mismo dibujo de la mañana de las cadenas, pero intentando retratar lo que eso es hoy en la sociedad de consumo). Son pequeños ensayos de lecturas históricas de los signos de los tiempos hoy, en estas tierras por donde el Señor nos ha situado.

Permitidme por tanto unos minutos más en la explicación, aunque esto es más bien comienzo de un largo diálogo que tenemos que mantener durante años, que no una cosa que exhaustivamente pueda decir aquí. En el dibujo se ven unas figuras que son las mismas que había en el dibujo de esta mañana. Hay una figura que tiene una gran bolsa y tiene un palo; hay otra figura debajo que tiene un azadón separado de la mano y después hay otras dos figuras que están caídas, todas tienen las manos cerradas, y otra figura que está todavía mucho más caída. Las cuatro figuras tienen de particular que todas ellas tienen como una argolla de hierro en el corazón, menos la última. Hay como sangre en la tierra.

Bien, esta situación que tenemos aquí pintada, son símbolos, son imágenes de lectura

de la realidad. Se ve realmente en esta figura los que tienen en sus manos el capital y el poder, el capital, el poder y la cultura. En la figura de abajo, son los que no tiene ni capital, ni poder, ni cultura, el mundo del trabajo. Quiere decir, que este mundo del trabajo está despojado, está abatido. Estos de arriba son pobres, por tener el corazón cerrado al amor, pobres uno. Pero estos de abajo son pobres dos, pobres al cuadrado, porque además de tener el corazón cerrado al amor, que es la extrema pobreza de la culpa, además están despojados y abatidos. Pero los otros son pobres tres, porque están despojados, abatidos y marginados. El último está tan marginado y tan roto, que nos preguntamos si algunas formas de humanidad despojadas son capaces de poder decidirse por el amor, tan destrozado como está. El dibujo pretende evocar por una parte el tercer mundo, el hemisferio sur, y por otra parte este cuarto mundo, estas bolsas de pobreza del primer mundo, del hemisferio norte.

En principio hay una novedad, esto podía ser como una cosa de lectura que teníamos hecha durante mucho tiempo, pero hay algunas novedades muy importantes, por ejemplo: el pueblo castellano ha cambiado profundamente, lo mismo podríamos decir del pueblo andaluz, del vasco, o en Navarra o en Galicia. ¿Cuál es la novedad profunda en los últimos 10 ó 15 años en la situación histórica? porque hemos de atravesarla, claro. Pues las novedades son muy importantes, en primer lugar esta bolsa, que hay a.C. no tiene dinero español ya, como pensábamos en los años 60 con los monopolios, aquel libro "Los monopolios" de Tamames, sino que es un dinero multinacional, es la entrada de las multinacionales en España, muy importante. Esto tiene un sentido histórico salvífico. ¿Qué significa la entrada del capital multinacional en España?

Pero además de este hecho, que es nuevo en la historia humana, es decir, que un grupo de dueños del capital trilateral (EE.UU, Europa Occidental y Japón) tengan en sus manos la economía del universo, esto es nuevo y en la historia humana. Hay otro hecho todavía más importante y es que la tecnificación del mundo ha permitido crear una enorme ventana: los medios de comunicación social que hasta ahora no se habían dado así para transformar el tejido íntimo del ser del hombre, y lo que podían ser medios de luz, se convierten en medios de enajenamiento. Lo que el dibujo pretende, pues los hombres de inteligencia, mayoría sostenida sobre unos libros, todos son dibujos catequéticos de búsqueda, a lo mejor no estén bien, a lo mejor no son correctos, no sé si serán verdaderamente evangélicos, pero creo que lo propio de un Pastor es, como dice el Concilio, rastrear los signos de los tiempos y ver por donde hay que anunciar el Evangelio y reunir la comunidad y transfigurar el mundo.

Bien, la cosa es muy simple, hay aquí una televisión que ofrece un coche y una botella de bebida, con unas revistas: esto pretende decir que la estrategia del capitalismo internacional adopta dos formas: Una en el hemisferio sur, que es la seguridad nacional, o sea, la dictadura militar. Cuando las sociedades despegan con clases medias, ya no es posible la dictadura, entra la democracia formal y comienza una nueva forma de dominación, que es el consumo. Entonces, a través de los medios de comunicación social (esto lo ha estudiado muy bien Pablo Freire) se ha introyectado el opresor, es decir, se ha cambiado el tejido vivo de la vida de los hombres, la escala de valores, los planteamientos de la vida y ahora, ser hombre es tener dinero para estar bien, ser es igual a bienestar.

Esto está metido en nuestro pueblo tan a fondo, que en cualquier pueblecito de la geografía castellano-leonesa lo que nos encontramos en realidad es esto, nos

encontramos con una introyección en el alma del pueblo sencillo, de una nueva visión del mundo, que está radicalmente opuesto al Evangelio y que es un nuevo paganismo, pos-cristiano, es decir, que ha venido después de la primera evangelización, que todavía continúa usando los símbolos cristianos y las practicas cristianas de piedad, pero que en el fondo el tejido existencial del pueblo está adherido al coche, a la televisión, a los instrumentos de poder, al tener un chalet en la sierra, a tener cada vez más, a poder cada vez más, disfrutar más y cuando esto no es posible se entra en el camino de la frustración, del cual uno se evade bebiendo y desintegrándose -los procesos de drogadicción- "tú no puedes tener trabajo, no se te ocurra organizarte ¿para qué? si es inútil, no se te ocurra plantearte por qué, ni siquiera hacer un grupo de lucha para hacer una justicia nueva".

Con lo cual hemos asistido en la historia española, en los últimos 10 años, a un derrumbamiento casi masivo de los ensayos de trabajo por la justicia para una sociedad distinta de la que tenemos. El socialismo democrático, que nos ha venido dando libertades formales, en nada se diferencia del capitalismo, y lo que nos encontramos en realidad es un reajuste del sistema capitalista para su supervivencia indefinida. Si hay tres millones de parados en España, o hay ocho millones de pobres y cuatro millones de pobres en reserva, pues a lo que están condenados es a la drogadicción. Uno no sabe si es mejor estar en las cárceles de Brasil haciéndosele sangre en las manos por las argollas de la dictadura militar o estar tirado en las discotecas de nuestros pueblos como los jóvenes, prostituyéndose y emborrachándose hasta las cinco de la mañana los domingos. Uno no sabe qué tortura es peor, porque tener sangre en las manos por las argollas de la cárcel, le permite a uno saber que es hombre, y soñar con algo distinto, pero estar en las discotecas hasta las cinco de la mañana prostituyéndose y emborrachándose de una forma increíble y brutal como está todo organizado sistemáticamente, hace que el hombre ni siquiera pueda sentirse que es hombre y que la angustia y el vacío de nuestra juventud, que son los hombres que han de crear la historia del futuro sea cada vez más fuerte.

Sospechábamos en el Ministerio Pascual, que esto va a dar origen a una vida nueva, a un ensayo nuevo de libertad y de fraternidad, pero ¿qué raíces tenemos que tener para hacer un itinerario nuevo y no recaer en las migajas del consumo y en los ajustes periféricos del sistema aún con nuestras mejores intenciones? Bien, este pequeño planteamiento, que no es más que un ensayo, discutible, apenas esbozado, de la nueva situación histórica, que D. Antonio Palenzuela suele llamar el "cuarto mundo" no porque sea más pobre que América Latina, sino porque tiene menos vida y menos proyecto. a.C. no hay campesino en marcha para una tierra nueva y no hay un proyecto histórico de futuro. La región de Castilla no tiene proyecto histórico, como tampoco lo tiene Andalucía, tampoco Extremadura, tal vez Andalucía tenga más posibilidades de buscarlo, con lo cual las situaciones son de una agonía como permanente, como de un hundimiento histórico, como de una vuelta a la nada, de un pueblo que ha perdido su propia identidad y su propio sentido de la historia.

Ser evangelizador en esta tierra de hoy supone estar en el corazón de la Eucaristía, pero desde el corazón de la Eucaristía ensayar la Eucaristía desentrañada, que es el itinerario de la liberación y de la reconciliación de estas tierras y de estos hombres, porque si no estaríamos comiendo nuestra propia condenación. Naturalmente, yo me doy cuenta que estos ensayos, estas búsquedas, pues ahora mismo las tenemos sin ensayar, y por eso había que tener los ojos puestos en el Señor, en su camino, en el

Cristo del Evangelio, y los ojos puestos en esta tierra y en esta historia donde está también el Señor, pasando, atravesando, para que así el ayer y el hoy del Evangelio los pudiéramos empalmar en una radical novedad.

2.- ANUNCIAR EL EVANGELIO

Bien, si nosotros ahora dijéramos: bueno, pues ya estamos aquí en nuestro pueblecillo, hemos empozado la comunidad de bienes, de dones. ¡Ah! Pero, no hemos hecho más que la mitad, ahora nos toca las mismas huellas de esta mañana. ¿Qué hacer entonces aquí? Pues es muy sencillo, coger el texto sinóptico. El texto sinóptico lo presenta con toda claridad en Mt 4, lo que hizo Jesús; en Mt 10, lo que encargó Jesús a los Doce que hicieran. ¿Qué dice el texto? Jesús recorría los pueblos y las aldeas anunciando el Evangelio de Dios. "Id, poneos en marcha, anunciad que el Reino ha llegado ya" (Mt 10). Lo primero, por tanto, y nos tenemos que hacer a los caminos de una nueva evangelización, es anunciar el Evangelio. Cuando decimos anunciar el Evangelio, no decimos de puertas a dentro: tener una catequesis de niños, o una homilía en la Eucaristía, es salir a un mundo que ya es pagano o está en proceso de paganización y anunciar como misioneros el Evangelio a los nuevos paganos, a los alejados que son los pobres, los disidentes y los jóvenes. Salir fuera, fuera del marco acogedor de la comunidad, de los amigos con los que nosotros partimos el Pan de la Eucaristía y un poco el vino por la tarde.

Nosotros no podemos de ninguna manera permanecer en el marco de la comunidad, porque entonces dejaríamos de ser misioneros y de cumplir el mandato que hemos recibido del Señor: "Id, poneros, en marcha, a todos los pueblos, a la creación entera, hasta los confines de la tierra y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Por tanto, ese eclesiocentrismo, esa vuelta de la comunidad cristiana sobre sí es una traición al mismo Evangelio; esa vida apostólica hecha con el grupo de hermanos y amigos con los que compartimos la Eucaristía, es una traición a la Eucaristía misma, porque la Eucaristía misma es una llamada a la misión, al éxodo, a la travesía de la tierra, hasta llegar al martirio. La pregunta es naturalmente que, siendo nueva la tierra y la historia, mejor dicho, siendo distinta la tierra, y siendo distinto el pueblo y la historia que como nos habíamos imaginado, igual tenemos que hacer una evangelización nueva y plantearnos si nos vale la ética individualista que muchas veces hacemos en nuestras catequesis en las cosmovisiones morales individuales o por el otro lado una indoctrinación revolucionaria, una especie de Evangelio para la revolución, una moral social, si eso es Evangelio o si Evangelio es otra cosa, es Buena Noticia, que es Palabra viva, que es fuerza de salvación, es la liberación más radical. La liberación más radical, es la liberación del pecado, del pecado personal, del pecado que se esconde en el corazón del hombre y eso solamente sucede por el camino de la evangelización, por el camino de la evolución del Cristo muerto y resucitado, de su comunidad y de su Reino.

Por tanto, no de una evangelización, de un Evangelio que es una visión del mundo con tabla de valores morales y los valores para acá para allá que trabajamos, sino Cristo vivo, Cristo Pascual, Cristo reuniendo a su Iglesia, haciendo la mesa de su Reino y preferencialmente volcado a sus pobres. No me avergüenzo del Evangelio, porque es fuerza de salvación. ¿Quién nos ha dicho a nosotros que Jesús hizo una pre-evangelización? ¿Que estuvo mucho tiempo sin evangelizar? No, no, Jesús nada más que llegó a los caminos dijo: "Ha llegado el Reino" por tanto, nosotros teníamos que ser cuidadosos a ver si somos verdaderamente fieles al Señor como apóstoles, aplazando el

anuncio de Jesús de su nombre bendito, de sus misterios y de sus promesas por querer acercarnos más al hombre de hoy cuando en realidad lo que el hombre de hoy está esperando es el Hombre, en el cual únicamente hay salvación para la historia que es Jesucristo.

Yo me doy cuenta "que este planteamiento de la Evangelización, tal como aparece admirablemente en la Evangelii Nuntiandi, es un planteamiento que requiere volver a las raíces del Evangelio mismo, darse cuenta que el evangelizador es Jesús, que el evangelizado es Jesús, que el Evangelio es Jesús y que el sujeto de la Evangelización es toda una comunidad de hermanos que lo acoge y lo anuncia, donde hay un presbítero que hace sus veces de mayor, pero también hay unos laicos y unos religiosos que son portavoz del Evangelio: es la fraternidad misma la que evangeliza.

Por tanto, gritar a voz en grito el Evangelio de Jesús, como lo hicieron los primeros apóstoles, es la primera tarea para atravesar el mundo, para entrar a la espesura de la historia. Sería bueno que nosotros nos diéramos, cuenta que entonces lo primero en este dibujo es abrir estos corazones que están cerrados; esta es la primera tarea, anunciar el Evangelio para que los hombres abran su corazón a la fraternidad y a la mesa compartida. ¿De qué nos sirve a nosotros cambiar las estructuras si el corazón no cambia? Lo primero es el corazón y eso hay que hacerlo con el anuncio vivo del Evangelio, con el encuentro con Jesús.

El problema que se nos plantea es que en esta situación nueva en que todo se ha comercializado ¿cuál es la sacramentalidad del Evangelio? ¿Cuál es la voz de la palabra del Evangelio? ¿Cuál es el signo del misterio del Evangelio? Solamente la gratuidad, cualquier forma de evangelización en las plataformas que se hagan que no sea verdaderamente anuncio del Evangelio como gracia, no alcanzará profundamente al hombre de hoy, porque seguro que la gente dirá y los mismos jóvenes: ¿Qué buscarán? ¿Qué buscarán estos curas y estos catequistas con sus proyectos de año? ¿Qué estarán buscando? Hasta que se den cuenta que no buscamos nada; que lo que tenemos no es más que el nombre de Jesús, y no tenemos otra cosa, ni oro, ni plata, y si tenemos más que el nombre, la pura gracia, la absoluta misericordia, harán bien en sospechar de nuestras nuevas modalidades pastorales. Por eso, la sociedad de consumo nos remite a mucha más hondura en el ministerio apostólico.

El rechazo con que somos acogidos en el anuncio no nos remite a que dejemos de anunciar sino que anunciemos mucho más verdaderamente y que nuestra voz concuerde mucho más verdaderamente con la Palabra que anunciamos. Esta pregunta cómo evangelizar hoy a una tierra que está alcanzada por la estrategia del capitalismo y del consumo es nueva; es una pregunta que deberíamos hacernos y que gracias al Señor esta pregunta en la Iglesia española se planteará en mesa común en los próximos días.

Pero yo después continuo con el texto sinóptico y digo: bueno, Jesús ¿qué hacía? ¡Ah! pues tal como yo he descubierto, además de predicar en la plaza, pues luego curaba a los pobres, iba de pueblo en pueblo anunciando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo (Mt 4), y luego me voy al Mateo 10 y me encuentro lo mismo: "Id y anunciad que el Reino de Dios está cerca" "curad a los leprosos, resucitad a los muertos, curad a los enfermos" A eso nos tenemos que dedicar, porque son los signos mesiánicos que atestiguan la palabra que anunciamos. Diréis vosotros, pobrecillos de nosotros si no podemos hacer milagros. ¿Quién ha dicho que no

podemos hacer milagros? "Y cuando yo me vaya haréis obras mucho más grandes que yo, porque me voy al Padre".

Por tanto, los signos mesiánicos en las comunidades tienen que aparecer milagrosamente, pero en formas nuevas; los nuevos signos mesiánicos de dar vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los paralíticos, canción a los que están mudos. ¡Claro que lo tenemos que hacer! ¿Cómo no lo vamos a hacer si el Señor los está haciendo en nuestras manos? Bueno, nadie se extraña de esto, porque la Iglesia siempre ha hecho sus signos mesiánicos ¿Quién dice que la Iglesia no ha amado a los pobres hasta hoy, cuando toda la historia de la Iglesia está llena de gestos admirables de servicio a los pobres? El problema es si los gestos que hemos hecho hasta ayer nos valen para esta nueva situación histórica o los gestos de servicio a los pobres que habíamos hecho tenían unos rasgos que ya no son para hoy.

Para un hombre maduro está claro que los gestos de servicio a los pobres como beneficencia paternalista son inviables ya. Para un hombre consciente, que tiene los ojos abiertos, está claro que los gestos a los pobres pidiendo a los ricos el dinero que les sobra son obsoletos ya. Entonces ¿qué hacemos? vamos a tener que dejar las colectas de Caritas o así; ahora nos lo tenemos que plantear, a ver qué hacemos.

¿Qué hizo Jesús? Pues primero curó a los pobres de dentro a fuera; les abrió el corazón y luego los ojos; les movilizó el corazón y luego las rodillas ¿Cómo tenemos que hacer nosotros eso, movilizar el corazón y luego las rodillas? Abrir el corazón y los ojos, hacer que cante el corazón y los labios. Bueno, pero no bastaría con eso. Luego Jesús, lo que hizo, fue coger a esos pobres curados, que era humanidad nueva, no gesto de un curandero que tapa las heridas y devuelve a los pobres a sus agujeros, para que continúen viviendo resignadamente su individualismo histórico, sino que los arranca de sus agujeros y los hace discípulos en la comunidad de Jesús. Ese texto de los apóstoles que cogen al paralítico en la "puerta hermosa" y lo levantan y lo ponen con ellos a su lado como pregonero del Reino.

Los pobres curados puestos a la cabecera de la mesa de la Eucaristía y a la cabecera de la marcha histórica como pregoneros del Reino, signos vivientes que convocan la llegada del Reino de Dios. Nuestros ancianos abandonados, nuestros minusválidos de los pueblos, los jóvenes parados, todos los marginados que se están drogando y bebiendo ¡ah, empleados! aunque no tengamos subvenciones del Estado, aunque no tengamos grandes estructuras para acogerlos, aunque al reclamarnos ahora el Estado nuestras estructuras de servicio a los pobres, tengamos que marcharnos a los lugares a donde nadie quiere ir. ¡Qué dicha para nosotros esta situación histórica! cuando somos expulsados de nuestras tiendas de campaña porque interesan a otros y nosotros tenemos que ir adonde no habíamos querido ir, a los últimos, a los abandonados, a los que nadie quiere y estar en España y sobre todo en el tercer mundo.

¿Por que no podemos hacer un éxodo en la Iglesia local, de las parroquias de la ciudad a los lugares marginales del campo o a las zonas de drogadicción, o a la juventud abandonada, o a los psiquiátricos, o a los lugares de los ancianos? ¿Cómo no es posible desplazar la vida religiosa y la vida consagrada a las bolsas de pobreza española que están en las fronteras de Portugal, o en las Alpujarras de Granada, o en torno a Guadalajara y Teruel y Soria? ¿Por qué no lo vamos a poder hacer? ¿Por qué no vamos a poner los signos mesiánicos, ensayarlos precisamente allí donde está la basura y la

nada que es en la tierra para la creación nueva?

Naturalmente, nosotros en un momento histórico como éste, no deberíamos repetir mecánicamente los gestos de ayer, porque ya no son sacramentalmente visibles. La sociedad de hoy que se puede construir a si misma, ya no reconoce como servicio gratuito lo que se hace a consta de tener mucho dinero y muchas seguridades. Los signos mesiánicos hay que hacerlos a la intemperie, jugándose la vida, con medios pobres, con tiendas pequeñas de campaña, porque lo que intentamos es hacer de los pobres una humanidad nueva y no acogerlos resignadamente sólo al bienestar para ayudarlos a bien morir. ¿Quién ha dicho que en "Aliste" nos vamos a dedicar sólo a enterrar a los muertos? ¿Por qué no podemos ensayar en Aliste con los pobres que están recluidos en aquellos pueblos, un tipo de humanidad, de conciencia y de marcha histórica nueva, que se ensaya más allá de lo que es posible hacer en las organizaciones de clase, de la clase obrera industrial ¿por qué no?

Naturalmente, esto supone por parte de los presbíteros, de los laicos y de los religiosos una experiencia contemplativa muy fuerte, que no solamente es contemplativa del Señor en su Cruz y en su Cena, sino contemplativa del Señor en su historia, en sus caminos y en los signos de su paso por el mundo. Esto, por supuesto (estos planteamientos que ya digo yo, que a lo mejor no son correctos, que son un poco ensoñaciones raras, de un cura metido en unos pueblecillos de la frontera de Portugal) ya me gustaría, que en la mesa de la Iglesia pudiéramos dialogarlo y buscarlo, porque la hora es grande y amanece, como cantamos en los himnos de la Pascua: no estamos para repetir los gestos de ayer sino que estamos para ensayar algo nuevo y la Iglesia de Jesús tiene mucha vitalidad, hay muchos hombres y mujeres que han ofrecido su vida a la causa del Evangelio y que bien debieran encontrar y encontrarán seguro los nuevos caminos de la evangelización y de los signos mesiánicos que la acompañarán.

3.- TRABAJAR POR LA JUSTICIA

El anuncio del Evangelio va unido al servicio a los pobres. Estamos ante un problema nuevo que realmente apenas tenemos planteado. Vicente de Paúl creía que con acoger a los pobres en una casa y darles la sopa y pan, que hacia un signo mesiánico, y para el siglo XVII seguro que lo sería. Pero el siglo XIX, con el marxismo, nos ha abierto los ojos a los problemas estructurales, a las dimensiones estructurales de las heridas de la humanidad y hemos descubierto algo importantísimo: que la causa de la pobreza mayor está en el montaje injusto de las estructuras.

Entonces, este descubrimiento del siglo XIX, es un descubrimiento impresionante que nunca lo habíamos hecho, es un descubrimiento que se ha hecho por aliento del Señor. La revolución social del siglo XIX y comienzos del XX está inscrita en el plan de salvación y es una llamada a la Iglesia a darse cuenta de que la evangelización es inviable sin la liberación histórica, como dice el Sínodo 71: "El trabajo por la justicia forma parte esencial de la evangelización" "Si el Evangelio no muestra a finales (cito al Sínodo 71) del siglo XX su fuerza transformadora de la historia no será creíble para las generaciones futuras".

Claro, esto es muy fácil de entender, ya venimos repitiendo que el proyecto amoroso del Padre no solamente es cambiar el corazón del hombre, no solamente es cambiar la comunidad humana, sino cambiar la historia, cambiar la tierra. Y este problema de evangelización y liberación es una gracia que el Señor nos ha concedido en los finales

del s. XX que no podemos todavía suficientemente agradecer. Por tanto, que nadie se ponga nervioso cuando en la Teología de la Liberación haya un diálogo entre los hermanos que están en el surco y los sucesores de los apóstoles. Estamos empezando, el diálogo será largo y fecundo; desde luego conducirá a nuevos descubrimientos en la misión salvadora de la Iglesia, y estos nuevos descubrimientos están en esta línea: no podemos evangelizar y servir a los pobres si no trabajamos por la justicia. El trabajo por la justicia forma parte de la misma evangelización.

Naturalmente, aquí nos encontramos con un problema verdaderamente difícil. Yo intento hablare a corazón abierto y sin papeles, y seguramente diré muchas tonterías y muchas equivocaciones. Hoy parece que estamos en un momento difícil porque el post-concilio español tuvo una explosión de trabajo misionero y de compromiso por la justicia, pero, bien fuera porque no estuvo bien enfocado, bien fuera porque nos faltaba aliento espiritual, bien fuera porque en la Iglesia no fue suficientemente bien acogido - el problema de los movimientos apostólicos, la misión obrera, el trabajo por la justicia- el caso es que nos encontramos después de estos años con que la presencia en este terreno de la Iglesia ha decrecido notablemente y que el trabajo por la educación liberadora y por el impulso al pueblo pobre y oprimido para que inicie un camino nuevo en la historia ha disminuido notablemente, y a lo mejor esto es la causa de que algunos hermanos que estaban trabajando y entregando su vida, se hayan desplazado a posiciones eclesiales e históricas poco correctas para atestiguar que están dispuestos a ir en las luchas hasta mas allá de donde a lo mejor creen que pueden ir por ser fieles a los pobres.

Ese desplazamiento de muchos sacerdotes al liderazgo histórico, cultural o sindical, o político, no puede ser fácilmente despreciado, deberá ser leído, deberá ser corregido, pero es un intento de llevar el Evangelio del Reino a sus últimas consecuencias; lo cual plantea el problema de qué es la liberación de Jesús, de como tiene que servir a esa liberación el presbítero, de cómo tiene que servir a esa liberación el laico, de cómo laico, presbítero y religioso, juntos en fraternidad, hemos de ensayar esta liberación, pero sin renunciar a ella. La sociedad de consumo y el capitalismo social, o el socialismo capitalista, nos va a persuadirde que no es necesario porque la cosa va muy bien y por otra parte, fuera de esta vía histórica ya no hay otra salida.

Entonces, realmente, es así como nos vamos a replegar a posiciones intraeclesiales catequéticas abandonando las brechas de misión y evangelización. Este es un desafío que tenemos muy serio en la Iglesia, en el cual se juega el sentido mismo de la vida apostólica, de la vida laical, y de la vida religiosa. Doblemente, la liberación de Jesús no es sin más la liberación histórica, es una liberación escatológica, como expliqué esta mañana, pero se realiza en la historia, en las mediaciones históricas; es la liberación integral y radical de la culpa personal y social para dar a luz un hombre nuevo, una humanidad nueva, liberada y reconciliada en el Misterio Pascual de Jesús.

Sabéis que el Concilio Vaticano II dejó pendiente en el estudio de la vida de los presbíteros algunas preguntas muy importantes, sobre todo una: el presbítero y su compromiso con la justicia, que después la Iglesia nuestra madre, intentó retomar en el año 71, en el Sínodo 71, empalmada esta pregunta con la pregunta del trabajo por la justicia en el mundo. Sacerdocio ministerial, el problema del celibato y el trabajo por la justicia en el mundo. Estos documentos los tenemos poco estudiados, pero allí se ve claramente que la Iglesia es -dice el texto- conciencia crítica de la sociedad y el anuncio evangélico no solamente predica la conversión de cada hombre sino que ejerce una

función profética para la transformación de las estructuras del mundo. Los presbíteros juntamente con toda la Iglesia -cito literalmente- están obligados en la medida de sus posibilidades a adoptar una línea clara de acción cuando se trate de defender los derechos humanos, de promover integralmente la persona y de trabajar por la causa de la paz.

Está claro que el presbítero no debe ser nunca un líder histórico o de la justicia, un jefe de partido o de sindicato, o cosas así, porque no puede serlo por su presidencia Eucarística. Sólo en casos muy contados y con el discernimiento de toda la Iglesia local se podía permitir a un presbítero ejercer un cierto liderazgo histórico porque rompe el cuerpo de la Eucaristía y es más importante para un pueblo tener la Eucaristía como cuerpo de Cristo, que no la anécdota personal de un itinerario biográfico que se sitúa en el poder para defender los derechos de un pueblo cuya defensa le compete sobre todo al laicado. ¿No será menguar en la madurez del laicado la suplencia, a la que muchas veces hemos sido nosotros invitados porque no teníamos laicos? ¿No llegará ya la hora de dejar para siempre las tareas de suplencia y madurar nosotros como presbíteros para que ellos puedan madurar como laicos? Porque si maduramos nosotros asumiendo el laicado, a ellos les condenamos a la perpetua minoría de edad. Entonces ¿cómo madurar como presbíteros en el trabajo por la justicia? Pues la Iglesia lo señala muy bien: en primer lugar con el anuncio profético, la denuncia profética, eso pertenece al ministerio apostólico, el anuncio profético, y Presbyterorum Ordinis dice: que el anuncio profético que tenemos que hacer debe ser concreto, preciso en la situación, lo cual nos va a traer por supuesto buenos sufrimientos y buenos dolores. El anuncio lleva siempre consigo la denuncia profética y un presbítero que nunca en su vida se haya enfrentado con la denuncia profética es que ha tomado partido por el orden establecido. No existe la neutralidad histórica ni evangélica un presbítero está confrontado con el anuncio del Reino y con las situaciones históricas concretas, y por tanto toma posición y se mancha las manos como profeta, no como dirigente político.

Naturalmente, este profetismo apostólico lo tenemos poco estudiado. El episcopado español fue signo elocuente de este profetismo y en el año 73, cuando escribió este documento como Iglesia, documento Iglesia y comunidad política, y en aquel documento realmente significativo llegaron a decir los obispos, que si no adoptamos una predicación profética somos infieles a la misión de Cristo -dice literalmente- y estamos perjudicando a los más débiles y oprimidos.

4.- EDUCAR PARA LA JUSTICIA

Pero el presbítero no solamente tiene que anunciar el Evangelio proféticamente, tiene que educar para la justicia a sus hermanos (Sínodo 71) "Educación evangélica para la justicia", que no es una simple educación social, sino que es en torno a la mesa de la Eucaristía buscar los caminos históricos del Reino, no como correa de transmisión para una plataforma sindical o educativa sino como lugar de descubrimiento, del imperativo histórico de la Eucaristía, que después puede ser realizado en gestos distintos y complementarios. La educación evangélica para la justicia, como hizo Cardijn, Rovirosa y los grandes testigos del compromiso por la justicia en el mundo, que no es la escuela social, que es otra cosa; que no es el sindicato, que es otra cosa; que no es el partido político; que está a la base de todo esto, como dice Octogésima Adveniet. La comunidad cristiana, como lugar de discernimiento histórico, donde se lee la historia a la luz del Evangelio, para que después cada hermano vaya a situarse donde el Señor le

pida que se sitúe y así transfiguremos el mundo en un coloquio entre laicado y presbiterado.

5.- OPCION DECIDIDA POR LOS ULTIMOS

Pero el compromiso apostólico por la justicia no esta sólo en el anuncio profético y en la educación evangélica para la justicia sino en la opción decidida por los últimos. Para que el presbítero de verdad sea ante los laicos comprometido por la justicia, signo de las realidades futuras, debe estar al lado de los hermanos que no valen para la revolución, de aquellos hermanos con los que no se pueden organizar un sindicato, ni una escuela social: son los destinatarios del Reino, privilegiados, y que son los jueces de mi tribunal en el último día. Estar al lado de los paralíticos, de los minusválidos, de los ancianos, de los que no valen para movilizar la historia, como señal de que cualquier movilización histórica es provisional y de que el compromiso por la justicia en el mundo, si no está remitido desde la Eucaristía a los últimos de los últimos, es tan sólo una movilización periférica del sistema establecido. Todas estas pasiones que explico con tanta fuerza, y a lo mejor no es la lectura de nuestro Señor, a lo mejor en todo ello hay en mi una apropiación, a lo mejor demasiada seguridad. No lo sé, ya decía al principio que en este me siento en un terreno muy movedizo, de mucha búsqueda; no lo sé, pero escondería la palabra en el corazón si no lo dijera, como dice el salmo: No he escondido en mi corazón tu defensa, que ha anunciado tu salvación a la gran asamblea.

En realidad, todo este camino apostólico que, como veis ahora muy bien, es cambiar el corazón, reunir la comunidad, hacer los signos mesiánicos que curan a los pobres y los ponen a la cabecera de la mesa, y después juntos, presbíteros, religiosos y laicos, a la transfiguración del mundo. El cura, con su labor profética y educativa; el laico metido en las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales, para transformar el mundo; y el religioso, que anticipa la escatología trascendiendo el mundo; uno lo transfigura y otro lo transciende. El presbítero anuncia la novedad del Evangelio, el laico hace crecer el mundo con los hombres de buena voluntad, codo a codo, y los religiosos en sus excesos de caridad anticipan el mundo futuro, sabiendo que el compromiso histórico por la justicia esta pendiente de la venida del Señor, porque la Parusía será un regalo que El hará a su humanidad y a su creación.

6.- CAMINO MARTIRIAL

En realidad, este camino que pintamos aquí en un intento de fidelidad integral al Evangelio y al Concilio Vaticano II, es un camino martirial; el problema es qué clase de martirio. Naturalmente, el martirio sabemos lo que es, es una comunión en la Pascua del Señor. La Iglesia del siglo XX está señalada por grandes mártires: el Padre Foucault a comienzos del siglo, Gandhi a mitad del siglo, monseñor Romero a final del siglo. Pero si os dais cuenta, esos tres grandes mártires están en el hemisferio sur. Dice el santo Padre que para evangelizar el paganismo, solamente se puede evangelizar desde el martirio. La pregunta es entonces, que el hemisferio norte tiene una forma inédita de martirio: en el hemisferio norte va a suceder un martirio inédito, distinto del martirio en el hemisferio sur, porque a la estrategia capitalista del consumo no le conviene tener mártires. Entonces ¿qué clase de martirio va a ser el que vamos a recibir los apóstoles del hemisferio norte? Pues morirnos de asco sin que nadie nos haga caso. Esta forma de martirio, de morir de asco sin que nadie le haga caso a uno, no penséis que no está en los planes de nuestro Señor. Con estas palabras se termina el decreto Presbyterorum Ordinis. El decreto Presbyterorum Ordinis adivina cuál va a ser el martirio de los

apóstoles del siglo venidero y señala dos palabras para el martirio: una es la palabra "esterilidas" van a sufrir la esterilidad, se van a sentir infecundos, y otra es la "solitudo" la soledad; el Concilio dice "acerba solitudo" amarga soledad; no os van a hacer caso en las comunidades: solos, vagabundos, extraños, náufragos, porque si siquiera tuvieran a alguien que les martirizara, les hiciera derramar la sangre. Entonces, esta forma de martirio, el martirio de la impotencia, de la infecundidad, de la amarga soledad, hay que afrontarlo como solamente se puede afrontar el martirio, porque el martirio en el Misterio Pascual y en la tradición cristiana no lo hacen los tormentos, el martirio lo hace el amor; "amor sacerdos inmolat" dice el texto del Himno Pascual; es el amor el que llevó a Jesús a la cruz; es el amor del sacerdote, de nuestro propio sacrificio; es el amor el que nos tiene que dar el martirio.

Entonces, volvamos a las experiencias radicales de los testigos, como decía Teresa de Jesús en su Séptima Morada: poner los ojos en el Crucificado y todo se os hará poco. Hay que llegar a las Séptimas moradas para -como decía ella- ser marcados por la marca de la cruz como los esclavos antiguos y ser vendidos al mundo entero. Esa tradición mística nuestra, de la locura de la cruz, que es la locura del amor, es lo que realmente necesitan los apóstoles de hoy. Sin eso no hacemos frente a la sociedad de consumo y morimos como muere nuestro pueblo, como moscas en el plato de miel; los presbíteros también, los religiosos también, por supuesto ¿Cómo nos vamos a librar de estas garras del mundo si no es en la intimidad con Jesús, en la locura de la cruz, en el seguimiento enloquecido de nuestro Señor Jesucristo, en el corazón mismo de la Iglesia, de ésta, que no tenemos otra, que parece tan vieja, tan arrugada, y creo es una rama de primavera, que por fuera parece que tiene las hojas secas y que ya nuevos brotes están viniendo, y al lado de los hermanos que el Señor nos ha confiado? "Amor sacerdos inmolat" el martirio no nos lo va a dar la impotencia y la soledad que la sociedad de consumo nos va a ofrecer sino el amor apasionado a los hermanos y a los pobres, nacido del Misterio Pascual de Jesús.

7.- MARTIRIO Y EUCARISTIA

Realmente estamos, como veis, ante la forja de un nuevo tipo de apóstol. El Señor nos ha concedido la gracia de un tiempo recio, de un tiempo de Pentecostés, de un tiempo para el martirio y por eso ahora empalmamos con lo que decíamos ayer: Eucaristía y martirio.

En la primera comunidad cristiana a los mártires de las cárceles de Roma se les llevaba el Cuerpo del Señor, que se partía en la Comunidad ¿Cómo podremos nosotros hacer este itinerario nuevo, inédito de liberación y reconciliación si no somos hermanos que parten el Pan a la Mesa y que viven ardientemente el Cuerpo y la Sangre del Señor hasta ser marcados con las marcas de la cruz, como los apóstoles de la primera hora del Evangelio?

Solamente quisiera decir una pequeña palabra en torno a esto, para terminar. Mi pequeña experiencia en la evangelización de los jóvenes me ha descubierto que no es posible evangelizar a las nuevas generaciones ni no se empalma el martirio y la alegría, el gozo, el gozo pascual.

TEMA - 10°

EN FRATERNIDAD APOSTOLICA

1.- UN NUEVO PENTECOSTÉS

El himno de Filip 2,6-11, que hemos contemplado estos días, se nos convierte ahora en el final, porque como habéis visto, la contemplación de los Ejercicios nuestros de este año ha sido el Misterio de Jesús, el camino de Jesús. Pero vamos a decir ahora al final, que este camino de Jesús solamente se puede recorrer en fraternidad: uno sólo no puede recorrerlo. Entonces esta llamada que hemos recibido del Señor en el Concilio vaticano II, de volver a la fraternidad apostólica, es algo que ahora, al final de esta contemplación, debíamos acentuar.

Vamos en primer lugar a confesar, una voz más, que nos encontramos en Pentecostés, un nuevo Pentecostés. A lo largo de estos días hemos visto cómo nos encontramos en un corte de la historia: termina la modernidad y la humanidad empieza una etapa nueva de su historia encabezada por el Señor, y en estas grandes travesías, el Señor siempre ha encendido el fuego de su mesa para que este fuego sea la columna de luz que ilumine la nueva salida de los hombres. La Iglesia, por tanto, se encuentra hoy con un nuevo Pentecostés. Siempre la Iglesia está en Pentecostés, pero en algunos momentos, momentos privilegiados del Espíritu, la llama de amor viva se aviva más hondamente y se enciende más hondamente en la Iglesia para ser así la luz de Cristo ante todos los pueblos que hacen camino en la historia.

Cuando insistimos que vivimos en Pentecostés no queremos decir que vamos a asistir ahora a un nuevo triunfalismo, a una atmósfera triunfal, al aplauso del mundo, al reconocimiento de la historia, sino todo lo contrario. El primer Pentecostés está hecho por un puñado de testigos que con las entrañas encendidas, en la oscuridad de la noche, han hecho la travesía de la tierra. Por tanto, nuestro Pentecostés sucederá en la noche. Esta noche oscura que atravesamos es la noche en los levantes de la aurora, la noche del nuevo Pentecostés.

Pero sería bueno, yo creo que la experiencia de estos días nos lo va mostrando, al escuchar el Misterio de Jesús, que distinguiéramos las dos clases de noche que padecemos, las dos tienen carácter salvador, tienen carácter salvífico.

A) La Noche de las Sombras

Juan de la Cruz, que sabía mucho de estas experiencias, decía que los discípulos padecen dos clases de noche: una, pues porque tienen su mirada demasiado envuelta en las sombras del mundo, por la vida fácil que llevamos, por estar apegados a nosotros mismos y a los valores de la vieja creación. Entonces, cuando el Evangelio ilumina nuestros ojos, nuestros ojos entran en la noche porque vivíamos en la mediocridad y esa luz se nos hace oscura como cuando uno con una mirada enfermiza contemple el sol.

B) La "Noche de la Luz"

Pero hay otra forma de noche, que es la que estamos sufriendo sobre todo en la Iglesia y es la noche por el exceso de la luz. Cuando no viene la noche no porque uno se cierra al amor, sino porque el desbordamiento del amor es tan profundo que no

cabe en la vasija de barro de nuestro corazón. Es la segunda noche que da paso a los levantes de la aurora. Esta es la noche que padece la Iglesia en el post-concilio Vaticano II, un exceso de luz que no cabe en su vasija de barro y que tardará tiempo en transformar este barro quebradizo y transfigurarlo para que la Iglesia sea como en realidad ha de ser el sacramento universal de salvación. Nosotros cantamos en la Liturgia: "La noche es tiempo de salvación. De noche en un pesebre nació tu Palabra; de noche lo anunciaron el ángel y la estrella. La noche fue testigo de Cristo en el sepulcro; la noche vio la gloria de su resurrección. De noche esperaremos tu vuelta repentina y encontrarás a punto la luz de nuestra lámpara"

Nos encontramos, por tanto, en este exceso de luz, en este incendio de la historia de los hombres sucedido en la pequeña tienda de campaña de la Iglesia, en la mesa de la fracción del Pan. El Señor lo hace para responder a la expectación ardiente del cosmos y de la humanidad que añora dos cosas, que añora siempre: la liberación y la comunión; la libertad y la fraternidad. Entonces, la Iglesia ha de ser el anticipo que responda a esta expectación ardiente, ha de ser la pequeña fraternidad de la libertad y de la comunión, de la koinonia como sacramento de Cristo que desvela y desentraña el sacramento del mundo. Fermento y alma del mundo hasta que el mundo se convierta en fraternidad.

2.- LAS PEQUEÑAS FRATERNIDADES

¿Dónde está la señal del nuevo Pentecostés? Muchos hermanos angustiados por la noche piensan que el post-concilio, ha sido un gran daño para la Iglesia, una vuelta atrás, un hundimiento de los caminos del Evangelio. Muchos otros hermanos piensan al contrario, el nuevo signo de Pentecostés son las pequeñas comunidades con las que el Señor ha sembrado la faz de la tierra, sobre todo las comunidades nacidas en el hemisferio Sur y en los lugares marginales de la historia de los hombres. Lo que pasa es que las pequeñas comunidades que son, como dice Evangelii Nuntiandi (Pablo VI fue el gran testigo de este nuevo Pentecostés) estas pequeñas comunidades del seguimiento tienen en el Pentecostés del V. II una novedad y es que vuelven a ser lo que fueron en la primera hora de la Iglesia.

En las grandes travesías de la E. Media o de la E. Moderna (pensemos en el s. XIII o en el s. XIV) el fermento de Pentecostés se hizo en Ordenes Religiosas, fermentos de seguimiento apostólico radical de Jesús que sucedían un poco como al margen de la comunidad, como en la marginalidad de la Iglesia para provocar a todos a la conversión. Parecía como que el ensayo del seguimiento radical de Jesús era un pequeño ensayo por unos hermanos que se les decía estar en estado de perfección. La novedad del Pentecostés del V. II es que esta pasión por el seguimiento radical de Jesús, como don y como tarea, sucede en el mismo corazón de la Iglesia. Tal vez el Concilio V. II no va a hacer resurgir como en Trento o en la E. Media, muchas más Congregaciones u Ordenes Religiosas o Institutos de vida consagrada, seguramente también porque el Espíritu no cabe en nuestro espacio.

Pero lo nuevo es que este Pentecostés ha prendido "in medio ecclesiae" en la Iglesia local, en torno a la mesa de la Eucaristía. Presbíteros, religiosos y laicos nos sentimos llamados juntos a hacer la corporeización del cuerpo de Cristo como fermento de la Iglesia y del mundo. Por tanto, el nuevo Pentecostés -decía Pablo VI en la Evangelii Nuntiandi, recogida después en el Sínodo 74- es que la Iglesia se ha visto florecida por las pequeñas comunidades que han nacido en ella por exigencia de la koinonia y de la

diakonía. Para vivir más en fraternidad y para servir mejor a los hombres, el Señor suscita en la vieja cristiandad el fermento de las pequeñas comunidades. Cito a Evangelii Nuntiandi: "Se forman en la Iglesia para unirse a la Iglesia y para crecer, hacer crecer la Iglesia, en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza del poder del Espíritu.

Las pequeñas comunidades surgen y se desarrollan en la Iglesia permaneciendo solidarias con su vida, alimentadas con sus enseñanzas y unidas a sus Pastores (estamos hablando de las comunidades verdaderamente eclesiales) han nacido, viven y caminan desde la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia peregrina en el mundo hacia el Reino. Son el lugar de la evangelización, en beneficio de las comunidades más amplias, especialmente de las Iglesias locales y serán una gozosa esperanza para la Iglesia universal. La Iglesia -comunidad de comunidades- la gran fraternidad universal del Señor, entretejida de pequeñas fraternidades en la plural unanimidad de su Cuerpo, aparece así enriquecida con los pequeños gérmenes para el nuevo itinerario.

Naturalmente, estas pequeñas comunidades corren muchos riesgos. El riesgo a veces de pretender ser una alternativa a lo que se llama Institución, oponiendo así carisma e institución. No parece que este camino sea muy viable hacia el poder. Otro peligro es que las comunidades se enquisten en sí mismas y pretendan ser una Iglesia dentro de la Iglesia, como si el carisma constituyera una Iglesia. Nunca jamás un carisma puede constituir una Iglesia; la Iglesia la constituye sólo el Misterio Pascual y la mesa de la fracción del Pan. Tampoco este camino llegará posiblemente demasiado lejos. Lo que sí va a llegar demasiado lejos son esas pequeñas comunidades en torno a la mesa de la Eucaristía de cada Parroquia, de cada Iglesia local, que unidas a los sucesores de los apóstoles y fieles a la gran comunidad y al pueblo y a la historia hacen camino en las entrañas mismas de la Iglesia, desidentificándose a sí mismas para ser sólo llamadas a la edificación del Cuerpo del Señor. Naturalmente, cuando a lo largo del Post-Concilio hemos ido asistiendo a este Pentecostés, se ha planteado un problema que nosotros en la Iglesia de Castilla lo hemos sentido de una forma muy viva y es por lo que queríamos terminar así nuestros Ejercicios de este año.

Cuando el Pentecostés se prende en la Iglesia hay primero una hora de entusiasmo, de explosión para la que muchos estamos dispuestos. Pero, después viene la hora de la transfiguración, cuando, como decía Juan de la Cruz, el fuego que al principio era como muy dinámico, muy explosivo, muy elocuente, tiene que adentrarse en el leño serenamente, mansamente, ocultamente, hasta que el leño se convierta en fuego.

Estamos en este tránsito de la explosión a la transfiguración y no es extraño, por tanto, que nuestras pequeñas comunidades estén en una crisis de madurez y no es extraño tampoco que el pequeño fermento de estas comunidades atraviese también una crisis de madurez. Entonces, esta intuición, este descubrimiento que el Señor ha hecho nacer en nosotros, que el nuevo Pentecostés es el Pentecostés de las comunidades, de las nuevas comunidades eclesiales, que no son alternativa a la institución, porque la Institución es Cuerpo de Cristo; que tampoco son una Iglesia en la Iglesia, como un quiste en el Cuerpo del Señor, sino que son un poquito de fermento, de luz en torno a la mesa de la Eucaristía.

Estas pequeñas comunidades que hemos ido descubriendo en el Post-Concilio que a su vez han de tener unos hermanos entregados absolutamente, incondicionalmente hasta la muerte, al servicio del Evangelio, esto es lo que llamamos la pequeña fraternidad

apostólica siguiendo la intuición del Nuevo Testamento de que al Señor le seguían las multitudes un par de veces al año, otros le seguían de lejos, pero hay gente que en el grupito, no solamente los Doce, sino también otro grupo de discípulos, que le seguían muy de cerca. Ese pequeño grupito de seguimiento cercano de Jesús donde están los Doce y los discípulos, es lo que estamos persiguiendo a lo largo de estos años como fermento de las nuevas comunidades que a su vez han de ser fermento del pueblo santo de Dios, fermento de la humanidad y de la tierra.

¿Cómo es que el Señor nos ha llevado a este descubrimiento y en qué momento nos encontramos ahora? La Iglesia española en los años 70 ha tenido dos experiencias muy importantes en la vida sacerdotal: una al comienzo de los años 70, la Asamblea Conjunta de Obispos y Presbíteros, y otra al final de los años 70, los encuentros de Pentecostés del 78 al 80 donde hermanos de todo el presbiterio de la Iglesia española, acompañados por los Obispos, han hecho una lectura de la vida apostólica en la Iglesia española. Estos descubrimientos que estamos diciendo pertenecen a esta segunda etapa. No tenemos suficientemente bien leído qué supuso realmente el carisma apostólico en la Asamblea conjunta; cómo fue leído el carisma apostólico. Sería una pregunta a hacerse. Lo que si es claro, es que en la segunda parte de los años 70, la vida sacerdotal ha sido descubierta como carisma apostólico en la línea del Vaticano II. Algunos de vosotros que estáis aquí, recordáis que en estos descubrimientos cobró ante nuestros ojos una nueva fuerza la palabra del Concilio que habla de los sacerdotes como fraternidad sacramental e íntima. Esa concelebración sacramental en que todos extendemos las manos con el Obispo a la cabeza para partir el Pan, eso tiene unas consecuencias incalculables; es que no somos Presbíteros aisladamente, es que somos Presbíteros en el grupo de los Doce, en la fraternidad sacramental, en el presbiterio, como fraternidad sacramental, llamada a ser íntima.

Descubriendo, por tanto, que nuestra vocación es la representación de Cristo Cabeza, pero que esta representación no se puede hacer individualmente, sino en el grupo apostólico, en la fraternidad sacramental e íntima, nos descubríamos como hermanos que están, según habíamos dicho estos días ante los hermanos para estar con ellos y estar por ellos. Por tanto, decíamos, entonces tenemos que (la frase a lo mejor puede parecer extraña) dejar de ser curas para ser apóstoles. La frase quiere decir, tenemos que avanzar hacia una desidentificación clerical; desidentificarnos como grupo social de clérigos y la reidentificación apostólica. La desidentificación clerical y la reidentificación apostólica, volver a ser los apóstoles del Evangelio de la primera hora.

Pero cuando nos encontramos un grupo de hermanos designados por el Obispo para hacer esta búsqueda (yo recuerdo que en Arévalo, en julio del 79, hubo para nosotros una gran sorpresa) cuando estábamos allí en casa trabajando qué es el carisma apostólico, los hermanos dijeron: el carisma apostólico no se entiende mas que como servicio a la comunidad, desde la comunidad, para la comunidad; y en la comunidad hay otros discípulos llamados al seguimiento cercado de Jesús que tienen otros dos grandes carismas: el carisma laical y el carisma de la vida religiosa y, por tanto, retornar a los equipos sacerdotales del pre-concilio sería una falta de perspectiva histórica. No es que no haga falta una fraternidad sacerdotal, no es que no haga falta una comunidad sacerdotal en el corazón de cada Iglesia, pero estaría incompleta si en la mesa de la mesa de la Eucaristía, además de los Presbíteros, del grupo de los Doce, no hay un grupo de laicos en el seguimiento radical de Jesús y no hay un grupo de religiosos en el seguimiento radical de Jesús, de tal forma que hasta la Iglesia local y hasta la pequeña

comunidad, pobre y en dispersión, es la iglesia una, santa católica y apostólica que reúne en torno a la Eucaristía el Cuerpo de la fraternidad.

Corporeicemos a la Iglesia en la plenitud de su misterio, entretejiendo en cada iglesia local los carismas que Dios regala a su Iglesia para expresar plenamente el Misterio de su Cuerpo. Con lo cual intuimos que la palabra fraternidad sacramental e íntima fraternidad del Concilio teníamos que ampliarla un poco más y decir que hemos de pensar para edificar las nuevas comunidades no solamente en una renovación de la vida religiosa, de tal forma que lleguemos todos a constituir el grupo de discípulos de la primera hora de Galilea que hacía camino cercano detrás de Jesús.

Bien, esto es una cosa tan admirable, tan bella, es una como que además el Señor ha ido realizando en las Iglesias, supongo que de toda la tierra, porque eso es lo propio de Pentecostés del Vaticano II LG., pueblo de Ojos, sucesores de los apóstoles, laicos, vida religiosa, dan cuerpo a la Lumen Gentium. Pues este ensayo que está sucediendo en nuestras Iglesias y en las zonas más marginadas de nuestras Iglesias, es lo que hemos de cuidar con el mayor esmero, porque aunque estos días ya hemos contemplado el seguimiento apostólico de Jesús del grupo de los Doce, está claro que los curas no podemos hacer solos, el seguimiento cercado de Jesús y edificar las comunidades y transfigurar el mundo si al lado no estamos de la mano con los laicos y de la mano con los religiosos.

3.- LA FRATERNIDAD EN LA PRIMERA HORA

La pregunta, por tanto, que nos hacemos es: Bueno, ¿cómo vamos a hacer esto? ¿Cómo vamos a permanecer en este ensayo de la pequeña fraternidad? Puede ser que uno, por ejemplo, se vaya a su pueblo y diga: estoy solo, pues, entonces si estoy sólo, no puedo estar sólo, yo tengo que descubrir en mi pueblo, en mi barrio, en mi instituto, los hermanos que el Señor me ha regalado, porque la fraternidad no es una cosa que yo me hago, es un regalo que el Señor me hace. Allí, en aquel pueblecín tengo que descubrir que hermanos el Señor me ha regalado y seguro que serán un puñado de laicos y a lo mejor pronto un puñado de religiosos. Entonces, esos son los hermanos que el Señor nos ha regalado y vamos a ser el pequeño fermento de la comunidad naciente para que esa comunidad naciente sea el fermento de la gran comunidad y del mundo por donde la comunidad peregrina.

Bien, entonces esto hace que volvamos a los caminos de Galilea y en los caminos de Galilea descubramos qué era en realidad esta panda de Jesús, este pequeño grupo de Jesús. Los textos sinópticos revelan que en la hora de seguir a Jesús se tomaban tres posiciones: por una parte el pueblo, la muchedumbre, la multitud, bueno, venía a la multiplicación de los panes y los peces, había otro grupo de hermanos que le seguían de lejos, ellos permanecían en sus tareas, alcanzados por sus proyectos, intentando vivir la palabra de Jesús en el corazón. Pero había un grupillo de hermanos que le dejaron todo por seguirle. Esa es la figura apostólica que perseguimos: el pequeño grupo de apóstoles y discípulos que han recibido del Señor una llamada absoluta y han respondido con una respuesta absoluta para hacer el camino con El. Y no solamente están los Doce, están los discípulos; no solamente hombres sino mujeres; no solamente está gente que esta situada políticamente a la derecha, sino en la izquierda. Es un grupo heterogéneo, muy complejo, unido sólo por la persona de Jesús, por el proyecto de Jesús, por la fraternidad de Jesús, por la mesa compartida: todo lo demás es relativo.

Entonces, esta pequeño grupo que llamamos la fraternidad apostólica de Jesús deberíamos vivir lo que vivieron los primeros hermanos, dejándolo todo. Estamos llamados al seguimiento cercano de Jesús, rompiendo con nuestros bienes, aunque uno esté casado; rompiendo, como absoluto, con su posición económica y social; rompiendo con nuestro propio tejido de la carne y de la sangre humana; intentando un seguimiento de Jesús en la vida consagrada o en un matrimonio planteado en la fidelidad conyugal tal como el Señor la ha proyectado, no como un matrimonio burgués para vivir en pequeño grupo y vivir satisfecho con el hijo, que después le van a dar no se cuantas cosas, sino en un hogar abierto de par en par, comprometido con la comunidad y con el mundo.

Es un laicado mucho más maduro, mucho más decidido en el seguimiento de Jesús. Y una vida religiosa que efectivamente está desde siempre llamada al seguimiento de Jesús, pero que ahora está llamada no a permanecer en las obras propias sino a entrar en la comunidad local, en la Iglesia local, entretejiendo en la Iglesia local el carisma que el Señor le ha concedido. Vamos, por tanto, al seguimiento de Jesús para edificar, entre todos, en torno a la mesa de la Eucaristía el Cuerpo de Cristo e el cuerpo cósmico del Señor. Esto lleva no a la neutralización de los carismas, no a que el cura sea un seglar y la religiosa sea un cura o el seglar sea un sacristán; una desclericalización del laicado, sino todo lo contrario, supone una identificación carismática en identidad y en plenitud. El presbítero es presbítero; el laico, laico; el religioso es religioso. Para que el laico pueda ser laico de verdad sin mutilación, el presbítero tiene que ser presbítero de verdad y sólo presbítero, y para que el religioso sea religioso de verdad, tiene que tener al lado un laico en plenitud, un presbítero en plenitud, y no puede el religioso tomar el liderazgo histórico por mucho amor que tenga a los pobres, renunciando a su dimensión escatológica.

Por tanto, lo que se nos plantea en las pequeñas fraternidades, en este momento de maduración, es redescubrir cual es el carisma de cada hermano y cómo se puede entretejer en la mesa común.

El carisma de los Doce está claro, es la representación del Cristo como Primogénito a la cabecera de la mesa para partir el Pan y la Palabra, y a la cabecera de la marcha para hacer el lavatorio de los pies. Prestan al Señor sus manos para que parta el Pan. El mismo; le prestan sus labios para que anuncie la Palabra El mismo, y le prestan sus pies para que haga El mismo el itinerario de la diakonía en el último de los últimos lugares. Pero esta presencia del grupo de los Doce es la *representatio Christi*, es una presencia que tiene dos características: por una parte representa a Cristo que encabeza la comunidad, está ante la comunidad y expresa al Cristo que se da inmediatamente a la comunidad. El mismo se da a si mismo: es un encabezamiento y una inmediatez.

Pero la *representatio Christi* no se agota en el ministerio apostólico, hay otras formas de *representatio Christi* que completan el ministerio apostólico. Si el ministerio apostólico expresa al Cristo ante los hermanos, el laicado y la vida religiosa expresan al Cristo con los hermanos. Si la, representación de Cristo del grupo apostólico de los Doce expresa a Cristo en su encabezamiento, los laicos lo expresan en su inserción en el tejido vivo de la historia. Entonces la pequeña comunidad de discípulos que nace en torno a la Eucaristía, expresa el Misterio del Señor, tanto en su verticalidad como en su horizontalidad, tanto en la novedad como en la novedad como en la anchura.

De ahí que debamos de ser celosos de permanecer en nuestra vocación, que cada hermano permanezca en la vocación en que ha sido convocado, que el presbítero, permanezca en el anuncio de la Palabra y en la fracción del Pan y en el lavatorio de los pies, y que ayude a que los laicos se sitúen en las entrañas de las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales para hacer unas mediaciones históricas nuevas, de liberación y de reconciliación que están en la base de las mediaciones históricas. ¿Y la vida religiosa? Pues la vida religiosa tendrá que permanecer en lo que ha sido siempre, un ensayo de seguimiento enloquecido de Jesús, testificación evangélica del amor consumado que más que transfigurar la historia desde dentro, anticipa la escatología dando un salto ahí. La vida religiosa no tiene una vocación laical para transfigurar la historia, sino escatológica para anticipar, de tal forma, que si el laicado expresa el "ya" de la liberación y de la reconciliación, la vida religiosa expresa el "todavía no"; es la reserva escatológica que hay que darla cuerpo en la historia volcándose enloquecidamente con los pobres que ya no valen para la historia donde no es posible buscar la eficacia histórica, donde ya no cuenta la eficacia sino la fecundidad, ya no cuenta la planificación, sino el exceso de la misericordia, ya no cuenta la estrategia laical, sino que cuenta la profecía escatológica. Anudar a que los religiosos en la Iglesia, amándolos, se sitúen en el corazón de las comunidades, es urgente.

Yo quería decir, por la pequeña experiencia que tengo, que muchas de las dificultades de la inserción de la vida religiosa hoy no dependen tanto de las familias religiosas cuando de los presbíteros que las acogen. No conocemos y no nos han engañado qué es la vida religiosa y la vida laical y, por tanto, pongámonos en marcha para saber qué es el laicado, cómo se forma un militante seglar, cómo se acoge la vida religiosa ayudándola a que viva su vocación, no tirando de ella para una forma de existencia laical o presbiteral en una neutralización de los carismas, en una convivencia amistosa que no respeta los espacios propios de la identidad de cada carisma y no hace que se encuentren todos en la mesa común a la oración, a la fracción del Pan, a la escucha de la Palabra, a la koinonía de la vida, de los bienes y de los dones para salir después como los dedos de la mano, cada uno por su sitio a anunciar el Evangelio, servir a los pobres y trabajar por la justicia. Los tres carismas unidos, pero de distinta manera.

Si el presbítero permanece en el liderazgo histórico laical, caemos en un nuevo clericalismo de izquierda. Por tanto, dejemos la suplencia que estamos haciendo del laicado, permanezcamos en nuestra profunda identidad histórica y hagamos de los laicos, ya desde ahora, sin ser sacristanes, sin depender de nosotros, con espíritu crítico, con independencia, con madurez, con propia vocación, porque no son la mano larga nuestra, como decíamos antes del Concilio, sino que su Bautismo y Confirmación les ha dado una vocación admirable en la Iglesia que tenemos casi por descubrir.

Las direcciones históricas del mundo o las hacen los laicos o no se podrán hacer nunca, a no ser con gran detrimento de la historia misma. Porque el que un presbítero que sirve la fracción del Pan, encabece los movimientos históricos es un daño para la historia y para la Eucaristía. El coloquio escatología e historia, este coloquio de la gracia, solamente se puede hacer cuando los hermanos del Señor, por una parte están ante la mesa para ofrecer la gracia, y después en el corazón de la tierra dar en el anonimato, en la autonomía y en la secularidad del mundo, hacer que la tierra se abra como en octubre en nuestras tierras de Castilla, a la lluvia que viene de lo alto.

La misma vida religiosa situada en el corazón de nuestras comunidades requiere en esta hora de la madurez un cuidado especial. Que la vida religiosa se desidentifique, que la vida religiosa pierda las raíces de su propia familia espiritual, que no les ayudemos a descubrir su carisma originario que empalma estrechamente con el Evangelio, que hagamos competencia entre la Iglesia local y la familia religiosa de donde los hermanos vienen, son situaciones que ya no podemos por más tiempo hacer.

Las genialidades nuestras de los presbíteros deben menguarse mucho ante la vida religiosa y empezar como discípulos a leer la historia de cada carisma, que se nos ha sido confiado en la comunidad. Leer devotamente qué hicieron nuestros padres, cómo actuaron, cómo podríamos actuar ahora. Vamos a hacer un discernimiento comunitario con el Obispo a la cabeza, con el superior vuestro aquí, a la cabeza y en el gozo y la paz del Espíritu caminemos, porque si no la vida religiosa en las nuevas comunidades de inserción va a durar muy poco o quedan rotas de la matriz espiritual, de la fraternidad espiritual de donde vienen, o la misma vida religiosa se desidentifica, y si la sal pierde el sabor, para qué sirve, ya sino para que la pisen los hombres.

Esta pequeña fraternidad apostólica que el Señor nos hace adivinar y ardientemente desear, y ya en cierto modo agradecer, no tiene que ver nada con un nuevo movimiento en la Iglesia, no se trata de ningún movimiento, no es un nuevo tipo de comunidad que tiene apellidos; no tiene apellidos, no es ningún movimiento, no es ningún cauce. ¿Qué es? El aliento mismo del Señor, que alienta su Cuerpo en la Iglesia local, en la mesa de la fracción del Pan, reuniendo a los pequeños hermanos de distintos carismas, como ha dicho el Documento de la Santa Sede a los religiosos, las mutuas relaciones, de tal forma que la pequeña Iglesia local es el lugar histórico donde se entretejen los carismas. Por eso, no es un movimiento que sobrevuela la Iglesia local, que conecta con otras instancias fuera de la Iglesia local, sino que se agota como grano de trigo en la Iglesia local y con la Iglesia local comulga con la Iglesia extendida por toda la tierra.

Es un intento de radicalizar la concentración de los carismas, tan propensa siempre a crear quistes en el Cuerpo de la Iglesia, haciéndolos revertir a su lugar originario, que es la mesa de la Eucaristía, que preside el Obispo, sucesor de los apóstoles. Naturalmente, es así como muy frágil, muy pequeño, in corde ecclesiae, in medio ecclesiae. Se decía en el Prólogo del "De dos en dos" que había que actualizar en nuestras Iglesias el libro de los Hechos de los Apóstoles sin atenuar las exigencias y posibilidades del Espíritu. Hay un fragmento en el texto, que es un texto comunitario (como sabéis, estos textos son comunitarios) Sería bueno volverles a refrescar después de siete u ocho años. Hay un texto comunitario de este libro que expresa (me parece a mi) -yo no he encontrado mejor expresada esta intuición que en este pequeño fragmento- La pequeña fraternidad no es una Iglesia en la Iglesia, no es más que transparencia y visibilización del último gesto de amor y de servicio del Señor, que reúne a su Iglesia para el Reino. A la fraternidad apostólica le alcanza la sacramentalidad de la representatio Christi: unos como Cabeza, otros como hermanos con los hermanos; pero representatio Christi para que la Iglesia sea piña en torno a su Señor, se congregue en la koinonia y se lance a los caminos del mundo. No hay ninguna otra referencia a una obediencia distinta, a una sintonía distinta, sino a la Iglesia una, santa, católica y apostólica; jamás puede separar ni disgregar, ni enfrentar a los hermanos; jamás puede totalizar, ni absolutizar el Evangelio en su ideología o en su mística; jamás puede apropiarse a su Señor, por eso su vida entera es sólo aliento del aliento que alienta, luz de la luz que hace arder,

fermento del fermento que hace fermentar. Consiste tan sólo en ser de formas distintas representación del Señor para continuar su obra.

4.- LA FRATERNIDAD DE LA SEGUNDA HORA

Lo que ocurre, y ya estoy a punto de terminar, es que estos ensayos que estamos haciendo en la Iglesia, se encuentran ahora en una segunda hora. La primera hora fue una hora de entusiasmo, de la movilización: nos fuimos de dos en dos a los lugares marginales de la Iglesia, nos fuimos con un gran amor a nuestras parroquias rurales, inmensamente pequeñas o a los lugares de la periferia de las ciudades o al mundo de la cultura para evangelizar la cultura. Empezaron a ponerse en pie los laicos, y los religiosos empezaron a venir. Pero del entusiasmo de la primera hora hemos entrado en una crisis de madurez.

¿Por qué hemos entrado en una crisis de madurez? Porque no estamos todavía transfigurados y ha aparecido la carne y la sangre de cada uno de los hermanos, los conflictos, las tensiones, los distintos planteamientos, distintas visiones de la misión pastoral, las distintas historias espirituales de cada uno.

Y ¿qué hacemos ahora? A mí me parece que tenemos dos caminos, que debían estar cerrados: uno decir, nos vamos cada uno a su sitio, yo no quiero saber nada ni del seglar ni del religioso, que me dejen en paz; o el religioso se coge sus trastos y regresa a su obra propia; ese camino debía de estar cerrado. Y otro camino que debía de estar cerrado sería, la fraternidad pactada: vamos a hacer un pacto de no agresión, trabajamos juntos lo mejor que podamos, pero no vamos a meternos en profundidad, a compartir la vida porque entonces lo ponemos peor; por tanto, vamos a hacer un pacto de amistad. Esto sería casi peor que lo otro. Si es malo marcharse cada uno a su sitio, es mucho peor entrar en un pacto de amistad que con mucha facilidad recae en la frivolidad y que es una hipocresía colectiva de tal tamaño que a quien realmente hiera es al pueblo a quien servimos. Porque por una parte somos la fraternidad de Jesús y por otra parte estamos viviendo nuestra misma vida con los problemas personales y afectivos que de todo tipo plantean estos pactos de amistad.

En la pequeña fraternidad de Jesús, cuando se pierde la pasión por la misión, la fraternidad se enquistaba dentro y se empezaban a plantear problemas ideológicos, afectivos, problemas sociales, planteamientos de futuro y aquello se empieza a cocer y una de dos, o nos sentamos a la mesa de la fracción del Pan y de la Palabra, con el Obispo en medio y con otros hermanos mayores a buscar el camino de la maduración, o si no volvemos atrás.

Entonces realmente ¿qué hacer en esta hora? Es una hora muy buena, porque es una hora de maduración, lo otro fue una adolescencia, los ensayos de hace diez años fueron una adolescencia: cuando nos fuimos a Cuellar, a Muñico... o a Aliste o a Olmedo..., las fraternidades que llevan más tiempo era una aventura juvenil. Pero es que lo propio del discípulo es llegar a la madurez de Cristo, dar la estatura de la plenitud de Cristo y esto solamente lo hace a través de noches de maduración, de conflicto, que han de ser tomadas como signo de madurez.

5.- ENTRADA A TRES EXPERIENCIAS

¿Qué hemos descubierto en este itinerario de tránsito? Pues que tenemos que entrar a la hondura, y la hondura en las pequeñas fraternidades parece como que significa tres experiencias; hemos de pasar a tres experiencias, no decimos a tres planteamientos, porque los planteamientos los tenemos muy claros, sino a tres experiencias:

A) - Una es la intimidad con Jesús, el conocimiento (como diría Ignacio) interno de Jesús. Las fraternidades no pueden ya por más tiempo sobrevivir sin un hacer oración comunitaria que posibilite la oración personal de cada hermano, que la fecunde, que la aliente; sin orar largamente no podemos más sobrevivir. Por lo tanto, la llamada a la intimidad con Jesús, la profunda intimidad con Jesús, el encuentro vivo, a la oración personal y comunitaria, a la fracción del Pan, donde cada mañana empezamos de nuevo con la alegría del resucitado.

B) - Pero, hay otra segunda experiencia, que va íntimamente unida con ésta. Decía Bonhoeffer, en su libro sobre la comunidad, que la única puerta de acceso al hermano es Jesús. Con una fuerte experiencia contemplativa de Jesús podemos entrar a lo que casi nunca hemos hecho en las fraternidades ¿Sabéis qué? La comunidad de vida. Hemos hecho comunidad de tareas, hemos hecho corresponsabilidad, pero poner el corazón sobre la mesa, tal como es, con angustias y esperanzas y perplejidades, y comunicar no solamente la vida humana sino la divina, nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor, hasta tener un corazón y un alma, de esto andábamos escasos. Entonces, claro, la misión no puede mantenerse sin la comunión, pero una comunión sólo de corresponsabilidad permite caminar cinco o seis años, pero como no bajemos a la comunión de vida profunda, a querernos, a aceptarnos, a llevarnos en las espaldas unos a otros, con un amor que todo lo comprende, que todo lo perdona y que todo lo espera, en pocos años ni la misión pastoral será posible, recaeremos en el individualismo clerical mucho más fuerte que en el pre-concilio, porque estaremos ya curados de la comunidad.

No hace mucho tiempo, en una de las Iglesias locales de Castilla, tuve ocasión de escuchar una conversación entre los hermanos que decían, si no hay verdadera comunidad de vida en una fraternidad, uno a los tres o cuatro años siente la necesidad inmensa de marcharse, porque ni se siente querido, ni comprendido, y las pasiones de su alma no las ha podido realizar, y parece como que instintivamente se tiene que marchar para ser él mismo: huir, marcharse para ser él mismo. ¿A qué signo deberíamos mirar, a que el hermano se marche para ser él mismo? porque el latido profundo de su alma no lo puede compartir como con hermanos, como con padre, como con madre, como decía Francisco: ser como madres unos con otros. Entonces la experiencia de intimidad con Jesús conduce a la experiencia de comunidad de vida. Que de comunidad de dones y de tarea tenemos mucha experiencia, pero la comunidad de vida de los textos neotestamentarios, de soportaos unos a otros, no tengáis rivalidad, silenciosamente acogeos: eso no lo tenemos hecho y es lo más bonito de la fraternidad. Estamos en ese segundo tiempo.

C) - Y luego había otra experiencia que hemos descubierto en estos últimos años, fundamental para la misión de las pequeñas fraternidades, que es la cercanía profunda a los últimos, a los que no valen para nada, a los que no cuentan. La cercanía a los últimos, a los más pobres, a los ancianos, a los enfermos, a los

minusválidos, a los jóvenes perdidos, es como la llamada más viva del Señor a la fraternidad, a su propia unión. Lo que autentifica el anuncio del Evangelio, el trabajo por la justicia, la organización, lo que autentifica es la referencia a los últimos de los últimos, donde además nosotros los apóstoles, que padecemos cansancio y rompimiento, encontramos en los más pobres el rompimiento, el cansancio, la cruz del Señor muchas veces transfigurada en dulzura. Sentarse a la cabecera de un enfermo, permanecer junto a un inválido en los momentos de gran tensión espiritual cuando no sabemos que hacer con nuestra afectividad, cuando estamos rotos, cuando somos un nudo de tendencias, cuando no sabemos que hacer, pues, la tarde del domingo, en lugar de irme al bar o a la discoteca de al lado, me pego al lado de la silla de un inválida y estoy allí adorándole, seguro que esto, al terminar la tarde del domingo, pues habrá producido en mi corazón la sensación de decir si realmente lo que yo hago no es nada, porque me tengo como un héroe, como una persona grande. Cuando este hermanillo pequeño está aquí con la cruz de Jesús sonriendo, gozoso, haciendo comunidad en el barrio, a ver si yo ahora me considero grande y estoy cayendo en la arrogancia.

Me parece que me habéis oído un mito de la antigua mitología por el que siento una especial devoción por lo expresivo que es: En los mitos antiguos, en el mediterráneo había un paso de mar muy difícil porque había una roca y allí había unas mujeres bellísimas; los navegantes no podía pasar por allí porque o se iban con Estila o se iban con Cariptis y era un problema porque dejaban sola la barca, y entonces los navegantes tenían que tomar la decisión de atarse al mástil. Para atravesar aquel acantilado se ataban al mástil y atravesaban entre Estila y Cariptis. Una de las estilas es la arrogancia, me trago el mundo, primer daño de la vida apostólica, y la cariptis es la desesperanza, la desilusión; es imposible, el ministerio apostólico es una tontería, no merece la pena, después de cinco o seis años de cura ¿qué? si nadie me quiere, si nadie me hace caso: entre la arrogancia y la desesperación.

Hay secretamente no puente que hacer pasar de uno a otro. Primero trabajo mucho, me canso, me desilusiono, me quemo y luego me instalo. Esos procesos del ministerio apostólico y de la vida religiosa, y del laicado del post-Concilio español de quemarnos y después instalarnos; pasar del activismo mesiánico a la desilusión y de la desilusión a la instalación solamente se puede hacer a través del mástil. Y el mástil es el madero de la cruz, la mesa de la Eucaristía, la fraternidad, la fraternidad, el mástil de la fraternidad, el mástil de los pobres. Ese Cristo Pascual del grupillo de hermanos que el Señor me ha regalado, los últimos de los últimos, a ese mástil, y permanezco ahí, y poco a poco el gozo iré alejando la oscuridad que pesa sobre el hombre. Poco a poco en el ministerio apostólico entrará a los caminos de la profunda transfiguración, del gozo, de la nueva tarea y así lograremos, pues, que la sociedad de consumo no trague al grupo apostólico, que por sus estrategias de bienestar amenaza tragar.

Bien, quería deciros últimamente para terminar, leer un texto de Ef 3,20-21: "Aquel que tiene fuerza para realizar mucho más de lo que nosotros somos capaces de pedir o sospechar, con la fuerza que actúa en vosotros, que a El sea la gloria por todas las generaciones del tiempo en el tiempo".

Totalmente es El, al que alabamos y bendecimos, de El procedemos y hacia El nos encaminamos.

Entronizado sobre nosotros



Entregado por nosotros

HIGO AMADO	HIGO HUMILLADO	HIGO HERMANADO	HIGO CRUCIFICADO EXALTADO
↓	↓	↓	↓
LA IGLESIA de la CONTEMPLACION	LA IGLESIA de la ENCARNACION	LA IGLESIA de la COMUNION	LA IGLESIA de la PASCUA

